

INES... Y LAS RAICES EN LA TIERRA



MARIA CORREA MORANDE

G-ZAG

Déjà vu

INES... Y LAS RAICES EN LA TIERRA

Por María Correa Morandé

María Correa Morandé, mujer de indiscutible talento, ha actuado con singular éxito en la política chilena. Fue diputada por la ciudad de Santiago durante el período de 1957 a 1961, y en la Cámara Baja logró hacer aprobar iniciativas suyas de verdadera trascendencia. En su calidad de parlamentaria fue invitada a Estados Unidos, país que recorrió durante tres meses. Más tarde residió en México y posteriormente en Colombia.

Este libro —INÉS... Y LAS RAÍCES EN LA TIERRA— constituye su revelación como escritora. Sobre todo, es el fruto de su amor a la historia de su país, que ella conoce y siente hondamente. Por otra parte, interpreta su admiración hacia la única mujer que actuó en la conquista de Chile: Inés Suárez, a la cual presenta no sólo en toda la grandeza de sus hazañas, sino también en su conmovedora intimidad femenina.

"El paisaje, los capitanes y soldados, los indios y hasta los caballos están luminosos y vibrantes de vida", expresó uno de los más finos escritores y parlamentarios de Chile, Eduardo Moore, al conocer anticipadamente el libro.

En el fondo, INÉS... Y LAS RAÍCES EN LA TIERRA es la apasionante historia novelada de la conquista de Chile, vista a través de una mujer que fue, en verdad, heroína del valor y del amor.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

10(300-17)

9990

INES...

y las Raíces en la Tierra

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1964.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 28389.
Santiago de Chile.
1964.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

M A R I A C O R R E A M O R A N D E

INES...

y las Raíces en la Tierra

Z I G — Z A G

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

I N T R O D U C C I O N

LA NARRACIÓN que inicio más adelante, empapada en amor filial por la tierra y por la gente de este pequeño pedazo de mundo tan simple y tan complejo que se llama Chile, está construida sobre un relato de la primera fase de la conquista de "Nueva Extremadura", estrictamente ajustado a la verdad. Todos los hechos públicos que expongo son tan exactos como pudieron lograrse de un minucioso estudio de la historia y de los documentos de la época misma. Sólo que todo eso irá presentado bajo un aspecto esencialmente humano, tratando de rehacer las actitudes íntimas de esos seres extraordinarios que, como personajes de leyenda, iluminaron los albores de nuestra nacionalidad.

Con un poco de esfuerzo imaginativo he procurado bajar a nuestros héroes de su pedestal de granito y dar tibieza a sus figuras de hierro, volviendo a sentirlos presentes entre nosotros con su increíble fortaleza y con todas sus cualidades y defectos de hombres de carne y de sangre.

En la época actual, de inverosímiles expediciones hacia el cosmos, bien merecen un recuerdo aquellos que constituyeron la más audaz avanzada de exploración de la humanidad hacia lo desconocido.

Su hazaña de navegar por mares ignotos, sobre minúsculas y frágiles barcas de maderas crujiendo, en un mundo inimaginado, para luego recorrer tierras extrañas, plagadas de peligros inauditos y de trampas mortales, requirió tal vez mayor coraje que volar ahora por los espacios siderales semidesconocidos, ya investigados en alguna medida por la ciencia, libres del terror que imponían entonces las leyendas y la superstición y con la posibilidad de mantener un contacto permanente con el punto de partida.

Ahora, después de más de cuatro siglos, estamos frente a una nueva cruzada que tiene mucho de los moldes antiguos.

Junto a la ciencia se hace otra vez necesaria la fortaleza del hombre mismo, porque tendremos que vivir frente al azote directo del Universo.

Saldremos hacia afuera para conocer nuevos mundos. La primera parte era entender el nuestro. Esto no fue menos duro... España lo hizo y se desangró en esa avanzada, cuya gloria nos gusta sentir como un ancestro.

El relato que bago en las páginas siguientes es sólo un episodio de la gran gesta, pero he intentado agradecer en él a la Madre Patria la grandeza que supo desplegar ante los ojos atónitos de aquel tiempo y de todos los tiempos.

Chile tiene fama de ser un país de historiadores. Quiero agradecerles a ellos por esa rica veta, tan vastamente explorada, que hace fácil y fascinante la incursión por los caminos que abrió, en honda huella, el paso de nuestra marcha en el tiempo.

También recorrí las crónicas viejas, donde se encuentran vivas y palpitantes la personalidad y las intenciones de esos personajes, más tarde criticados o ensalzados al través de los siglos. Allí, incluso, se hallan contrapuestos algunos valores con respecto al criterio actual. Me complace especialmente destacar las referencias a la única mujer española que participó en la conquista de Chile, con un rango de primerísima clase: Inés Suárez. Ella adquiere en los antiguos documentos una jerarquía que más tarde casi se olvidó.

Intento hacer justicia a la vivencia real, al valor moral y al coraje de esa mujer extraordinaria, recogiendo su participación histórica, no sólo desde el "tablado", sino también desde la intimidad.

Me he deleitado leyendo y relejendo los documentos de esa hora grandiosa, en que España tanteaba los nuevos contornos del mundo.

Es notable observar que en el testimonio más importante de la conquista de Chile, que fue el Proceso de La Gasca en contra de Pedro de Valdivia, de los cincuenta y siete artículos que lo componen, diez se refieren casi exclusivamente a Inés Suárez.

Creo que todos los aconteceres de la Historia, aunque vistos desde distintos ángulos o en diferentes proporciones, están hechos por la pareja humana, y que depende de la calidad de cada uno de estos dos elementos, más tarde sumados, el valor intrínseco de los hechos mismos.

Hay también una teoría muy difundida que comparto plenamente. Dice que los distintos conquistadores españoles, al formar la nueva raza, imprimieron su modalidad, personal y diferente, a cada uno de los países a que dieron vida.

El privilegio que tuvo Chile de nacer a la vida civilizada en

brazos de ese ser de excepción que fue Pedro de Valdivia seguramente le imprimió esos caracteres suyos que, en forma permanente, distinguen a la raza chilena, descollando en primer término el respeto al poder legalmente constituido. Al través del tiempo, ello se ha convertido en la más sólida base de su inalterable y moderna Democracia, que como una herencia rica y noble acampa en lo hondo de nuestros corazones.

En otros aspectos, los hechos nos han mostrado como uno de los países más destacados en el respeto y consideración a la mujer. Es posible que ello tenga también sus raíces en la gestación primera del nacer de nuestro pueblo.

Viéndolo de esa manera, me gusta pensar que esta resultante no sería sólo consecuencia de las indiscutibles cualidades personales de Inés Suárez, sino que, en una inmensa medida, de la hombría de bien de Pedro de Valdivia. El quiso entregarle, con su ejemplo, el respeto con que la rodeó la gente de su tiempo. Le dio una sólida situación económica, y lo más importante de todo, la amó frente al mundo sin mezquindades.

Las dimensiones espirituales y varoniles del Gran Capitán eran de tal magnitud, que no temía disminuirse por ser generoso, por ser justo, ni por sentir amor.

Fueron un hombre y una mujer que formaron un reino.

Sólo he querido hacer el relato de su fabuloso andar por esta tierra brava de Chile, que supo enamorarlos con el embrujo de su belleza y de su valor, hasta que pudieron sentir que cabía en el ámbito de su propia frontera.

Los he querido hacer revivir frente a nosotros, procurando mostrarlos en toda su admirable calidad humana.

Si no he podido lograrlo plenamente, válgame la intención de que su memoria se adentre en nuestros corazones y finque sus raíces en la vivencia de nuestros más puros afectos.

MARÍA CORREA MORANDÉ

ESPAÑA ROMPÍA los seculares diques de prejuicios añejos, de tradiciones arcaicas, derramando su sangre pujante a través de los mares, por la ruta que trazaron las tres carabelas siguiendo el camino del sol. Savia humana fue corriendo como ríos hacia el mar. Cada hombre conteniendo toda la sed de un imperio, sólo llevaba por armas el rueda de su capa y el filo de su espada. Lo demás lo harían sus sueños de gloria, de oro o de cielo.

Cuando en América cambió el ritmo de todas las cosas... fue como si la vida misma hubiera volteado sobre la arista aguda de los tiempos, apagando viejos soles, mientras se recortaban por los montes y los valles las siluetas de los hombres nuevos coronados por el yelmo, abriendo todos los caminos con la hoja delgada del acero y el alma enardecida por la pasión de un Dios desconocido.

MARÍA CORREA MORANDÉ

M U N D O N U E V O

—¡VAMOS..., RÁPIDO! —gritó el capitán desde el puente—. Tenemos que aprovechar esta marea. —Y agregó más bajo, como para sí mismo—: ¡Llevo quince días en este pudridero!

Nadie pareció oírlo, ni hubo señal alguna de apresuramiento. El calor intenso ponía una lentitud pasmosa en los movimientos y embotaba la mente hasta la total indiferencia.

El piloto se acercó preocupado:

—Si no partimos dentro de una hora, tendremos que pasar otra noche en Panamá —dijo, y se quedó esperando alguna orden.

Pero el capitán limitóse a mostrarle con un gesto de impotencia a los que se embarcaban en medio de un silencio raramente interrumpido por alguna gruesa interjección.

—Estos pobres diablos parece que vinieran saliendo del averno —comentó—. Creo que no podemos pedirles mucho. No sé qué logrará Pizarro con ellos.

—No lo creáis, capitán —el piloto parecía más optimista—, el aire del mar los hará recobrase. —Y agregó sonriendo con socarronería—: No olvidéis que son españoles. No basta el infierno este para acabar con los Tercios del Rey.

—Id a ver si lográis que terminemos a tiempo. No aguanto más este lugar. Los mosquitos y el calor me exasperan. —La voz del hombre tenía una nota de urgencia—: ¡Demonio! —agregó con rabia—, ¡quiero salir de aquí!

El barco se balanceaba suavemente con el batir del agua salada y tibia en sus costados.

De la jungla tropical se desprendía un hálito caliente y fétido.

Un silencio de muerte pesaba sobre los hombres que subían trabajosamente por estribor. Venían desencajados y hambrientos,

con las ropas despedazadas y manchadas de sangre, las armaduras desprendidas y arrastrando penosamente sus armas.

El calor, las alimañas venenosas, los pantanos; en una palabra, la selva, más que las batallas con los indígenas, les daba ese aspecto de vencidos.

El infierno caliente y verde que habían atravesado; la maraña impenetrable, oliendo a hojas podridas, a humedad y a cieno; las fiebres malarias y la saeta envenenada, los habían acorralado contra las montañas.

No fue menos duro pasar la cordillera. El aire era más puro y agradable en el día, pero de noche en las alturas el frío se hacía tan intenso, que parecía cortar las carnes como un cuchillo.

Los hombres caían derrotados por los elementos, dejando a todo lo largo de la ruta una estela de muerte.

Las pocas mujeres que seguían el paso de los soldados, endurecidas por las adversidades, parecían resistir inexplicablemente el frío y el calor, así como las marchas interminables.

Finalmente, casi todas quedaron en el camino, pagando con ello el tributo de su lealtad más allá de la vida y de la muerte, como jalones de una quimera que no pudo hacerse realidad.

Al otro lado de las montañas estaba otra vez el trópico ardiente y despiadado, hostil a los hombres y a sus sueños, envolviéndolos en un sopor caliente y húmedo.

Los que lograron salir de la trampa infernal vieron por fin el mar del Sur, y sus pulmones se ensancharon con la leve brisa que como una bendición envolvió sus cuerpos atormentados.

* * *

En Panamá los esperaban los barcos que el marqués don Francisco Pizarro había enviado para enganchar refuerzos y afianzar su conquista del Imperio de los Incas.

El Perú era una promesa estampada en oro, duro como la ambición y frío como la muerte. Sin embargo, deslumbrados por su brillo, corrían desde todos los rincones del Viejo y del Nuevo Mundo los hombres más audaces.

Era una meta que estaba aguardando por su arrojo.

* * *

Afirmada contra el palo de mesana, sentada sobre unas cuerdas, una mujer permanecía inmóvil. Estaba allí, quieta, con los ojos enormes, oscuros y profundos, mirando más allá de todo, perdidos en la inmensidad del mar; las manos tendidas sobre la falda en

actitud de total abandono. El cabello negrísimo revuelto por la brisa, desencajadas y pálidas las mejillas, terriblemente delgada, parecía indiferente a cuanto la rodeaba.

No podía apartar de su mente todo lo que sucedió allá en las montañas.

El había muerto.

Nunca más oiría su palabra ligera y alegre. Nunca más podría sentir la segura protección de su brazo firme... la despreocupada seguridad de su fe en el porvenir... —Sus pensamientos volaban por sobre las olas, sin verlas—. Aquella risa suya, contagiosa y sonora; su cantar hondo con la guitarra... nunca más nada.

Su tienda estaría sola. Todos los sueños se habían quedado en el camino...

* * *

Una y otra vez las pequeñas canoas, cargadas hasta casi sumergirse en el agua, atracaron al barco, que se fue llenando de hombres y de cosas. Llegaron también en balsas improvisadas algunos caballos y víveres consistentes exclusivamente en frutos tropicales.

La brisa comenzó a disminuir, hasta cesar casi por completo, mientras el cielo se cubría de nubarrones negros y grises.

El calor se hizo otra vez insoportable. Un trueno y luego otros estremecieron los cielos y la tierra. Gruesos goterones de lluvia empezaron a caer, y de pronto, cantidades de agua se desplomaron sobre la tierra abrasada. Oscureció rápidamente y los rayos bailaron en violentos zigzagues.

Todo se desharía en pocos momentos. Ellos ya conocían esa alocada pirotecnia de los aguaceros tropicales, espectaculares y hermosos.

Los hombres se apresuraron a guarecerse arrastrando pesadamente sus cosas, pero la mujer siguió inmóvil.

Un soldado se acercó:

—Doña Inés, dejadme ayudaros —dijo, y tomándola por el brazo la hizo levantarse y ponerse al reparo. Ella obedeció en silencio, pero ni siquiera dió las gracias.

La lluvia cesó tan abruptamente como había comenzado. Los nubarrones, despedazados, corrían veloces en lo alto.

Junto a la raya infinita del horizonte apareció de nuevo la bola en llamas del sol poniente, tiñendo de oro la superficie del océano.

Poco a poco se fue sumergiendo, tomando contornos capricho-

sos al desdibujarse sobre las últimas nubosidades leves, cambiando de color y de forma, hasta que el postrer pedazo, como un fulgurante barco de fuego sobre las aguas, teñía aún las altas velas con tonos anaranjados, para despedirse definitivamente del día tras la comba superficie del mar.

* * *

El viento del norte soplaba suavemente manteniendo las jarcias en tensión. Las blancas velas se recortaban en el aire semejando alas inmensas.

Rumbeando hacia el sur, la costa, invisible a ratos y otras veces presente en la lejanía como una promesa de seguridad, hacía soñar a los hombres con todos los tesoros y todas las glorias.

El barco avanzaba con lentitud, detenido muchas veces durante días y días por la ausencia del viento, fugado repentinamente de la superficie del mar, sobrecogiéndolo de miedo a los endurecidos marineros y llenando sus almas de supersticiosos temores.

Por las noches los caballos, asustados, se estremecían inquietos, relinchiendo suavemente.

Pero ahora el viento del norte, regular y cálido, arrastrando albos nubarrones, repartía una sensación de alegre optimismo.

El sol aparecía temprano cada mañana, como enviado desde la tierra misma, trayendo su aliento de fuego y levantando de sus improvisados lechos a todos, mientras el mar se teñía de un azul tan intenso, que el reflejo de las nubes blancas en el cielo parecía demarcarse sobre el agua como oscuros pozos de sombra.

Un vocerío alegre poblaba la nave que, crujiendo indiferente y majestuosa, seguía su ruta imperturbable.

América¹ era un nombre de contornos mágicos. Evocaba promesas sin orillas; anchas como la imaginación de los poetas, enormes como la ambición de los aventureros.

Todos juntos: los buscadores de oro, los buscadores de gloria, los buscadores de almas, navegando sobre lo desconocido, rumbo a lo desconocido.

Había cabida para todas las esperanzas...

* * *

Los soldados se acercaron a la enorme olla humeante para desayunar, diciéndose bromas, empujándose, tarareando alguna canción de su tierra lejana. España estaba siempre golpeando sobre sus ansias, sus angustias o sus esperanzas.

¹América: aunque el término se adoptó más tarde en forma definitiva, lo usaremos desde ahora para simplificar los conceptos.

En la luminosa mañana tropical, una algarabía contagiosa se derramaba por la pequeña cubierta y el aire salobre del mar ensanchaba los pechos con jubilosa alegría poniendo apetito en todos los paladares.

De pronto la esbelta figura de Inés Suárez¹ se recortó contra la proa del barco. Alta, los negros cabellos flotando al viento, se afirmó contra la baranda, esperando calmadamente que los hombres terminaran de desayunar. Con su presencia se aquietaron un tanto las risas y murieron en algunos labios las palabras soeces.

Era mucho más de lo que podía esperarse de estos rudos soldados, pensó el capitán, sonriendo para sí.

Cuando ya quedaban pocos hombres, se acercó con su andar quieto. Ellos le abrieron camino con respeto y la saludaron con camaradería afectuosa:

—Buenos días, doña Inés.

—Buenos días, que Dios os guarde.

Una ráfaga de viento ciñó sus ropas al cuerpo elástico y fuerte, luciendo el pecho erguido, la cintura angosta, los muslos esbeltos. Con manos ágiles y delgadas, tal vez un poco grandes, tomó suavemente el tazón que le tendían y lo bebió con lentitud.

Poco a poco el grupo se deshizo y comenzaron a poner orden sobre cubierta.

—El aire del mar os ha probado bien —comentó galante el capitán, contemplando con osadía a la mujer a través de las ropas que el trópico imponía leves.

—Gracias, señor —dijo ella secamente. Pero aunque sus labios se endurecieron ante la mirada casi obscena del hombre, sus ojos brillaron en una sonrisa. De todos modos era un homenaje a su feminidad, y si bien lo sintió brutal, no pudo evitar que le produjera una íntima complacencia.

La mujer entera y ardiente que había en Inés sintió ese tributo primario y ancestral a su belleza; pero quiso permanecer inmutable, porque tenía que obligarlos a respetarla.

“¡Y lo lograré!”, pensó, apretando con fuerza los labios.

—¿En qué puedo ayudaros? —El hombre intentaba otro camino—: Este barco es demasiado viejo y pequeño, pero si vos me decís...

—Sólo que... quisiera saber si es posible... mejorar el alimento de los heridos; hay algunos a los que tal vez eso pudiera salvarlos.

Hubo una manifiesta desilusión en el rostro del marino y no

¹Inés Suárez, viuda..., de cuna hidalga...” *Historia de Chile*, de Francisco Encina. Tomo I, pág. 414.

contestó de inmediato. Ella se estaba divirtiendo del desconcierto que le produjo su demanda, pero permaneció impassible, esperando la respuesta.

Después de unos momentos preguntó con aparente inocencia:

—¿Es posible, capitán?

—Sí, haremos lo que se pueda. Dispone usted misma, vea lo que tenemos en el pañol... —Había una rara prisa en las últimas palabras.

Ella hizo una reverencia cortés y se alejó indiferente a las inquietudes que despertara. Bajó por las estrechas escaleras hasta el rincón en que los enfermos se amontonaban sobre rústicos camastros. Casi no había nada que hacer por ellos; solamente orar por su mejoría o por la salvación de su alma. Pero para ella fueron sus compañeros, los que recorrieron su mismo camino, y quería hacerles más leves las horas de dolor.

Unos pocos se recuperaban lentamente, mientras otros agonizaban sin esperanzas. Los que habían muerto, besando la cruz de la espada, fueron sepultados a todo lo ancho del mar. Era el destino. Nadie comentaba más el duro acontecer; la vida y los sueños seguían alentando en el corazón de los demás.

Cuando Inés entró en el estrecho entrepuente, maloliente, asfixiante de calor, un murmullo de alivio se oyó entre los enfermos.

Algunos pedían alimentos; otros sólo un poco de agua; los demás únicamente querían sentir su mano fresca sobre la frente abrasada por la fiebre.

Pocos pasos más atrás entró el joven Esteban con los tazones que ella repartía cada mañana, tratando de que el alimento les hiciera recuperar sus perdidas fuerzas.

Al principio del viaje le ayudaba, además, Teresa, una muchacha que había salido de España apenas cumplidos los quince años, casada con un mozo de no más de veinte, que murió también en las primeras escaramuzas de tierra firme.

Ahora Teresa estaba para dar a luz y no hacía más que llorar acurrucada en un rincón. Tenía un miedo terrible. Le aterraba el trance doloroso del parto, pero temía más todavía la presencia de la criatura que vendría a este nuevo mundo hostil y despiadado sin un padre que le diera protección. La pobre repetía sus lamentos como una cantinela.

En ese momento estaba gimiendo sosegadamente, procurando no hacerse notar, cuando Inés se le acercó. La tomó cariñosamente por los hombros y la obligó a tenderse sobre el jergón que le servía de lecho. Le estuvo conversando largo rato, intentando distraerla, mientras los dolores eran suaves y distanciados.

De pronto, un grito agudo pareció desgarrar el aire asfixiante del cuarto, y la muchacha, abrazada a Inés, se retorció llorando de pánico más que de dolor.

—Esteban, venid y ayudadme —rogó Inés al mozo; pero el muchacho, asustado, comenzó a retroceder hacia la puerta con los ojos muy abiertos, hasta que un gesto imperioso de la mujer lo obligó a obedecer.

El joven se había encariñado con Teresa; por eso lo atormentaba tan extraña sensación frente al trance que se aproximaba. Le daba una pena inmensa su desamparo y no sabía cómo protegerla.

* * *

Las horas fueron transcurriendo lentas en aquel cuarto caliente, cargado de olores, imposible de ventilar.

A intervalos cada vez más cortos la muchacha gritaba retorciéndose sobre el lecho desordenado.

Los hombres, al otro lado de las tablas que dividían la estancia, no se movían, conteniendo hasta el aliento.

Inés iba de un lado para otro, silenciosa, tratando de ayudarla. De vez en cuando alguna palabra tierna, dicha a media voz, para calmar a la muchacha, y a ratos un silencio sobrecogedor... Había un clima de angustia a uno y otro lado del débil tabique de madera.

* * *

El llanto agudo de la criatura cortó, por fin, el hilo del suceder y cambió el ritmo en todos los corazones.

Luego el gemido se hizo temeroso, como asustado de asomarse a este ancho mundo.

Pero era vida. Vida nueva en medio del dolor y de la muerte.

En el fondo de su corazón, Inés sintió renacer algo... y dio gracias a Dios.

La madre miraba con sus ojos oscuros, desconcertada, como si no entendiera bien lo que había sucedido.

* * *

Esteban entró como de estampida:

—¡Doña Inés, venid por Dios! Jeremías se está muriendo y quiere hablaros.

Inés le impuso silencio con un gesto, pidiéndole aguardar.
—¡Pero, señora, es que se muere! —urgió el muchacho.

* * *

Cuando ella se acercó, el hombre ya tenía los ojos vidriosos y la voz entrecortada. Tomó las manos de la mujer ansiosamente, llevándoselas a sus labios resecos.

—Doña Inés —dijo—, me voy y quiero vuestro perdón.

—El mío no tiene valor; pedidle a Dios que os acoja en su santo seno —le contestó ella sin comprender, y agregó—: Esteban, llamad al padre Juan.

Entretanto el hombre registraba torpemente entre sus ropas húmedas y sucias. Sacó, por fin, una pequeña cruz de oro, toscamente labrada, y se la pasó a Inés. La mujer, al verla, palideció intensamente. Había pertenecido a su marido. ¿Por qué la tenía ahora Jeremías?

De momento no pudo comprender. . . y luego cayó en la cuenta de lo que había sucedido. No dijo nada, pero sus ojos interrogaban ansiosos.

Como un torbellino desfilaron por su mente los últimos acontecimientos. . . Ella se había abrazado al cuerpo inerte de su marido, en un esfuerzo inútil de revivirlo, y la habían arrancado a viva fuerza de su lado. Apenas tuvo tiempo de cerrarle los ojos y besarle los labios, tibios aún, cuando casi en estado de inconsciencia la obligaron a seguir por el árido y frío camino de las montañas.

Sin importarle ya nada, ni a dónde iba, ni qué vendría después, no protestó, casi ni lloró. . . Por lo menos ella no lo recordaba.

* * *

En esos momentos entró presuroso el padre Juan, y acercándose al moribundo comenzó a rezar las preces del bien morir.

Inés se puso lentamente de pie; ya no podía quedarse ahí por más tiempo, y apretando la pequeña cruz entre sus manos crispadas, salió a cubierta, subiendo torpemente las empinadas escaleras.

El aire fresco y limpio pareció reavivarla y devolverle el sentido de la realidad, trayéndola al presente.

Respiró con hondura la brisa salada y besó la cruz con unción, guardándola en el pecho.

Sólo entonces se dio cuenta de que no había conservado nada de él, y agradeció desde el fondo de su alma al viejo Jeremías que se la hubiera dado. Sí, por supuesto le perdonaba el despojo,

porque ahora sentíase menos sola, tenía algo tangible entre sus manos, algo que él siempre llevó junto a su corazón.

Antes de morir, sólo había tenido tiempo para entregarle una bolsita llena de opacas pepitas de oro y hacerle prometer que la guardaría cuidadosamente.

Inés permaneció inmóvil durante largo rato, con la vista perdida en el horizonte sin fin, y de pronto, como movida por un resorte, caminó apresurada por la cubierta, perdiéndose luego en el entrepuente del barco.

—Es una extraña y espléndida mujer —dijo el capitán—; siempre parece lejana y distinta.

Casi todos guardaron un silencio cargado de intenciones, en tanto que algunas palabras, dichas en sordina, provocaron luego una ruidosa carcajada general. El capitán se sonrió meneando la cabeza y se alejó silencioso.

Ajena a todo el alboroto de cubierta, Inés hurgó apresurada entre sus ropas hasta encontrar una pequeña cinta negra, la cual pasó por el aro de la cruz y se la colgó al cuello.

Recordaba perfectamente cuando él la labró, trabajándola con sus propias manos, a golpes de martillo, entonando una canción. Lo veía sentado en el suelo, golpeando el pequeño trocito reluciente, riendo dicharachero y alegre.

Tenía en cada gesto suyo una alegría contagiosa.

Los blancos dientes daban luminosidad a su sonrisa fácil.

Junto a las armas estaba siempre la guitarra, pronta a acompañar su cantar hondo y poderoso, lanzando una copla o una saeta.

Era una audacia de la muerte haberse atrevido a llevárselo a él, que amó tanto la vida, que parecía desprender una inmensa fuerza vital a su alrededor para sembrar alegría.

Siempre estaría añorando la tibieza de su abrazo, la pasión de sus besos...

El lecho vacío, aun en el trópico, le daba estremecimientos de frío. Parecía mentira que nunca más podría recostar su cabeza en el hueco cálido de su hombro... Un extraño sentimiento de angustia le apretó el corazón.

Casi creía poder escuchar su voz desde la lejanía, muy leve, muy bajita...

La imaginación le hacía volver a contemplar su vida con los ojos del alma: lo veía guapo, en medio de un grupo, cantando para todos, mientras que con una mirada al fondo de los ojos le dedicaba su canción.

A veces corría detrás de alguna moza y le decía requiebros, pero luego volvía riendo junto a Inés, y mientras sus potentes bra-

zos la levantaban en el aire, le besaba los ojos, el cuello y los senos turgentes, diciéndole palabras cariñosas y alegres. Entonces renacía su confianza y se ensanchaba su amor hasta dolerle en el pecho...

La realidad volvió a hacerse presente. "Nunca más... nunca más...", y un sollozo lo dobló, haciéndola hundir la cabeza entre los puños crispados. ¡Dios Santo, cómo dolía, cómo costaba creerlo!

* * *

El viento comenzó a soplar fuerte, imprimiendo al barco un violento balanceo. Todo lo que estaba sobre cubierta corría de babor a estribor con una arritmia desconcertante, como empujado por el demonio. Las pobres bestias en sus corrales bufaban de miedo.

El capitán García era un marino endurecido, pero su ceño adusto indicaba preocupación.

—¡Pronto! —gritó—. ¿Quiénes traerán al soldado muerto?

Su voz de trueno quedó resonando en el viento por unos momentos que parecieron interminables, hasta que apareció por el pequeño hueco de la escalera la lúgubre procesión.

Envuelto en un tosco sudario, el cuerpo del hombre parecía mucho más pequeño de lo que fue en vida. Sin ceremonia lo colocaron sobre la planchada. A su cabeza el padre Juan rezaba los responsos y a un lado el capitán aguardaba inmóvil, como si tuviera el rostro tallado en piedra.

Ni un solo músculo de su cara se movía; pero sus ojos oscuros, pequeños y profundos oteaban el horizonte con inquietud.

Inés miraba sin ver; más allá de todo. No le dolía la muerte del soldado, pero su mente vagaba inquieta, obsesionada por tanta pregunta sin respuesta. ¡Qué terriblemente definitiva era la muerte! ¡Qué implacable! Los miserables y los poderosos..., los santos y los pecadores..., todos salen por esa misma puerta hacia lo desconocido. Al traspasar ese umbral misterioso e incierto..., ¿incierto?... ¡Dios Santo!, ¿qué estaba pensando?... se asustó. Era una blasfemia.

—¡Perdón, Señor! —y se puso a rezar concentrando toda su alma en la oración. Quería borrar de su conciencia el horrible pecado que había cometido con aquellas dudas.

¡Semejantes ideas! Tendría que contárselas al padre Juan. Y sus ojos asustados buscaron la figura ascética del viejo y santo sacerdote. El nunca se atormentaría con esas cosas. ¡Cómo lo envidiaba!

La tempestad arreciaba y el balanceo era tan violento, que hacía difícil poder mantenerse en pie sin cogerse de algo firme. Inés

volvió repentinamente a la realidad y paseó su mirada inquieta por la cubierta.

Un trueno pareció conmover toda la superficie del planeta. Era como si se hubiera partido en dos la bóveda gris del cielo y su eco recorrió los aires con estruendo de pavor.

El viento soplabá con furia, y el capitán, nerviosamente, dio por terminada toda ceremonia.

El cuerpo rígido del muerto se destacó un momento en el espacio, iluminado por la luz cegadora de un rayo, y se abrió camino en las aguas profundas y agitadas.

Un silencio solemne reinó entre los hombres, sobre la frágil embarcación, que agarrados fuertemente de la gruesa baranda miraban desconcertados lo profundo del mar.

La voz del capitán retumbó sonora por encima de las olas que ya barrían la cubierta.

—¡Arriad las velas, pronto! —y sus órdenes se comenzaron a suceder, certeras y enérgicas.

Todo ese mundo líquido parecía haberse vuelto loco de furor.

Las aguas del cielo y del mar arrasaron con cuanto encontraban sobre la nave.

Los marinos, encaramados sobre los altos palos, se sostenían como por milagro contra el viento que pugnaba por arrancarlos de su sitio mientras trataban de llevar a cabo las difíciles maniobras.

De ellos dependía la suerte de todos.

El capitán se multiplicaba dando órdenes. A veces sus palabras se perdían en el estruendo del viento y del mar, y otras se oían rugiendo sobre las mil voces de la naturaleza desatada.

—¡Todo el mundo abajo! —gritó a los soldados que miraban perplejos el agitado trajín de cubierta.

Sólo entonces Inés se acordó de la joven madre, que estaría sola y asustada, y corrió a socorrerla.

En el estrecho pasillo apenas podía caminar, afirmándose contra las toscas paredes de gruesos maderos.

Avanzó trabajosamente unos pasos.

El balanceo era tan tremendo, que pensó que no podría seguir adelante, que tendría que quedarse allí mismo quién sabe hasta cuándo, aferrada de aquel grueso pilar.

Dos soldados hablaban a gritos en los últimos tramos de la escalera. Seguramente tampoco podían seguir caminando. A pesar del viento que rugía por encima de su cabeza, reconoció la voz monótona y baja de Escobar, el joven y taciturno soldado, en contraste con la otra, siempre desentonada, del borracho y camorrista Olmedo, que trastabillando llegó hasta ella.

—¡Hola, doña Inés! —dijo insolente... y sus manos sucias se posaron sobre los hombros de la mujer—. Vuestro orgullo no cuadra con vuestra hermosa estampa ni con estas tierras nuevas.

La mujer lo miró furiosa, y el hombre agregó, titubeando, ya menos seguro de sí mismo:

—No vais a lograr resucitar al difunto marido con esa cara triste...

Inés, soltando una mano del grueso pilar, lo apartó bruscamente.

—Dejadme en paz, soldado —dijo sin alzar la voz, pero con una ira tan violenta en el rostro y en el tono, que el hombre la soltó entre sorprendido y disgustado. Era una rara experiencia para Olmedo.

La recia personalidad de Inés se imponía cada vez sobre la soldadesca, por temerario y bárbaro que fuera su proceder habitual.

Haciendo un esfuerzo enorme, siguió caminando y se alejó; mientras él se quedaba allí inmóvil, desconcertado por su fracaso.

* * *

Teresa lloraba a la par que la criatura, sin saber cómo sujetarse sobre el angosto lecho, zarandeada de un lado a otro por el feroz temporal.

Con gran trabajo, Inés logró alcanzarle algún alimento y trató de calmarla. Luego fue a buscar al padre Juan, quien tampoco se había vuelto a acordar del recién nacido, para pedirle que lo bautizara.

Era una criatura tan frágil, que Inés temía que muriera de un momento a otro. Encendió un grueso velón, colocándolo dificultosamente en un farol de basta estructura. La última luz del día se consumía entre los negros nubarrones cargados de tempestad.

Puso la rústica lámpara en un garfio clavado sobre la pared.

Apenas la soltó, comenzó a balancearse al loco ritmo de las olas. Su luz incierta iluminaba la pieza a extraños intervalos con danzantes y exóticas figuras que parecían almas en pena.

Teresa seguía gimiendo con un llanto interminable, que logró crispar los siempre equilibrados nervios de Inés.

Tomó al niño entre sus brazos, y el padre Juan fue diciendo las palabras del ritual, terminando:

—Andrés Pérez de la Vega, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo... —mientras le imponía los santos óleos.

De pronto un estruendo más inmediato y más violento aún

que el batir de las olas pareció levantar el barco por los aires y dejarlo caer en los abismos. Todos rodaron por el piso en desordenada contusión.

Teresa daba gritos agudos, traspasada de pánico. Inés, sin soltar al niño, había logrado aferrarse a un pie del tosco camastro, mientras el viejo sacerdote yacía sin sentido con una profunda herida en la sien derecha.

¡Dios Santo!, ¿qué habría pasado?, nadie venía a auxiliarla.

El movimiento del barco había vuelto a su primitiva rudeza, pero ella no se atrevía a soltarse, por miedo a rodar con la criatura. ¿Se estarían hundiendo? Rezó con toda su alma por todos los que estaban ahí, por sí misma y por los muertos queridos. Después de un rato, que le pareció una eternidad, llegó Esteban dificultosamente.

—¡El palo mayor, doña Inés, se ha partido en dos, como si fuera de manteca! —la voz del joven temblaba y estaba muy pálido.

—Por favor, muchacho, ayudadme, que con el niño en brazos no me puedo enderezar.

Entre los dos levantaron al padre Juan, recostándolo sobre un lecho. Luego trajeron a Teresa, que había dejado de gritar, pero tenía tal terror grabado en el rostro que daba miedo mirarla. Esteban la alzó en sus brazos para acostarla, tratando de que se calmara. Inés puso al niño a su lado y fue a ver al anciano.

—No es nada, doña Inés —dijo—; no sé qué sería de todos nosotros sin vuestra ayuda. Ignoro cómo os arregláis para ser el paño de lágrimas de todo el mundo, mientras conserváis esa serenidad, esa actitud tan admirable.

—Me halagáis, padre, y no lo merezco. No siempre estoy serena; muchas veces la angustia me aprieta el corazón y desfallezco —decía, mientras lo vendaba hábilmente.

El herido no tenía muchas fuerzas para seguir hablando, pero acarició las delgadas mejillas de Inés con sus dedos largos y afilados, sonriendo bondadosamente.

* * *

Durante muchos días todos trabajaron afanados, arreglando como era posible los perjuicios que hizo el temporal.

Inés, en los ratos que le dejaban libres los muchos quehaceres que ella misma se había impuesto, apoyada sobre la borda, tenía tiempo para pensar y ordenar sus ideas, contemplando el horizonte sin fin.

Ella sabía que no era el ángel de bondad que creía el padre Juan. Conocía muy bien sus ambiciosos sueños de grandeza y el odio que sentía hacia los jefes ineptos, a quienes culpaba de la muerte de su marido.

¡Con él habían muerto sus esperanzas!...

No se daba cuenta aún de que resurgía en ella esa enorme fuerza vital, abriéndole caminos que la proyectaban hacia el futuro.

Su inmensa voluntad se ponía poco a poco de pie.

En esa mente ágil y constructiva iba tomando cuerpo el firme propósito de no dejarse abatir. Saldría adelante. Nada ni nadie lograría aplastarla. El destino la había colocado en este inmenso escenario de la conquista de un nuevo mundo, y allí ella tendría un lugar...

Había venido a América porque en su pequeña y blanca casita de Plasencia se asfixiaba lentamente. Los gruesos muros comenzaron un día a parecerle los de una prisión. El alegre patio, lleno de plantas y de sol, era su único oasis.

Amaba la naturaleza con esa pasión desesperada con que los espíritus rebeldes e inquietos se prendan de las cosas de Dios.

Gozaba intensamente viendo reventar las yemas de cada rama al llegar la primavera. Cavaba la tierra con el mismo cariño con que una madre prepara las cosas del hijo. Sembraba semillas, plantaba, cuidaba viejos troncos, hasta que su patio no tenía ni un espacio más. Quería llorar de alegría cuando veía nacer una nueva flor, y sus macetas parecían inmensos ramos colgando a la orilla del alegre corredor.

Ahora todo eso había quedado atrás. Era demasiado pequeño para ella.

Los relatos que llegaban a su pueblo sobre las enormes tierras de América, con sus montañas y ríos repletos de oro y sus llanuras cubiertas de pastos para alimentar a todos los ganados del mundo; sobre esas tierras vírgenes y ricas para los cultivos más diversos, habían abierto en su imaginación nuevos horizontes y dado una forma distinta a sus ambiciones. Sólo restaba convencer a su marido, y ella sabía cómo hacerlo.

En la tibieza de las noches de aquella primavera, abrazada a su cuerpo joven y fuerte, Inés hablaba y hablaba, imaginando glorias y grandezas, en la holgura de una vida fácil, merced a las riquezas por conquistar en ese nuevo mundo fascinante y prometededor.

Muchas veces él se había quedado dormido ya, cuando ella seguía soñando despierta y hablando dulcemente hasta que sus ojos se cerraban.

Inés había sentido muy hondo el impacto de las nuevas perspectivas, porque su espíritu siempre alerta pintaba a todo color cada minuto de su existencia.

Sabía que a su marido le hubiera gustado tener muchos hijos de ella. Habrían hecho cosas que él no haría jamás, porque se conocía despreocupado y gustador de la alegría fácil. Pero desde que Inés perdiera, en doloroso trance, aquella criatura recién concebida, no habían vuelto a materializarse sus deseos. De eso hacía ya mucho tiempo, pero a él seguía aterrándole recordar que su mujer casi perdiera la vida. Nunca más volverían a tener un hijo, pero eso no importaba. Pensándolo bien, era mejor así; no quería exponerla a ningún riesgo. No sabría cómo vivir sin ella. Le gustaban su sonrisa amable y sus palabras llenas de amor.

* * *

Hasta que un día le dijo que sí, que irían a ese paraíso prometido, a la conquista de la gloria y la fortuna, porque ella lo deseaba.

Inés estuvo loca de alegría. Corría de un lado para otro reuniendo el equipaje... y sus semillas. El sólo se compró una afilada espada toledana y una amplia capa a la manera andaluza, para que durmieran abrazados los dos...

* * *

Ahora estaba aquí, en la América de sus sueños. Pero estaba sola.

Sus pensamientos volaban veloces. Tendría que luchar también, pero con armas distintas a las de los hombres. Ella comprendía que eran otros sus recursos. Tenía que ser toda una mujer, en el mejor sentido de la palabra. Su instinto y su talento le decían que un corazón generoso para ayudar en el dolor, esa destreza femenina insustituible en algunas labores, la dulzura y la comprensión frente a las debilidades humanas la harían indispensable, querida y respetada de todos.

Y lo estaba logrando plenamente. Poco a poco había llegado a sentirse mucho más segura y más tranquila.

La curiosa amalgama de que estaba hecha esa mujer: la palabra dulce y animosa, su presencia serena, el gesto noble y esencialmente femenino, el andar seguro, aquella fe suya en el porvenir, sus mismas ambiciones, su valor; todo ello servía a los soldados como un acicate y como un sedante a la vez.

* * *

El barco iba ya bordeando la costa del Perú, arrastrado débilmente por una brisa leve que a veces parecía cesar por completo; entonces las velas caían flojas de las jarcias chirriantes.

El piloto obligaba al buque a describir interminables zigzagues, aprovechando cualquier brizna de viento para avanzar unas varas.

Arriba el cielo gris, inexpresivo e inmutable, aplastaba un aire mojado sobre el barco.

Algunas veces parecía que tocarían la tierra, áspera y seca, con la proa, para luego enfilar decididos hacia el horizonte, donde el sol iba a sepultar sus últimas luces.

Constantemente caía una fina llovizna casi invisible, que penetraba todo de humedad, insistente y silenciosa, tiñendo de moho los hierros y oscureciendo las maderas.

Lenta, muy lentamente el viejo buque, barrigudo y quejumbroso, se abría camino hacia el sur.

* * *

Un día, al clarear el alba, la soldadesca despertó agitada, dándose cuenta de que el barco había anclado frente al Callao.

Por fin el Perú estaba allí, al alcance de sus manos, con sus leyendas de oro y sus quimeras de grandeza.

Los marineros ejecutaban diestramente las rudas maniobras, en tanto que comenzaban a atracar los pequeños botes de desembarco.

La voz imponente del capitán se hacía oír sobre la algarabía excitada de los hombres que se atropellaban junto a la borda. Todos querían bajar al mismo tiempo, como si pudieran resarcirse, en ese minuto, de los largos días perdidos en el mar; de esas horas interminables de agonía, cuando el viento parecía haberse fugado del planeta, cuando esas calmas insoportables ponían desesperación en todas las impaciencias.

La playa árida, de tonos indefinidos, se extendía a ambos lados, sin colores, desolada y triste, bajo un cielo pesado, gris blanquecino.

* * *

Inés no tenía prisa alguna por bajar del barco. Pasaron todos antes que ella se decidiera a descender al bote.

Sentía un miedo extraño, una incertidumbre pertinaz. Dentro del buque habían sido una gran familia, pero ahora todos se dispersarían, corriendo cada uno tras su propio destino.

¿Y qué haría ella sola en este mundo desconocido, en este continente salvaje, donde no cabía otra acción que la lucha sin cuartel? . . . ¡Era un lugar para hombres! . . . Las mujeres parecían no tener cabida ni posibilidades en donde solamente la punta de la espada podía abrir todos los caminos. Ya no sentía esa seguridad en sí misma que la había consolado mientras estuvo a bordo.

En esos momentos tuvo una conciencia clara de todo el terrible significado de estar sola, y sus frágiles hombros de mujer se estremecieron asustados, debatiéndose entre la esperanza y el desencanto.

* * *

El marqués don Francisco Pizarro, Gobernador del Perú, envió a su maestre de campo para recibir los esperados refuerzos que venían de Panamá.

En medio de la confusión producida por el desembarco, los capitanes se saludaron y tomaron acuerdo para organizar el traslado hasta la Ciudad de los Reyes.

García, además de buen marinero, sabía cómo montar su fuerte potro negro. El animal, visiblemente enflaquecido por el largo trayecto y cansado de la obligada inmovilidad impuesta dentro de la nave, alborotaba y tiraba de la rienda con intención de escaparse por el campo. El capitán lo dejó agitarse y brincar; tanto por lucir sus dotes de buen jinete como porque comprendía el nerviosismo de la pobre bestia.

Desde lo alto de su montura podía contemplar el grupo que se disponía a emprender la marcha hacia la ciudad. Viendo a Inés, se le acercó, y con un gesto amistoso la invitó a subir a la grupa de su caballo.

Ella aceptó sonriendo, y con un ágil movimiento estuvo alzada, sujetándose a la cintura del hombre. El gesto cordial del capitán le devolvió gran parte de la confianza que sentía perdida. Ya no estaba tan desamparada, ni era tan terrible ser una mujer sin marido dispuesta a abrirse camino en este rincón del mundo. No esperaba nada, ni quería nada del rudo capitán; fue sólo que su gesto la hacía comprender que estaba logrando el respeto y la consideración de esos hombres duros y ambiciosos.

Era todo lo que pedía en esos momentos.

* * *

Lima los recibió en palmas. Todos los habitantes de la ciudad se juntaron para verlos pasar hacia el palacio del Gobernador.

Ansiosos de tener noticias frescas de España, querían hacer preguntas y caminaban junto a los recién llegados.

A la puerta de la casa de Pizarro se deshizo la muchedumbre, en tanto que los viajeros subían cansados y curiosos las lujosas gradas de piedra.

El marqués los recibió con la natural afabilidad de sus momentos de alegría, los agasajó espléndidamente y les habló de esas tierras que todavía estaban por conquistar, mezclando su discurso con referencias a su alianza con Cristo y su lealtad para con el Rey.

Inés miraba absorta. ¡El palacio del marqués! Este recibimiento auguraba un buen principio para sus sueños de grandeza.

Contemplando el esplendor que la rodeaba, ni siquiera entendió las palabras que decía Pizarro, hasta que oyó pronunciar su propio nombre.

Todos sus compañeros pedían por ella al Gobernador. Le dio un vuelco el corazón. No lo podía creer. ¿Así pensaban ellos? La cubrían de alabanzas, hablando de su cuidado a los enfermos, de su valor a toda prueba, de su constante preocupación por ayudarlos, de su honradez de mujer... No quería oír... Todo eso le parecía una bondadosa exageración y sentía que su rostro estaba rojo como la grana.

Esto era lo que ella había estado tratando de conquistar. Pero un éxito tan inmediato la sorprendió.

El marqués se había quedado contemplándola con una mezcla de curiosidad y satisfacción. La estaba valorando con todas las distintas dimensiones de su ágil talento. Primero la miró largo rato, con esa instintiva fiereza de su potente virilidad; pero, después de unos momentos, impulsado por la presencia de los otros, sintió aquel hábito de respeto con que ellos ya habían aprendido a rodearla, y esa poderosa influencia calmó sus ímpetus.

Antes de hablarle, su rostro se distendió en una sonrisa, con esa cordialidad natural suya que le ganaba amigos.

Inés esperó con ansiedad, pero guardó silencio.

Después de unos segundos, sus palabras brotaron suavemente, en curioso contraste con su imponente figura, pero sin que desapareciera de sus ojos esa chispa de malicia que sólo los abandonaba cuando se enfurecía.

—Este reino del Perú os dará cuanto merecéis —dijo.

* * *

Poco antes de partir, ella vio por última vez a Teresa. Venía con su niño pequeño en los brazos y acompañada por Esteban. La

invitó a seguir juntas, pero la muchacha miró al soldado sonriendo, y el joven habló por ella:

—Le prometo cuidarla, doña Inés. El domingo próximo nos casará el padre Juan y nos quedaremos en Lima.

* * *

La ascensión hasta la ciudad del Cuzco fue dura. A medida que remontaban la cordillera, el aire se iba haciendo más frío. Por las noches, las largas horas a la intemperie fueron un verdadero martirio entre la aridez de las cumbres andinas, cuyos altos picos querían tocar las estrellas.

Ni una sola palabra de queja salió de sus labios ni de los de ninguno de sus compañeros. Pero la vista de la ciudad, del color de la piedra, acurrucada en el dorso de los Andes, en donde el aire enrarecido de las alturas se niega a llenar los pulmones y cualquier esfuerzo parece acabar con la vida, deshizo el entusiasmo de los recién llegados, poniendo un gesto de amarga sorpresa en esos rostros curtidos y recios.

* * *

La casa de Inés, hecha de grandes piedras desiguales, oscurecidas por el tiempo, había cobijado a innumerables generaciones de indígenas. Tenía a su espalda un amplio terreno en el que se podría cultivar el maíz u otro producto de la tierra. Estaba situada al borde de la ciudad y se escuchaba cercano el canto de la corriente del Huantunay.

Involuntariamente la comparó con su pequeña pero blanca casita de Plasencia, repleta de flores, y vio, como si estuvieran delante de sus ojos, los naranjales y los viñedos perdiéndose sobre las lomas verdes, sonoras de pájaros y oliendo a azahar y a hierbabuena. Se sentó desolada bajo el dintel de su puerta. No podía más. Su resistencia, su valor y su fe habían llegado al término de la humana capacidad. Se quería morir ahí mismo. ¿Para esto había venido a América? ¿Para encontrarse sola en esta oscura casa de piedra? ¡Hasta había sacrificado la vida del hombre que tanto la amara!, abandonándolo en las montañas del norte, sin darle siquiera cristiana sepultura... ¡Dios Santo! Un largo sollozo sacudió todo su cuerpo.

Inclinada hacia adelante, el rostro oculto entre las manos, lloró como nunca lo hiciera antes, indiferente a la belleza que la rodeaba.

El sol iba rodando hacia el poniente, tan luminoso, que parecía más cerca de la tierra que en cualquier otro lugar del mundo. Era como si pudiera tocarse con la mano, como si fuera posible alcanzarlo con el más leve esfuerzo.

A medida que descendía, el aire se enfriaba rápido, dejando la tierra oscura y fría en derredor.

Inés no sintió la transformación que ocurría en el ambiente. Por su mente desfilaban, nítidos, todos los minutos de su vida: desde la niñez fácil pero hacendosa en casa de sus padres, hidalgos pobres¹, despreocupada y feliz, hasta estos últimos días en aquel barco que a veces parecía clavado en el océano.

Los más mínimos detalles se abrían camino hondo en sus pensamientos. Su España sonriente, llena de color y de alegría; luego la infancia, las caricias de su madre; su matrimonio frente a ese altar humilde, siempre cubierto de blancas flores; esa terrible enfermedad que la llevó hasta el umbral último de la vida al perder a su hijo; las amables charlas de las vecinas en las misas de los domingos, donde se juntaban todas a orar... o a murmurar. En fin, todos los dolores y todas las alegrías de una vida común, ordenada y sencilla, sin riquezas, pero con seguridad.

No podía dejar de sollozar.

La más angustiada sensación de culpa le dolía sobre el pecho.

Retorciéndose las manos una contra otra, decía, sin cesar: "¡Dios mío!... ¡Dios mío!...", con tal desesperación que parecía estar repitiendo las últimas palabras que quedarán sobre la tierra.

¡Nadie, no había nadie de los seres que ella amara!... Ni parientes ni amigos, ni siquiera los sucios y desordenados pillastres de su calle, de ojos grandes, negros y brillantes y de rostros expresivos; ni la cara bondadosa del grueso cura de su parroquia a quien tantas veces consultara sus dudas o confesara sus culpas, aquel que le había enseñado a conocer a su Dios.

Se vio de niña, menudita y vivaz, con sus ojos muy abiertos, fijos en el rostro ingenuo del sacerdote, rodeada de muchos pequeños revoltosos y alegres que se aquietaban siempre al conuero de la palabra santa. El cura les relataba hermosas historias de Jesús. Eran todas como episodios de un mismo cuento mágico, hecho de amor, de comprensión y de piedad.

Casi nunca les hablaba del Antiguo Testamento.

Mucho tiempo después, ella creyó saber el porqué: no le gustaba, en el fondo de su corazón, aquel Dios terrible y vengador que allí quisieron representar. Más tarde, los sermones que oyera en el templo a lo largo de toda su vida, amenazantes y aterradores,

¹*Historia de Chile*, de Francisco Encina. Tomo I, pág. 414.

sermones que la Inquisición quería marcar con fuego en el alma y en el cuerpo de la gente, no lograron destruir la imagen del Dios que le enseñara a conocer aquel cura bueno y jovial de su aldea, al abrir su alma virgen hacia las regiones infinitas del espíritu.

Inés nunca más pudo imaginarse a su Dios imponiendo castigos perpetuos y espantosos para las debilidades de los hombres que El mismo creó frágiles.

Eso le parecía incongruente y absurdo.

Ella creía que siempre había una hora de perdón, y que la pena sería leve, no más dura de la que los seres humanos podían soportar, porque su doctrina era hecha de bondad. Así lo aprendió una vez, muy pequeña aún, y le gustaba seguir creyéndolo todavía.

Pero ahora todo eso estaba lejos, como escondido detrás de una bruma que le borraba los contornos seguros de sus creencias y de sus costumbres. Aquí ni siquiera le parecía encontrar esa fe suya tan reconfortante... Aquí no había nadie, ni nada...

En realidad era como otro mundo, cual si estuviera situado en una estrella lejana.

El destino, ciegamente, con esa fuerza inmanente de los movimientos del Universo, la había traído a este lugar desolado, clavado en las alturas, lejos de todo lo que le fuera propio y familiar.

¿Si se hubiera podido quedar en la Ciudad de los Reyes! Allí donde el aire era más fuerte para su pecho apretado por el dolor.

Cuando después de una eternidad levantó la vista, estaba de noche y se sintió rodeada de una extraña presencia.

Un miedo cervical se apoderó de su razón; rostros oscuros con pequeños ojos oblicuos la contemplaban fijamente... Un vuelco de terror le apretó la garganta. ¿Era una pesadilla? Estuvo a punto de gritar.

De pronto comprendió: eran los indios que el Cabildo del Cuzco había puesto a su servicio por orden expresa del marqués. Hombres y mujeres inmóviles, vestidos de tosca lana, cuyos rostros tenían el mismo color de las montañas, la miraban sin parpadear y en absoluto silencio.

¿Desde cuándo estaban allí contemplando impertérritos su dolor? ¿Qué pensarían de aquel raptó suyo de debilidad? ¿Tendrían algún sentimiento que pudiera parecerse a la comprensión, o la odiarían por verse obligados con ella? Mil incógnitas dispares se atropellaban en su mente caldeada por el llanto y la fatiga.

Se puso de pie lentamente, estirando toda su alta y delgada figura, y un suspiro profundo brotó, no sólo de su angustia, sino de

la necesidad de alimentar, con ese aire pobre, sus pulmones ansiosos de vida.

* * *

El sol apareció luminoso y puro sobre los campos fríos. Aquel aire que no parecía capaz de llenar el pecho, ponía, sin embargo, vibraciones de luz sobre las ramas, los insectos y las peñas.

A pesar del cansancio del viaje, Inés se despertó al clarear de la aurora.

La realidad de su situación, que la tarde anterior se le adentró dolorosa, estuvo presente, entera y clara, en el momento mismo en que despertara, y aun antes, cuando en su conciencia se abría camino la percepción del medio que la rodeaba.

No le gustaba dejarse abatir, y para apartar las ideas negras se puso en acción. A pesar del frío, se levantó del lecho al rayar el alba.

El campo estaba ya completamente claro cuando ella cruzó el umbral de la puerta, y el espectáculo que contemplaron sus ojos le ensanchó el corazón. Se apresuró en el arreglo de su persona, y echándose un chal sobre los hombros emprendió, con paso ligero, el camino que le indicaba el tañer de las campanas del templo.

En la iglesia de Nuestra Señora comenzaba el oficio. Se abrió paso entre una multitud de soldados españoles e indígenas conversos que llenaban el templo hasta el borde mismo del ara.

Desde muy pequeña le había gustado estar cerca del altar mayor.

Al lado derecho oía la misa, de pie, un grupo de capitanes, silenciosos e inmóviles como estatuas de piedra.

Inés quería concentrarse en la oración, pero las figuras hieráticas de los caballeros la distraían a cada momento. Comenzaron a atormentarla serios escrúpulos, hasta que ocultando el rostro entre las manos trató de seguir la ceremonia con fervorosa devoción, sin lograrlo del todo. En este mundo distinto, todo lo que pudiera tener un significado especial le producía una inexplicable curiosidad.

A la salida del templo sus compañeros de viaje y otros soldados formaban un corrillo. La saludaron con interés y le contaron las incidencias de su llegada. De pronto se abrió un camino entre la multitud y el grupo de capitanes pasó.

Adelante de todos iba quien, sin lugar a dudas, acusaba mayor jerarquía, a pesar de que su sencillo atuendo oscuro no llevaba insignias ni galones diferentes. Su porte era imponente, aunque no tenía mayor altura que los demás.

Lo primero que llamaba la atención era su ancha frente rodeada de cabello castaño y el mentón fuerte; luego sus ojos, claros y penetrantes, con una extraña pasión bailándole en el fondo de la mirada.

Inés se quedó inmóvil, como desconcertada. "¡Qué hombre extraordinario! —pensó—. Parece que todos le siguieran sin darse cuenta¹. Tiene el porte de un príncipe."

Los miraba alejarse entre la multitud, cuando la voz monótona y tal vez recelosa de Escobar la sacó de sus reflexiones:

—Es el capitán don Pedro de Valdivia —dijo, mirando de soslayo con gesto hosco a Inés.

Olmedo, siempre hablador y pendenciero, agregó:

—Dicen que tiene una mina fabulosa en Porco; es una montaña de plata que le puede producir doscientos mil castellanos; y grandes concesiones de tierra; todo el riquísimo valle de la Canela. No sé qué estará haciendo por aquí. Anoche lo topamos en la taberna. Andaba rodeado de mucha gente. Algo se trae el capitán ese. Si lo llega a saber el marqués...

—Pero, hombre —terció Pedro de Herrera—, si es el mejor amigo de Francisco Pizarro; fue su maestro de campo en los líos con Almagro. Por algo es dueño de lo que tiene... y, ¿queréis saber más? El propio Gobernador le acaba de dar títulos para que vaya de conquistas al sur; hace pocos días, en el mes de abril, a su paso para Chuquiabo². Me imagino que anda reclutando soldados. A mí me parece muy interesante, porque por estas tierras no creo que quede mucho que *agarrar*... Ostenta los cargos de teniente de gobernador y capitán general...

Inés oía como desde lejos las voces de los hombres que la rodeaban. Su mente erraba distraída.

De pronto, con esa desconcertante manera de reaccionar que tienen las mujeres, preguntó interesada:

—¿De qué lado queda el mercado?

Se despidió con un "¡Hasta pronto, que Dios os guarde!", y caminó ligera hacia el pintoresco lugar en que se amontonaban sobre el suelo las más diferentes mercancías. Había cosas de la tierra, apiladas junto a finas telas de España.

Ella se había propuesto transformar su hogar en algo alegre y bonito. Simplemente, no podía vivir entre esos murallones oscuros.

Gastó buena parte de su oro en las compras y a hombro de varios indios se llevó todo de una vez, ansiosa de ponerse a la obra.

* * *

¹Mariño de Lobera: "Tenía un señorío en su persona y trato, que parecía de linaje de príncipes".

²Lugar donde más tarde se fundó la ciudad de La Paz.

Al poco tiempo sus balcones parecían un gran ramo de flores, y en el interior de su casa pintada de blanco relucían los tiestos limpios y brillantes. El gallinero y los corrales eran un prodigio. Y su hacienda, a medida que crecía, le daba la sensación de seguridad y de confianza en sí misma que una vez creyó haber perdido para siempre.

Su ejemplo infatigable movía a los yanaconas, silenciosos pero dóciles. Los días iban desgranando su rosario de aconteceres, placenteramente. Nada parecía perturbar la paz de esta nueva vida y su espíritu se iba reponiendo en forma paulatina de la trágica confusión que tan hondamente la atormentara a su llegada. Hacía amistades con fácil encanto y le gustaba sentirse otra vez rodeada de afectos.

Además tenía tantas cosas que hacer, que no disponía de tiempo para ponerse a pensar. Por las noches se acostaba rendida de cansancio y se dormía junto con apoyar la cabeza sobre la almohada.

Ejecutaba las labores de su casa y dirigía las siembras del campo. Pero había otra tarea que, aunque la fatigaba mucho, le daba también hondas satisfacciones: casi no pasaba día sin que llegara algún soldado herido a pedirle que lo curara.

Poco a poco se había extendido la voz de que doña Inés tenía *buena mano* para curar las heridas más graves, y por eso es que venían cada vez más enfermos a su puerta buscando el alivio a sus dolores¹.

Ella no se negaba jamás, porque siempre creía ver la imagen de su propio marido en cada soldado y sentía alivio en su conciencia si podía ayudarlos.

No sólo curaba, sino que les hacía remendar las ropas convertidas en harapos, les daba de comer y los hacía acompañar hasta la posada.

El respeto que todos sentían por ella era como una fuerza extraña que los hacía comportarse medidos en su presencia. No sabían cómo agradecer a esa hermosa y solitaria mujer su generosidad. Entoncez, al irse, le dejaban sin comentarios algún pequeño trocito de oro.

Con ello iba creciendo su prosperidad.

Inés sonreía cuando, un poco avergonzados, le daban su obsequio, y los dejaba hacer.

Ella era ambiciosa, no podía menos que confesárselo a sí misma. ¡Tenía que triunfar!

Necesitaba éxito, lo necesitaba imperiosamente, para liberarse

¹ "...verdadera precursora de la Cruz Roja, que curó los heridos, vendándolos...". *Valdivia y sus compañeros*, de Tomás Thayer Ojeda.

de esa penosa sensación de culpa y de derrota que todavía la martirizaba algunas veces. Era mala perdedora, y la resignación no se contaba entre sus virtudes.

Esa idea la perseguía hasta en sueños, porque significaba la justificación de todo lo que había hecho, hasta que llegó a convertirse para ella en un anhelo que era casi como una sensación física. Lograrlo sería la única manera de alcanzar la paz.

Lo que Inés no sabía era que ese sentir lo compartían todos los que acometían esa empresa gigante de conquistar un mundo, en una suma de valores y esfuerzos individuales, casi ignorándose mutuamente y poniendo en ello la voluntad y la vida.

* * *

El día moría casi repentinamente detrás de los cerros, dejando la tierra en sombras, en esa media luz difusa, preñada de tristezas infinitas. Esa hora deprimente y melancólica que parece propicia para dejar salir a las almas a vagar detrás de sus ansias.

Inés colocó una silla bajo el dintel de la puerta, y con un gran suspiro, mezcla de cansancio, de tristeza y de esa opresión que le daba el aire de las alturas, se sentó indolentemente a contemplar el paisaje.

De pronto dio vuelta en la última esquina una extraña procesión. Varios hombres traían una pesada angarilla, transportando a un enfermo. El corazón de Inés comenzó a martillarle en el pecho: adelante venía el capitán, ese que llamaban Pedro de Valdivia. A los demás... sí, los conocía, pero los veía esfumados, sin importancia, detrás de la silueta de ese hombre imponente y majestuoso.

Se puso de pie rápidamente y fue al encuentro del grupo.

* * *

Todo el Cuzco hablaba del capitán extremeño. Decían que era el amigo íntimo del marqués don Francisco Pizarro y su hombre de confianza. Nadie comprendía cómo el Gobernador podía consentir que Valdivia se embarcara en esa loca empresa de la conquista del reino de Chile, privándose de su valiosa ayuda en la pacificación del Perú.

Pero muy pocos sabían que la misma Reina había ordenado "dar tal Provisión al hombre más calificado que en esas tierras ovriere", en un oficio real expedido en Valladolid el 3 de noviembre de 1563.

Y para Pizarro nadie era más calificado que su lugarteniente.

En la puerta de la iglesia, en cada puesto del mercado, en los corros de soldados, siempre estaba el nombre del capitán extremeño como el símbolo del valor y la entereza. Todos decían que era el mejor estratega del reino.

Muchos no comprendían sus extravagantes intenciones de ir a una tierra *infamada* por el fracaso de Almagro, que recién volvía derrotado, pero todos admiraban su decisión.

Inés no se había podido sustraer a ese encanto que emanaba de la imponente figura de Valdivia, cuyo paso decidido, recorriendo las calles del Cuzco, se había conquistado la admiración de aquellas gentes rudas.

Un hálito de grandeza emanaba de su estampa, montado sobre su espléndido caballo blanco, en sus correrías por tierras del Perú. Las mujeres y los hombres se quedaban mirándolo hasta que lo escondía un recodo, o se perdía en la lejanía, tras una nube de polvo.

Inés siempre se daba maña para averiguar todo lo referente al capitán. Se divertía oyendo los entusiastas relatos de Pedro de Herrera, cuya imaginación de soldado la entretenía sobremanera. Valdivia era, para uno y para otro, como un héroe de leyenda.

A ella, personalmente, le parecía un ser lejano, inaccesible; como un rey o un semidiós.

Y he aquí que ahora se acercaba a la puerta de su casa.

Gaspar de Vergara, caballeresco, se adelantó el primero a saludarla.

—Doña Inés —dijo—, había tenido pocas oportunidades de hablaros, pero he oído muchos reláto de vuestras curas casi milagrosas... y está muriéndose —agregó mostrando al enfermo.

Después de una pausa, continuó:

—Es don Albar Gómez Lunel de Sandoval, viene muy malherido... y como don Juan Gómez de Almagro, su hijo, está peleando en la guerra de los indios chiriguanos...

Ella estaba confusa; esos nombres no le decían nada. Pero en todo el Perú se conocía muy bien a este medio hermano mayor del adelantado don Diego de Almagro, hijo legítimo del hidalgo don Juan de Montenegro.

Inés se dio cuenta, de pronto, de lo que le estaban pidiendo y miró asustada al grupo.

—Pero... yo no puedo... —comenzó a decir. Mas los ojos del capitán extremeño estaban clavados angustiosamente en ella.

—Tenéis que ayudarnos, señora —dijo él muy serio, terciando

en la conversación con tanto apremio en la voz, que Vergara se volvió, aclarando:

—Perdón, doña Inés, es el capitán don Pedro de Valdivia.

Se saludaron sin dejar de mirarse, como si hubiera ocurrido algo imprevisto.

Los angarilleros se habían detenido sin saber qué hacer.

—Bueno, por aquí —dijo ella resueltamente—. Yo no tengo ninguna comodidad para hospedar a nadie... ni sé mucho... —y entró en la casa—. ¡En nombre sea de Dios! —murmuró, persiguiéndose al traspasar el umbral, consciente de la responsabilidad que echaba sobre sus hombros.

Colocaron la misma angarilla, a modo de lecho, sobre unos troncos. El enfermo venía sin conocimiento, y sus ojos, brillantes por la fiebre, estaban fijos y como extraviados.

Inés había visto perder la vida a mucha gente, pero le producía un fuerte sentimiento de repugnancia el que alguien muriera dentro de su propia casa.

Eso le había impedido aceptar de buena gana al enfermo. Si no hubiera sido por la súplica del capitán, no habría tenido fuerzas para hacerse cargo del pobre hombre.

Los pensamientos más encontrados volaban por su mente mientras limpiaba las heridas con ayuda de Jana, la fiel muchacha yancona, quien era, además, la que siempre se preocupaba de traerle las hierbas medicinales cuyo secreto heredara de sus antepasados.

Los dos hombres miraban en silencio y con admiración los manípulos de Inés, a quien la práctica había hecho muy experta.

Largo rato trabajaron las dos mujeres sin cruzar más que una que otra palabra entre ellas, moviéndose sin descanso alrededor del lecho, entre quejidos leves y alguna frase incoherente del herido, que difícilmente salían de sus labios apretados.

Por fin terminaron su pesada tarea.

Jana se enderezó muy despacio, en silencio, mientras que Inés, exhalando un profundo suspiro, se colocó las dos manos sobre los riñones, doblando su alta y delgada silueta hacia atrás.

—¡Señor —dijo—, qué cansancio!

Al poco rato el enfermo dormía un sueño agitado, pero profundo.

—Vamos —dijo Inés—, pasemos a comer algo.

Ella salió adelante, con su paso ágil y elástico, como si de pronto ya no estuviera cansada, y entró en la cocina, donde hervían dos grandes ollas de barro. Las destapó, una después de otra, y dirigiéndose al indio que vigilaba el fuego ordenó:

—Sírvenos, Aliro.

Un blanquísimo mantel cubría la tosca mesa, y la luz de dos velones ponía destellos y sombras sobre la modesta pero reluciente vajilla.

Al terminar de comer, los tres conversaban animadamente.

Cada día salían expediciones a distintos puntos, y Valdivia defendía calurosamente su intención de partir hacia el sur.

Gaspar de Vergara quería relatarle a Inés, con lujo de detalles, los desastres que habían sufrido con el adelantado don Diego de Almagro, a pesar de las enormes fuerzas que llevó y de los abundantes pertrechos de guerra de que pudo disponer. Así y todo, habían vuelto derrotados, dejando el largo camino marcado con los huesos calcinados de hombres y bestias. El había participado de toda aquella tremenda aventura y sabía de lo que hablaba.

Este relato enfurecía a Valdivia.

—¡Por el amor de Dios! —casi gritó—, ¿quién os obliga a volver? —y mostrando con el índice, acusaba—: Ellos son los culpables. A causa de su fracaso ahora estamos atascados. Y todavía tenéis que comentarlo más y más. ¿Pero es que no vais a olvidar nunca esa derrota? ¿Qué laya de valientes sois vosotros? ¿Y cómo es que ahora queréis volver conmigo?...

—Por eso, porque soy un valiente —rió Vergara, conciliador.

Inés escuchaba ansiosa. Hacía mucho tiempo que nada le había interesado tanto como esta discusión. Por fin este nuevo mundo se teñía con los colores de esa mágica atracción que un día la hiciera abandonar, tan alegre y despreocupada, su tierra natal.

A cada momento los hombres subían el tono de la voz. Muchas veces Inés temió que despertaran al enfermo, pero no se atrevía a advertírselo. Las manos largas y finas de Valdivia se agitaban en el aire, mientras sus pupilas claras despedían destellos cuando se enfrentaban a los candiles.

Como Vergara conocía muy bien los puntos débiles del proyecto, creía que la expedición no podría tener éxito si no estaba apoyada por barcos que la fueran abasteciendo en distintos puntos de la larga costa que se extendía al sur del Callao.

Valdivia no dudaba de la conveniencia de esta medida, pero le era imposible disponer de tal recurso y estaba dispuesto a partir de todas maneras.

* * *

Era bien entrada la noche cuando volvieron al cuarto del herido. Jana dormía sobre un banco, sin descomponer su grácil figura, y se despertó tan sin aspaviento como si hubiera estado vigilante.

En cambio, el herido dormía un sueño agitado y angustioso, a cada rato más violento, moviéndose sin descanso sobre su improvisado lecho.

Estaban mirándolo, desconcertados, cuando un grito gutural salió de su garganta contraída por el dolor, tratando a la vez de saltar fuera del lecho. Entre los tres apenas lograron impedirselo.

Inés pasó gran parte de la noche empapando lienzos en agua helada, que ponía sobre la frente del enfermo.

Pero sólo su voz suave parecía obrar el milagro de devolverle la calma. Al fin, después de largas horas, el hombre recobró el conocimiento y la miró silencioso, pero no pareció sorprenderse. Una mujer velando es lo que al instinto de los hombres dio la seguridad del seno materno.

Al poco rato volvió a conciliar el sueño, esta vez más tranquilo, como si se hallara por fin al amparo de un refugio.

Muy pronto Vergara también dormía profundamente, rendido por el cansancio.

Inés y Valdivia se miraron, riendo en silencio. El se levantó y fue a sentarse junto a ella.

Le habló de lo preocupado que estaba por la salud de Albar Gómez. Para el éxito de la expedición era importantísima la presencia suya, por ser hermano de Almagro y persona de gran prestigio.

A Inés le pareció que necesitaba que lo escucharan.

El quería que fuera su maestro de campo; era "hijodalgo y señor de mucha honra", hombre muy valiente y de grandes condiciones morales y guerreras...

Así conversaron largamente, como si hubieran sido viejos amigos. Le contó cómo sus ambiciosos sueños de gloria lo habían traído a América después de haber peleado en Italia durante años.

Lo había dejado todo: su casa en Castuera de la Serena y su mujer, doña Marina de Gaete... Quería "dejar huella de su nombre". No podía resignarse a la quietud. Ni siquiera la de una vida regalada que le habrían dado, ahora, sus ricas minas de Porco y su valiosa hacienda del valle de la Canela, tan grande como un reino.

El anhelaba formar un país, levantar ciudades, gobernar y dejar memoria de esos hechos.

Tenía que emprender esa conquista de las tierras que se extendían al sur, y lo haría aun a costa de su propia vida.

El marqués había entendido esta manera suya de pensar, y por eso estaba organizando, ahora, su expedición a Chile. Había mil dificultades. ¡Eran tan pequeños! No podían entender la gran-

deza de crear pueblos. Se contentaban con un puñado de oro...

Inés escuchaba en silencio casi religioso aquel proyecto de la génesis de un nuevo mundo que se mostraba por primera vez ante sus ojos atónitos, tal como ella lo presentía desde siempre en el fondo de su ser.

Hubiera querido saber decirle hasta qué punto lo comprendía.

Pero de la única manera que ella podía ayudarlo era cuidando de Albar Gómez, a quien él tanto necesitaba. Pensó en voz alta:

—Me parece que pronto estará mejor; sus heridas limpias ya no le darán calentura... Se recuperará poco a poco y partirá con vos a la conquista de vuestro reino.

—No sé cómo agradeceréoslo. Es muy importante para mí.

—Pues... —Inés titubeó—, no dejándome sola con el enfermo. A veces tengo miedo... Me parece que he visto morir a demasiadas personas.

—De ninguna manera, siempre os ayudaremos entre los amigos de Albar —dijo Pedro, mirando con admiración a esa extraña mujer, tan llena de coraje y al mismo tiempo de femeninas debilidades—. ¿Le tenéis miedo a la muerte? —preguntó.

—¿Miedo? ¡Terror! —dijo, pero se sonrió.

¿Por qué las mujeres estarían hechas así, de tan curiosos contrastes? Podían hablar de su temor a la muerte con la más fascinante sonrisa sobre los labios y diciendo con los ojos palabras no pronunciadas.

Estaba amaneciendo.

Inés se levantó y sopló las velas, que despidieron una larga estela de humo blanco y penetrante.

En la cocina, Aliró les sirvió apetitoso desayuno, acompañado de tibio pan de maíz.

Era bien entrada la mañana cuando los dos soldados se despidieron, prometiendo a Inés volver aquella noche para velar al lado de Albar Gómez.

Se turnarían entre ellos hasta que estuviera mejor.

* * *

El viejo soldado sanaba lentamente, pero a veces tenía retrocesos terribles, que los hacía temer por su vida.

Sus numerosos amigos habían cumplido la promesa de acompañarlo y no lo dejaron solo ni una noche.

“¡Es un hombre muy querido este Albar Gómez!”, pensaba Inés. En esas tierras donde la vida humana tenía tan escaso valor

resultaba increíble que ese hombre ya maduro y de aspecto débil pudiera despertar tan hondos sentimientos de amistad.

Pero, paulatinamente, ella misma aprendió a quererlo. Tenía una bondad natural tan manifiesta que el afecto se hacía recíproco.

Sus amigos sentían por él respeto y admiración. Decían que tenía una viril entereza para salir al encuentro del peligro, junto con una paternal actitud frente a su gente, que lo convertía en jefe.

“Tenía razón el capitán cuando lo quería para que fuese su maestro de campo”, pensaba ella, mientras recordaba sus largas conversaciones con aquel soldado nato que era Valdivia.

Con Albar Gómez hablaba también mucho de los propósitos de ir al sur y de las esperanzas que todos cifraban en la empresa, durante esos largos días de su convalecencia.

Inés no sabía por qué estaba tan interesada en conocer todos los detalles. Una insaciable curiosidad la impulsaba a preguntar y preguntar. Entonces se iba al cuarto del enfermo y lo escuchaba por horas enteras, mientras Albar estaba feliz de poder contar sus proyectos. A él le parecía que hablándolo todo con aquella inteligente mujer les iba dando forma a sus sueños, imprimiéndoles vida.

Cuando llegaba Valdivia la conversación se volvía mucho más interesante. El capitán tenía una especie de fuerza propia, gigantesca y arrolladora... Su fe era contagiosa y su entusiasmo parecía poder solucionar todos los inconvenientes.

Así pasaron los días, y el contacto con todas esas personas le iba mostrando a Inés una face desconocida en este mundo distinto, al mismo tiempo que le enseñaba la difícil trama que era necesario tejer para organizar una expedición por esas ásperas tierras de América.

Los preparativos se sucedían agitados, casi febriles, en un afán angustioso por superar las dificultades que parecían perseguir los propósitos del conquistador con saña increíble.

La vieja casona de Inés se fue convirtiendo poco a poco en el cuartel general de Valdivia y sus compañeros. Todos se sentían a gusto en aquella sala ordenada y tranquila.

De Inés misma se desprendía una grata sensación de armonía, de seguridad en sí misma, comunicativa y generosa, que era un aporte más a la expedición. Hablaba con una voz baja y profunda, de entonaciones cálidas, que despertaba sentimientos de amistad, emitiendo siempre el juicio certero. Su sinceridad era contagiosa y alrededor de su mesa se suavizaban muchas asperezas, al mismo tiempo que se encendían nuevos bríos.

Valdivia parecía necesitar cada vez más ese apoyo moral que

le daba Inés con su presencia y con aquella inteligente manera de mirar los problemas que se sucedían sin tregua.

Muchas veces la llevaban hasta los almacenes donde guardaban los pertrechos que iban juntando y escuchaban sus sugerencias como si conversaran entre viejos amigos.

Para ella, la expedición comenzó a ser algo propio y querido. Le parecía que si llegaba a fracasar sería una derrota suya; pero una curiosa confusión de sentimientos la desconcertaba. Al mismo tiempo que quería ayudarles a allanar los obstáculos, la desolaba la idea de perder a esos amigos a quienes, seguramente, no volvería a ver y a los que admiraba por su valor en aquella lucha para levantar la empresa más peligrosa de cuantas podían iniciarse.

A veces algunos sentían menguar sus fuerzas y relajaban un tanto sus empeños, pero, con el pasar de los días, la primavera empezó a poner urgencia en todas las ansias, y los preparativos volvieron a tomar un ritmo más acelerado.

La avena estaba madurando ya en dorados granos, los árboles comenzaban a pintarse de verde y las flores abrían sus corolas, poniendo pinceladas de color en los pastizales. La naturaleza entera empezaba su renacer de cada año. Un clima de génesis vibraba en el aire. Los pájaros y las bestias se aparejaban gozosos. Los trinos, los balidos, el mugir... en la pradera. Y los hombres y las mujeres, del color de las montañas, con sonrisas contenidas se invitaban al amor.

Cuando Inés volvía de su campo, la casa le parecía tétrica y fría. La sombra de sus criados, silenciosos y ligeros, escurriéndose del abrazo, con su presencia, la enervaban. A veces quería cantar, y las canciones de su tierra le dejaban un amargo sabor de soledad entre los labios... Entonces quería llorar...

Ese muchacho callado, de ojos oblicuos y pómulos salientes, la tez oscura y el torso fornido, que aguardaba pacientemente días enteros a alguna de sus muchachas, tal vez a Jana, la enojaba sin saber por qué. Semiescondido detrás de unas ramas, esperaba con tanta inmovilidad como si hubiera estado siempre allí, desde el comienzo de los siglos.

"Y así debe ser —pensaba Inés—; un hombre, y otro, y otro, desde el principio de los tiempos, ha estado aguardando a una mujer."

* * *

Poco a poco, las esperanzas de los conquistadores iban tomando forma.

A veces Inés perdía la paciencia y las discusiones sin fin se le hacían intolerables. Entonces salía para respirar el aire fresco de la noche y estar sola.

Cuando la luna enorme y redonda blanqueaba las montañas y el valle dibujando extrañas sombras que poblaban de imágenes el campo, le parecía delicioso poder contemplar el ancho espacio que se extendía detrás de su casa.

Adentro se oían las voces acaloradas y violentas, hasta que la aparición de Valdivia ponía cordura en el ambiente y apaciguaba los ánimos.

El capitán se imponía por su sola presencia.

La confianza que tenían en él era como una pasión de la que Inés tampoco lograba escapar. En cuanto lo oía llegar, ella volvía a entrar a la casa. Sentía un inusitado placer comprobando, cada vez, el efecto que causaba la presencia de aquel hombre extraordinario en el ánimo de los otros.

* * *

Era tal vez la medianoche.

Inés dormía profundamente cuando unos golpes, dados sobre la puerta de su pieza, la despertaron sobresaltada.

—Señora, por favor, ¿podrías venir? —pedía la voz entera y profunda de Valdivia—. Gómez está muy mal.

Inés se echó un abrigo sobre los hombros y corrió al cuarto del enfermo, seguida de cerca por Pedro.

Albar ardía de fiebre y deliraba. Inés despertó a Jana, la hizo preparar una infusión caliente de hierbas de la tierra y entre las dos se la dieron a beber... Y esperaron.

Quizá qué desconocidos poderes tendría ese brebaje, pues lo cierto es que al rato la respiración del enfermo tomó su ritmo normal, sumiéndose, por fin, en un sueño profundo y reparador.

Inés se sentó junto al lecho, y Pedro, muy impresionado, se acercó a ella para darle las gracias una vez más.

—¿Cómo habéis llegado a conocer el empleo de todas estas hierbas? —le preguntó interesado, después de un breve silencio.

—Creo que todos pueden enseñarnos algo —dijo ella—, y no me parece cuerdo desdeñar los conocimientos de esta gente. Estamos tan lejos de nuestra tierra... Siento siempre una fuerte curiosidad por lo que los indígenas saben hacer —terminó, mientras caminaba por el cuarto poniendo las cosas en orden.

Pedro de Valdivia se sorprendía cada vez de la forma tan peculiar como Inés miraba la vida... Parecía estar constantemente

alerta, interesándose por cada detalle, aprovechando todo lo que pudiera tener algún valor.

—Sois una mujer excepcional —murmuró, mirándola muy serio, con una expresión interrogante en el fondo de sus ojos claros.

Inés guardó silencio, mientras una sonrisa leve se extendía por su rostro. No era la primera vez que oía esa frase y le gustaba escucharla; pero ahora tenía para ella un valor muy especial. Se detuvo y lo miró sonriendo.

El no la entendía muy bien. Varias veces en los últimos días se había preguntado qué estaría haciendo esta mujer, tan interesante en muchos aspectos, en este mundo demasiado nuevo, tan violento, de aristas tan duras. Un mundo que no estaba todavía terminado para que viniera gente como ella. ¿Qué buscaría? ¿Cuál sería su meta?...

Inés se había sentado sobre un banco de madera, afirmadas sus espaldas contra la dura pared de piedra. Cerró los ojos y descansó la cabeza hacia atrás.

Durante un prolongado rato Pedro la estuvo contemplando en silencio.

El largo cabello negro y liso caía como un manto desde la nuca en una cascada de seda brillante; las pestañas oscuras descansaban sobre el pálido rosa de las mejillas, con un aspecto de paz infinita, como si la vida toda se hubiera paralizado, velando su cansancio.

Inés empezó a recordar involuntariamente. Durante todo el día se habían sucedido los quehaceres sin tregua: el trabajo del campo, el ordenamiento de la casa y todos los soldados enfermos que habían llegado desde Charcas buscando sus curaciones la habían dejado exhausta.

Uno a uno les limpió las sucias heridas, les puso hierbas curativas y los vendó cuidadosamente. Le parecía que no terminaría nunca de limpiar y curar...

Cuando se fue el último soldado, sobre la mesa de su comedor brillaban, diseminadas, algunas pepitas de oro, que muchos pudieron dejarle reconocidos, mientras que otros sólo podían darle las gracias y desearle ventura.

Ella ni siquiera sabía lo que habían hecho unos u otros. Sólo quería tenderse y descansar.

Cuando por fin se fueron todos, se tomó un plato de sopa de maíz y se durmió profundamente entre las blancas sábanas de su lecho.

Y he aquí que ahora tenía que cuidar a este pobre viejo enfermo, que no se decidía a mejorar.

Realmente, era demasiado, y la vida parecía haber perdido, de pronto, todo su interés.

Un descorazonamiento infinito se apoderó de sus sentidos, sumergiéndose sin darse cuenta en la inconsciencia.

Se había dormido vencida por el cansancio.

Súbitamente el sueño se hizo agitado. Sintió que el mundo entero se derrumbaba a su alrededor. La impresión fue tan vívida, que creyó oír el retumbar de las piedras rodando cerro abajo en un cataclismo final, en un caos definitivo de destrucción y de muerte. Era como si ella hubiera estado tratando de sostener el equilibrio inestable de toda la Tierra, y por fin el cansancio la hubiera derrotado, desmoronándose este extraño mundo...

Se enderezó sobresaltada, mirando con desconcierto frente a ella...

—¡Qué sueño tan horrible! —dijo, llevándose las manos al rostro.

A pocos pasos Valdivia la contemplaba interrogante, tratando de adivinar qué pasaba detrás de sus ojos oscuros, tan asustados.

Inconscientemente extendió sus brazos, e Inés con un sollozo se refugió en ellos.

La cintura delgada de la mujer se hizo nada entre los fuertes brazos del hombre.

Su agitación se fue calmando lentamente. Un largo rato estuvieron así abrazados sin hablar, mientras Pedro acariciaba sus cabellos y sus hombros con ternura. Parecía increíble que aquel recio guerrero de anchas espaldas pudiera tener ademanes tan suaves.

Poco a poco, ella se tranquilizaba... Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo azorada... Iba a hablar, pero los labios del hombre le cerraron la boca dulcemente al principio, haciéndose el beso más y más intenso, hasta que Inés creyó que iba a perder el sentido.

Fue como si el tiempo se hubiera detenido súbitamente. El silencio más absoluto los envolvía en un hálito tibio, y las sombras del cuarto eran como un manto protector... Estuvieron así abrazados, en un beso interminable... fuera del tiempo y la razón.

Inesperadamente, un ruido extraño rompió el ritmo..., y los sentidos volvieron a percibir la realidad, con una sensación de resistencia.

Eran los quejidos del enfermo, que desasosegado se revolvía en su lecho.

Se separaron instintivamente, mirando recelosos el lugar en que Albar se debatía entre la vida y la muerte. Pero el hombre sólo estaba durmiendo un sueño pesado y desapacible.

Sin embargo, el encanto se había roto. Los muros del cuarto,

los rústicos muebles, todo cuanto los rodeaba tomó otra vez su forma real. La luz del amanecer dibujaba ya nítidamente las aristas de las puertas y las ventanas con su luz cruda y brillante.

Pedro mantenía asidas las dos manos de Inés, mientras se miraban desconcertados.

—Yo tampoco lo sabía... —dijo él, contemplándola con cariño—, pero ahora todo es diferente.

Inés se le acercó, temblando ligeramente.

Pedro la tomó por los hombros con su brazo derecho.

—Vamos —dijo casi en secreto—. Ahora tengo que partir — y mientras besaba sus cabellos renegridos, en una caricia tierna, mezcla de amor y de cariño, salieron juntos del cuarto.

Todo estaba despertando en derredor. Los servidores caminaban perezosamente de un lado a otro y los animales comenzaban a agitarse en sus corrales; mientras, el arco tenso de algún pájaro dibujaba su silueta oscura contra el cielo y la luz todavía oblicua del sol escribía sombras alargadas y tenues sobre la tierra.

Pedro se ciñó la espada, y echándose la capa sobre los hombros se quedó mirándola, como si la viera por primera vez.

Así parados, uno frente al otro, estuvieron largo rato, quietos, sin quitarse los ojos de encima ni decir una sola palabra. Al fin Valdivia, tomando con sus manos la cara de Inés, la besó en la boca una y otra vez. Luego, bruscamente, dio media vuelta y se marchó.

* * *

Después de un momento ella se volvió muy despacio, y sonriendo suavemente comenzó a caminar hacia su cuarto.

Sentía que dentro de su pecho estaba también amaneciendo.

No experimentaba cansancio; su paso se hizo ágil, como si tuviera alas.

Una felicidad arrolladora le golpeteaba el corazón. Se encontraba un poco tonta y con el ánimo liviano como el de una niña; ella, una mujer formada, que había vivido intensamente, que había jugado tantas veces con la muerte... ¡No era posible!... Estaba avergonzada... , pero seguían sonando campanitas en sus oídos y la voz de las personas le llegaba lejana y con retraso. Además, ni siquiera le importaba lo que decían. Se reía un poco para sus adentros, tanto de su propio estado de ánimo como de los demás, que siempre estaban esperándolo todo de ella.

Lo único realmente importante era aguardar la hora en que él volvería. Se detuvo en seco, ¿y si no venía esa noche? No. No podía ser... , y una ansiedad dolorosa le hizo daño. No quería

pensar en eso; él vendría de todos modos...; ¿y si el beso que le dio en la puerta fuese una despedida?...; pero no, ¿cómo es que le dijo?: "Ahora todo es diferente"... Sí, ella lo recordaba muy bien.

* * *

Pedro de Valdivia se encaminó a su alojamiento, haciendo sonar los tacones de sus botas sobre la empedrada calle.

Por su mente iban desfilando todos sus encuentros con Inés. Veía sus ojos atentos, de insondable profundidad, mientras escuchaba sus proyectos. Sus manos ágiles cuidando a los enfermos, su sonrisa amable... Todos los momentos de estos últimos tiempos estaban llenos de ella; su talle cimbreante y su andar grácil y firme... De pronto una oleada de amor le encendió la sangre: creía volver a sentir el contacto de aquel cuerpo delgado y tibio, apretado entre sus brazos a todo lo largo de su piel.

Sí, se le había metido en el alma. ¡No podría dejarla jamás! No sabía cómo conciliaría la realización de sus planes y la necesidad de estar cerca de esta mujer, toda hecha de pasión y de acción, que lo había transformado así... Pero tenía que haber alguna fórmula, y él la encontraría.

Una vez más, la enorme confianza que tenía en sí mismo se impuso, y como quien cierra un cajón y abre otro, se obligó a pensar en los mil problemas todavía irresolutos que debía abordar esa mañana. Sólo los hombres pueden hacerlo de esa manera, y Pedro de Valdivia era un hombre en toda la extensión de la palabra.

Pero los pensamientos bailaban en su mente aquel día. Recordó, deleitándose, que, como maestro de campo de Pizarro, en la conquista de Charcas y luego en la batalla de Las Salinas, derrotando al adelantado don Diego de Almagro se había hecho *un nombre* entre los conquistadores del Nuevo Mundo. Ahora ese título estaba rindiendo sus frutos. Desde las provincias de los chungos y de los chiriguanos había recibido recado de muchos renombrados soldados españoles, de gran prestigio, que irían a enrolarse a su expedición. Todo estaba marchando, por fin, como él lo quería.

Esos pensamientos le producían una sensación de orgullosa alegría... En realidad, tenía una curiosa y loca alegría dentro del pecho...

Su principal preocupación, en esos momentos, era lo escaso de sus recursos. No había podido reunir más de quince mil pesos oro por su mal vendida hacienda del valle de la Canela y su mina de

Porco. Por otra parte, costaba gran trabajo conseguir armas y caballos.

Durante la mañana tenía proyectado reunirse con don Francisco Martínez, rico comerciante recién llegado de España, para firmar un contrato de sociedad, después de largas y dificultosas conversaciones.

Era temprano todavía. Valdivia decidió ir antes a su casa y luego pasar a conversar, previamente, con algunos amigos.

Al llegar a su puerta, encontróse con Pero Gómez de Don Benito, Gaspar de Vergara y Francisco de Arteaga, que salían apresurados.

—Señor capitán —dijo muy jovial el primero—, me mandó a llamar Pero Esteban del Manzano. Dice que ha conseguido algunos caballos y quiere que los veamos. Ibamos a buscaros donde doña Inés.

—No, que aguarde Pero Esteban; yo tengo mucho que hablar con vosotros antes de ir a ver a Martínez —y entraron todos en la casa.

A poco llegó Del Manzano, con un humor endiablado. Dijo que venía exasperado con los relatos que esparcían los soldados de Almagro:

—Siembran el desánimo por todas partes; no paran de contar que "eran quinientos españoles y miles de yanaconas, con muy buen pertrecho de guerra . . . , y volvieron derrotados, dejando el territorio sembrado de cadáveres" . . . Ahora, hambrientos y lastimados, espárcen su amargura por doquier.

Pedro de Valdivia lo escuchaba imperturbable.

—Es inútil, Pero Esteban, iremos de todos modos . . . El hecho de que un jefe no haya sido capaz de llevar a sus hombres al triunfo no quiere decir que ningún otro lo pueda hacer. Además, la gente de Almagro sólo buscaba oro y el no hallarlo los descorazonó. Nosotros iremos a formar un reino para Dios y para España. Es otra nuestra finalidad, otro nuestro estandarte . . . Pero ¿es que no os dais cuenta de que eso es mucho más importante que atiborrar de oro los bolsillos de algunos ambiciosos? —gritó exaltado.

Arteaga arguyó:

—Lo peor es que los indios esos han quedado envalentonados con sus éxitos. Se sienten mucho más fuertes ahora que lograron derrotar a los cristianos y expulsarlos de sus tierras. Se han puesto muy atrevidos.

—Concedido —dijo Valdivia—, pero con eso y todo ¡conquistaremos el reino de Chile, aunque deje en ello la vida!

Vergara y Gómez callaban, porque, a pesar de que ellos conocían por experiencia propia lo sucedido, irían de todos modos.

—Nada ni nadie puede convenceros una vez tomada una resolución —rezongó malhumorado Del Manzano—. Mejor vamos a ver los caballos, y si convienen, cerramos el trato —agregó, pues él iría también, “aunque dejara en ello la vida”.

—Confío plenamente en vos —le aseguró Valdivia, conciliador—; decididlo como creáis mejor.

Era ya tiempo de ir a conversar con el comerciante.

Don Francisco Martínez, de trato fácil y agradable, era todo un señor. Entre copas de buen vino y abundantes platos se finiquitaron los acuerdos del convenio: El capitán don Pedro de Valdivia dirigiría la expedición “según su leal saber y entender”, en tanto que don Francisco Martínez se comprometía a entregar nueve mil pesos oro en armas y caballos. Las utilidades se repartirían entre los dos por partes iguales. El contrato de sociedad terminaba con la fecha de ese día: 10 de octubre de 1539.

Los amigos de Valdivia miraban, azorados, cómo su jefe aceptaba semejante acuerdo; pero don Pedro celebró en forma ruidosa el convenio, como si lo creyera realmente justo, fingiendo no ver las señas que Pero Gómez y Gaspar de Vergara le hacían desde la espalda del nuevo socio.

No obstante, lo que Valdivia no les dijo fue que consideraran la forma como se estimarían las utilidades. Según el propio Martínez, tendría que ser en monedas contantes y sonantes, pero... antes era necesario mantener el ejército, fundar ciudades, formar un pueblo..., y si aún, después de todo eso, quedaba oro..., ¡en buena hora!

No tendría por qué preocuparse. En cambio sí era de imaginar el efecto que haría en los demás el hecho de que un hombre tan calculador y sensato como Martínez arriesgara su dinero y su vida en una empresa que todos consideraban una locura.

* * *

Valdivia se sentía como empujado por una fuerza interior, nueva, que no le daba sosiego.

De allí se fueron a ver los pertrechos que amontonaban dificultosamente. Revisaron las últimas compras y pusieron orden en la distribución, trabajando la tarde entera. El entusiasmo desplegado por don Pedro ponía agilidad en todas las manos, y hasta los yanaconas, abandonando su mutismo natural, se movían con más rapidez.

Pero a pesar de los esfuerzos desplegados y de la singular personalidad y simpatía del capitán, en todo el Cuzco no podían juntarse los españoles necesarios para emprender el camino hacia el sur.

En la taberna de la Plaza Mayor se daban cita los soldados, y allí acudía a menudo Valdivia, consciente de lo que era capaz de hacer su presencia.

Conversaba con todos; su mesa estaba siempre llena de gente ruidosa y alegre, tanto por su liberalidad como por el especial encanto que emanaba de su palabra entusiasta y cálida.

Pero el impacto que habían recibido con la derrota del *Tuerto*, como decían con cierta insolente admiración por el adelantado don Diego de Almagro, fue demasiado fuerte para que hubiera quienes se atrevieran a pensar en ir al sur. En ningún lugar de América los indios eran tan atrevidos ni tan indómitos como en esas tierras de Chile. Además no se les conocía jefe alguno con quien poder entenderse o a quien apresar... Y, por otra parte, las distancias eran inmensas.

Todos hablaban a la vez y cada uno expresaba su propia teoría sobre el asunto. Vergara sostenía con valor la tesis de que para que la expedición tuviera éxito tendría que ser apoyada por mar. Y prometía, con solemnidad, que buscaría incansablemente la forma de darles esa ayuda.

Valdivia se lo agradeció emocionado, pero siguió sosteniendo que aun sin ese refuerzo, a todas luces muy conveniente, la conquista de Chile era posible. Y para cortar la discusión se puso de pie, con ánimo de marcharse.

Gómez y Herrera se ofrecieron para ir esa noche a acompañar a Albar Gómez, pero Valdivia se opuso, y despidiéndose con un gesto cortés tomó apresuradamente el camino de la casa de la mujer que amaba.

* * *

El día se le hizo interminable a Inés. Le hubiera gustado trabajar mucho para no tener tiempo de pensar y no angustiarse tanto por la incertidumbre. Pero como si lo hicieran adrede, nadie llegó a la puerta de la casa a pedir su ayuda. Las horas transcurrieron lentas, pesadas; los trabajos del campo no lograron interesarla; mientras que el sol parecía empeñado en no hacer su diario camino hacia el oeste con la velocidad de siempre.

Caminaba de un cuarto a otro, vagando sin rumbo. Le parecía como andar buscando algo que no estaba en ninguna parte.

Por fin se decidió a salir de la casa. La tarde se consumía en un incendio de colores. El aire fresco y la belleza de la hora la estimularon agradablemente. Marchó con su paso rápido por el campo, alejándose derecho por el valle, indiferente a cuanto la rodeaba. Llevaba bastante rato caminando cuando comenzó a sentir el cansancio de las alturas. Se había olvidado de la necesidad de andar despacio, tan contraria a su manera de ser. Se detuvo, mientras el pecho agitado procuraba aspirar ese aire ralo. Miró en derredor y la soledad la inquietó un poco. Además estaba oscureciendo muy rápidamente; ya casi no divisaba la casa. Entonces se volvió de prisa.

Llegó cansada a su puerta, pero con el espíritu más sereno y alegre. A Inés le hacía siempre bien el contacto con la tierra.

Mas, al traspasar el umbral, una sensación extraña le apretó la garganta otra vez. Se llevó las manos al cuello defendiéndose de aquel ahogo que le dolía sobre sus nervios tensos, sin atreverse a entrar.

La voz suave de Jana la hizo reaccionar:

—El señor don Albar está muy bien —dijo la joven— y quiere hablaros.

Gómez podía ya sentarse en el lecho.

—¡Qué gusto me da veros en tan buen estado de salud!

—Gracias a Dios y a vuestros cuidados, doña Inés. —Había en el tono de su voz tan profundo agradecimiento, que ella se conmovió—. Pero aún me siento muy débil. . . , y tengo que estar bien para ir en la expedición —agregó con una inflexión de angustia en la voz—. Aunque no lo creáis, es importante mi presencia entre la tropa.

Sin embargo, el pobre hombre tendría todavía una larga convalecencia. Se había salvado de milagro. ¡Nadie podía seguir viviendo con las heridas que él tuvo! Estaba segura de que le sería imposible partir tan pronto, aunque eso contrariara los planes de Valdivia.

—Don Albar. . . —empezó a decir, pero luego se contuvo, indecisa, y guardó silencio ante la inquietud que vio en los ojos del soldado.

—Doña Inés —rogó él—, tenéis algo que decirme.

—No, no es nada.

El hombre no se convenció. Tenía mucha confianza en su manera de ver las cosas y sentía verdadero interés por lo que ella le iba a decir. Habían conversado tantas veces sobre sus proyectos y

ambiciones que, con seguridad, Inés tendría algo que hablarle sobre eso.

—Os lo ruego —pidió.

—Pues, don Albar, sólo es que... ¿no creéis que vuestras heridas fueron demasiado graves para pensar en partir ya? —dijo ella tímidamente, agregando—: Yo sé todo lo importante que es vuestra persona para el capitán, pero...

No quería asustarlo, mas sentía que era un deber advertirle de su debilidad.

—Aunque sea muriéndome, no puedo dejar de ir —contestó el viejo, con mucha firmeza en la voz. Inés se quedó mirándolo sorprendida. Su aspecto se hizo severo y sus ojos denotaron tanta ansiedad, que ella se arrepintió de lo dicho. Tal vez su participación era mucho más importante de lo que suponía.

—Por Dios, don Albar, esperemos que Nuestro Señor os dará fuerzas y salud para emprender el viaje —y apresuradamente le habló de otras cosas, tratando de distraerlo.

Pero transcurrió un largo rato antes de que Gómez se pudiera dormir, vencido al fin por su extrema debilidad.

* * *

Ya estaba completamente oscuro y el capitán no venía todavía... , aunque rara vez llegaba más temprano; ella lo sabía muy bien; sin embargo, sus nervios estaban tensos como cuerdas de guitarra y tenía ganas de llorar.

Fue a la cocina, se sirvió un potaje y se puso a comer de pie frente al fuego, que dibujaba arabescos sobre las negras piedras del hogar.

Su inquietud crecía por momentos. No podía estarse tranquila. Siempre esa hora le había parecido la más grata. Era toda suya. Le daba una sensación de paz, de estabilidad, que le gustaba saborear con fruición después del agitado trajín del día.

Pero ahora sentía un desasosiego que no le daba un instante de tregua.

¿Qué pensaría de ella el capitán?, le gustaba imaginarlo en su mente siempre como a un jefe. ¿La creería una mujer fácil y liviana? ¡No!... La lastimó en lo más hondo esa idea, pero... ¡se estaba tan bien entre sus brazos!... , y sus ojos se entrecerraron... Luego reaccionó: ¿qué le estaba pasando? Ella, por sobre todo, se había empeñado siempre en lograr el respeto de la gente, y lo había conseguido, a todo lo largo de su vida.

Aun en este mundo nuevo, desarraigado e inestable, sola en-

tre hombres aventureros y ambiciosos, sin demasiada consideración a la ley ni a las personas, ella logró ser respetada por todos. Hasta el mismo marqués la había distinguido, dándole una buena habitación y ocupándose de que pudiera vivir sin preocupación económica.

Mas ahora, en un momento de debilidad, se había echado en los brazos de aquel soldado sin ninguna resistencia; al contrario, con ansias... Y lo había besado... o se había dejado besar. Era lo mismo. ¡Tenía tanto miedo de que él lo viera de otra manera!... ¿Qué estaría pensando en esos momentos? Eso era lo más importante en este mundo para Inés. Jamás se creyó capaz de amar en esa forma. Y, apretando los labios, pensaba con desesperación: quería que él la respetara, además de amarla. No sabía cómo lo conseguiría, pero tenía que hacérselo comprender: él era para ella algo distinto y único. ¡Tenía que lograrlo! Tal vez desde un principio presintió que una fuerza extraña la atraería inevitablemente hacia él. El magnetismo que brotaba de su personalidad era un imán irresistible para todos, y ella era nada más que una mujer...

Durante largo rato estuvo inmóvil, mientras el fuego se consumía lentamente, muriendo entre las cenizas.

Aliro dormitaba acurrucado en un rincón. No se atrevía a moverse para no interrumpir los pensamientos de su ama. El pobre indio, aun contra su voluntad, sentía por ella un cariño grande y un supersticioso respeto.

Al derrumbarse los últimos troncos, Inés volvió a la realidad y un gran cansancio se apoderó de su ánimo. Pero no quiso acostarse porque sabía que no podría dormir.

—Poned más leña al fuego —ordenó. Y tomando un pequeño y rústico piso se sentó junto al hogar.

No supo cuánto rato estuvo así, afirmados su hombro y su cabeza contra el muro, en un abandono completo.

De pronto sonaron unos golpes en la puerta, pero no se movió. Sólo que todos sus sentidos estuvieron alerta.

Aliro se levantó perezosamente y fue hasta la entrada, volviendo de inmediato detrás de Valdivia.

—El capitán... —empezó a decir, pero salió de la cocina en silencio.

Inés no dijo nada; ni siquiera le oyó hablar. Sus ojos estaban fijos en Pedro, mientras se enderezaba con lentitud.

El extendió sus brazos, y otra vez ella corrió a su encuentro, impulsada por una fuerza irresistible, más poderosa que todos los propósitos.

Sus cuerpos se fundieron en un abrazo tan estrecho, que las

luces intermitentes y caprichosas del fuego dibujaron una sola sombra larga que se prolongaba por el suelo y subía contra el muro.

Una abrasadora felicidad los envolvió, anulando el sentido de todo lo que no fuera amor.

Pedro le levantó la cara y la besó en los labios.

* * *

Clareaba la aurora cuando Inés se despertó. Una lasitud infinita invadía su cuerpo. Estuvo largo rato tendida de espaldas sobre el lecho, entre despierta y dormida, con una sensación de dulce fatiga, de suave modorra, que hacía flotar su mente en una niebla blanda y tibia, como un mar sin orilla. Poco a poco, la conciencia fue percibiendo los matices, y la felicidad se trocó repentinamente en un extraño temor. Aun antes de abrir los ojos sabía que Pedro dormía tranquilo a su lado. Era como un dios; nada podía perturbarlo. Sus grandes ojos lo miraron con tanto amor, con tal expresión de ternura, que ella misma, al darse cuenta, pensó que era mejor que estuviera dormido.

No tenía que decirlo todo, ni con la mirada. . .

Se enderezó despacio, tratando de no despertarlo. Su largo pelo caía en una negra cascada sobre la blancura de la almohada y cubría el hombro del soldado.

¡Dios Santo, cómo lo quería!, y una oleada de cariño invadió todo su ser. Arrimó su cara hasta rozar suavemente el rostro de Pedro en una caricia tan leve, que el hombre se movió sin despertar.

Se levantó sin ruido. Tenía que ponerse bonita. Se agitó rápida por el cuarto, con los pies descalzos. Estaba recogiendo su pelo en un alto moño, que le daba un aire de señorío, cuando Pedro se despertó.

—¡Qué linda mujer tengo! —dijo él sonriendo, y la llamó a sus brazos.

Inés, sentada al borde del lecho, lo cubrió de caricias.

Nunca, nunca más podría vivir sin ella. . . Y el peinado, deshecho, volvió a rodar sobre la almohada.

* * *

Sentados a la mesa, desayunaron como dos muchachos, tomados de la mano.

—Inés —dijo de pronto Valdivia—, tengo que ir al sur. . ., y no puedo dejaros. —Se quedó mirándola con un extraño desconcierto.

—Yo tampoco puedo separarme de vos —murmuró ella muy despacio, sin levantar los ojos.

Pedro también hablaba casi en secreto:

—No sé cómo conciliarlo..., es terriblemente peligroso. Todo está en contra; es un riesgo demasiado grande. La muerte nos acechará a todo lo largo de ese interminable camino. Y luego allá, tan distante de cualquier posibilidad de auxilio, estaremos siempre luchando con infinitas dificultades.

—Si vos podéis ir, ¿qué me impide hacerlo a mí? —interrumpió Inés—. Pero ¿es que realmente creéis que si es tan peligroso como decís, yo no quiero estar a vuestro lado?

Pedro, demasiado emocionado para decir algo, le besó... la frente, las mejillas, el cuello...

—No sé qué locura es ésta —dijo por fin—, pero iremos juntos a la conquista de un reino para nosotros dos.

* * *

Comenzaron a desfilar las horas y los días con un ritmo distinto. Había una emoción constante marcando cada momento con una rara y violenta intensidad.

Inés trataba de hacer muchas cosas para que no fueran tan largas las horas de la espera.

Un día decidió comprarse algunas telas y se hizo dos lindos vestidos, más claros y alegres que los ya descoloridos que tenía. Era muy difícil conseguir los elementos necesarios para coser ropas en este lado del mundo, pero al fin estuvo listo el primero. Ansiosamente aguardó la llegada del hombre que amaba. ¡Deseaba tanto parecerle bonita!

¿Qué le diría él? ¿O estaría distraído con la incesante preocupación de su expedición y ni lo notaría? Hizo mil conjeturas. Se portaba como niña. Ella nunca había sentido antes esas preocupaciones tan pueriles... Tampoco había estado enamorada de esa manera, pensó sonriendo suavemente.

Aquella tarde, mucho más temprano que de costumbre, tal vez respondiendo a ese escondido anhelo, entró Pedro como un torbellino a su casa.

—Señora mía —empezó a decir muy ceremonioso—, el señor marqués os aguarda... Pero, ¡Santo Dios, si sois una beldad!... —Se quedó mirándola con admiración, y una amplia sonrisa se esparció por su rostro.

Inés sonreía feliz.

—¿Os gusta, verdad? —preguntó con ansiedad.

—Pero mucho, mucho, y ni hecho de encargo. Francisco Pizarro quiere veros. Le he pedido su autorización para que viajéis con nosotros.

El marqués solía ser un hombre encantador cuando se lo proponía. Miró a Inés con aire de conoedor, y aprobó entusiasmado la idea del viaje. Si había un aire de malicia en el fondo de sus ojos, ella no lo notó.

Habló larga y calurosamente de la empresa, de su cariño por Valdivia y del buen augurio que él veía en el hecho de que una mujer como doña Inés integrara la expedición. Sería una bendición para los heridos; él ya había oído hablar de sus artes para curar a los enfermos... Además, si ella no temía afrontar todos aquellos riesgos, ningún hombre tendría derecho a sentir miedo.

Inés volvió feliz de la entrevista con Pizarro.

Sentía como una especie de liberación. Había puesto sus cartas sobre la mesa y decidido su suerte.

Ahora, si el amo del Imperio de los Incas los había autorizado a partir juntos, nadie tendría nada que decir.

* * *

El destino había levantado otra tormenta en la vida de Inés.

De nuevo sentía que su casa era estrecha y que sus muros semejaban los de una prisión. Tendría que volver a partir a través de ese ancho mundo.

Esos días apacibles y laboriosos, que antes le daban una agradable sensación de felicidad, ya no tenían sentido.

Pero, eso sí, el objetivo estaba claro ahora: "iría a formar un reino".

El se lo había dicho muchas veces, en las noches frescas y tranquilas del Cuzco, mientras permanecía acurrucada entre sus brazos. Iban a fundar ciudades, a cultivar la tierra, a criar ganados...; explotarían también las minas de oro...; tenían que pagar los quintos reales...

Todo eso era tan fascinante como una leyenda. Nunca más volverían a España. Esa sería "su tierra", la que ellos iban a conquistar. ¡Santo Dios!..., casi se olvida... "Por la fe de Cristo y el honor del Imperio Español".

* * *

Alrededor de la mesa de Inés, sentados en rústicos bancos, el pequeño grupo de conquistadores hacía atrevidos cálculos y discu-

tía detalles sin fin. Para aquellos hombres ningún obstáculo era valdedero. Tanto habían hablado y hablado de sus proyectos, que llegaron a deformar la realidad, dejando el ancho camino de la imaginación abierto de par en par. Dentro de sí llevaban como un imperativo la necesidad de crear nuevos pueblos. Ellos adornaron, con los colores de su propio espíritu, la ruta que escogieron. Y ahora el sur les parecía como una promesa, hacia la cual los empujaban las ansias de aquel mandato ineludible de su raza.

Inés, de pie detrás de Valdivia, sus manos afirmadas sobre los hombros del guerrero, con los ojos brillantes de entusiasmo y los labios apretados, escuchaba ansiosamente cada palabra, observaba cada gesto. Un ademán de desdén, una mirada torva, un signo afirmativo o una expresión de entusiasmo, podrían tener más tarde un significado muy importante.

A Pedro le agradaban la presión de las manos de la mujer sobre los hombros y la tibieza de su cuerpo cuando afirmaba contra sus espaldas los muslos delgados y firmes.

Sentía una profunda admiración por su extraña certeza para calificar a las personas. Ella siempre sabía quiénes eran de verdad sus amigos: hasta ahora no se había equivocado nunca.

A Inés le gustaba dejarse llevar por el entusiasmo de los hombres y gozaba plenamente de aquellos momentos de exaltación. Entonces esa empresa de titanes le parecía también algo tangible y lógico; simplemente, una incursión más por territorios de este nuevo mundo.

Aliro vino a decir que Juan Valiente traía un recado para el señor capitán.

—Decidle que pase.

Inés había oído hablar mucho de Juan Valiente. Sabía que era un criado de Valdivia, hombre de su confianza y que los acompañaría en la campaña de Chile. Pero lo que nadie había dicho era que... fuese un negro.

Cuando lo vio bajo el dintel de su puerta, la sorpresa no la dejó hablar. La corpulencia de aquel hombre parecía ocupar todo el ancho del marco, sin que por ello perdiera su esbeltez; en tanto que una fascinante sonrisa hacía blanquear sus albos dientes sobre la cara oscura, llena de nobleza.

—El señor marqués necesita hablar ahora mismo con el señor capitán —dijo— y le ruega que vaya hasta su casa.

* * *

Era el 28 de diciembre de 1539. En la sala de la casa de Pizarro lo aguardaba Pero Sancho de Hoz.

La cara de "pocos amigos" del Gobernador no presagiaba nada bueno. El marqués conocía bien a Sancho, porque éste había sido su secretario durante la conquista. Hombre mediocré y sin dotes de hidalguía, logró, sin embargo, atesorar grandes cantidades de oro. Solamente del rescate de Atahualpa le tocaron cuatro mil cuatrocientos castellanos. Insensato y farsante, se había casado en España con una mujer de noble cuna: doña Guiomar de Aragón. En sólo dos años dilapidó su inmensa fortuna. El Rey, compadecido, le dio "una provisión" para que conquistara las tierras "al sur del estrecho de Magallanes", con la expresa condición de que ni siquiera recalara en las gobernaciones dadas entonces a Almagro, Camargo y Mendoza.

A pesar de esa cláusula, Francisco Pizarro, cuya conciencia no estaba del todo tranquila después de la muerte de su antiguo socio don Diego de Almagro, derrotado en la batalla de Las Salinas, pensó que la prudencia le aconsejaba contemporizar con ese hombre. Como lo creía, no sin razón, con muy influyentes relaciones en la corte, decidió no discutirle sus presuntos derechos a participar en la conquista de Chile.

Así se lo había hecho saber a Valdivia anteriormente. Y ahora no podía seguir difiriendo el asunto por más tiempo.

La discusión duraba ya varias horas. Entre tanto se habían servido numerosos guisos régados con exquisito vino español.

El espíritu petulante de Sancho de Hoz, estimulado por el oloroso jugo de las vides, lo hizo perder el sentido de las proporciones, y comenzó a ofrecer generosos aportes que tanto él como los otros sabían perfectamente que le sería imposible cumplir. El mismo se estaba condenando al fracaso.

Echado hacia atrás, afirmado sobre sus tacones, las manos en jarra, decía desafiante:

—Dos navíos... , cargados hasta el tope de todo lo que pueda necesitar la dicha armada... , cincuenta caballos... , doscientas corazas... , y todo esto en el plazo de cuatro meses...

Los escribanos hacían correr sus plumas anotándolo todo.

Pizarro y Valdivia se habían quedado en silencio.

A las últimas palabras de Sancho de Hoz sólo siguieron el rasguear sobre el papel y la respiración anhelante de los hombres.

* * *

De vuelta a su casa, encontróse Valdivia con don Juan Gómez de Almagro. El guapo muchacho y valiente soldado, hijo de Albar Gómez, lo andaba buscando.

—¡Por Dios, don Pedro! —lo saludó—, no permita vuestra merced que mi padre nos acompañe al sur; está muy mal. . .

—Así se lo he rogado yo también, pero no quiere oírme. Vos conocéis mejor a vuestro padre. El sabe que su presencia es muy valiosa para el prestigio de la expedición, porque quiere reparar el daño que hiciera el adelantado en *deservicio* del Rey. Su honor de español es el que lo alienta y lo mueve. Si hasta ha renunciado a su valioso repartimiento y sólo piensa en partir. . .

Y abrazando al muchacho por los hombros, siguieron juntos el camino hacia donde guardaban los pertrechos.

Don Albar, ya repuesto, pero aún muy débil, insistía en participar en todos los preparativos de la expedición, y apoyado en Juan Valiente recorría los largos bodegones.

Al ver a su hijo sonrió complacido, y con un gesto alegre quiso disipar la preocupación en el rostro del muchacho.

—Hemos conseguido unos mil indios para el acarreo y hay buenas noticias de soldados españoles que se nos irán uniendo en el camino —dijo, y luego siguió animoso—: Tenemos que hacerlo, hijo; estoy seguro de que don Pedro lo logrará.

Faltaban muy pocos días para el que se habían fijado como fecha de la partida. Los pertrechos, las semillas y útiles de labranza; las jaulas que llevarían los animales domésticos. . ., todo estaba preparado. Para esos forjadores de pueblos, una cosa era tan importante como la otra.

EL CAMINO DE
LOS DESIERTOS

EL DÍA amaneció brillante. Las puntas de los cerros, clavando sus afiladas aristas en el cielo frío de la mañana, se recortaban iluminadas por los primeros rayos del sol.

Para ser principios de enero, el aire estaba demasiado fresco...

Los caballos, excitados, parecían presentir la proximidad de un viaje largo y se alborotaban entre el gentío de los indios que buscaban sus puestos en la caravana, obligando a los jinetes a mantener las riendas cortas.

La calle se había llenado de mirones que querían presenciar la partida.

¡Era una empresa de locos!

Con razón no se habían podido juntar más de veinte españoles, a pesar de que "la bandera de enganche" había flameado durante ocho largos meses en el frontis de la casa de Valdivia.

El capitán general apareció por fin, jinete en su espléndido potro blanco. La expectación puso silencio entre la alborotada multitud, y las voces de mando de Valdivia se pudieron oír certeras y precisas.

Pero lo que los mantenía más intrigados era que doña Inés Suárez, de quien se sabía positivamente que formaba parte de la expedición, no aparecía por lugar alguno.

La curiosidad de la gente era explicable, por ser ésta la primera vez que una mujer española integraba oficialmente un ejército conquistador.

Desde que el Gobernador don Francisco Pizarro diera la autorización a Inés para viajar al sur, todos los comentarios giraban alrededor de esa extraordinaria decisión. Algunos lo comentaban con malicia, otros con admiración por la valerosa actitud de la

mujer; pero, en general, todos lo veían con mucha simpatía. Al fin y al cabo, era algo que nunca había sucedido en estas tierras de América. El rango que ella llevaba, no por indefinido era menos importante. Eso todos lo supieron sin necesidad de ser explicado.

Ordenadamente la columna se abrió pasó hacia la iglesia de Nuestra Señora, donde oirían la última misa.

El altar mayor estaba brillante de luces y flores alrededor de una pequeña imagen de la Virgen que el conquistador iba a llevar en el arzón de su montura.

Dentro de la iglesia, aún vacía, había un hálito de quietud. En la primera banca, la mujer, arrodillada, imploraba la protección del cielo. Su esbelta silueta, vestida de negro, se destacaba contra las luces del altar, como el claroscuro de una tela flamenca.

Inmóvil y silenciosa, no aparentó darse cuenta de la entrada de los hombres. El rostro hundido entre las manos, absorta en la oración, parecía ausente del lugar, como si su alma viajara por los espacios inmarcesibles de Dios.

Entró el sacerdote ataviado lujosamente y comenzó la ceremonia.

El silencio más absoluto reinó dentro del templo. Como si una consigna misteriosa hubiera corrido de uno a otro de los presentes, una actitud de profunda devoción se apoderó de aquellos hombres endurecidos y temerarios. De pie, con la cabeza inclinada reverentemente, escucharon toda la incruenta ceremonia de la misa.

Aquella fe inconmensurable que templaba sus almas y movía sus pasos era para ellos arma y fortaleza. Daba jerarquía a su empresa y justificaba sus propósitos. En la atmósfera sombría y solemne de aquel recinto estaban empapando sus almas y su voluntad.

Para iniciar tamaño esfuerzo necesitaban sentir que contaban con un aliado sobrenatural, con una protección divina; que eran los encargados de una tarea digna de seres privilegiados. Ellos iban a llevar el conocimiento de Dios a otros hombres que estaban en las tinieblas de la ignorancia y a los cuales abrirían las puertas de la gloria eterna. Aun los más ambiciosos, los más egoístas, los más crueles, o los más torpes, precisaban de esa convicción que los hacía audaces hasta lo increíble.

Todo lo que estaba sucediendo en el Nuevo Mundo era una tarea de superhombres, y la causa que hacía posible su realización no era otra que aquella fe ciega dominando los instintos y la razón.

El silencio que flotaba en la oscura bóveda del templo era impresionante. En su hálito fresco y espiritual, los hombres podían elevar sus almas y sentirse mejores ante ellos mismos, lo que los haría también mejores ante la mirada suprema de Dios.

El sacerdote se volvió, haciendo sobre los presentes la señal de la cruz. Luego levantó la voz y les habló de la dura empresa que iban a iniciar, recomendándoles que siguieran siempre las normas de Cristo. Les dijo que frente a los vencidos no olvidaran la doctrina de amor y de bondad a que los obligaba su fe. Agregó que todos los hombres eran hijos de Dios, cualesquiera que fuesen el color de su piel o las costumbres que practicaran. Su misión era sacarlos del error, enseñándoles la doctrina de Jesús. . .

Por último, alzó su mano y los bendijo.

Inmediatamente el templo se llenó de ruidos distintos y sumados, que iban a retumbar en lo alto de la bóveda. El arrastrar de los pies de mucha gente y las voces en sordina de indios y soldados, en una mezcla ininteligible, se dirigieron a la salida.

* * *

El pequeño grupo de españoles descendía lentamente hacia el valle de Arequipa, seguido por una larga columna de indios, cargando los pertrechos y arriando los animales domésticos.

El caballo blanco del teniente de gobernador parecía un manchón luminoso al frente de la fila interminable que escribía curvas y más curvas en la lejanía.

Los ojos asombrados de los hombres de América contemplaban impotentes el venir y venir de aquellos seres, que llegaban de quién sabe dónde, arrojando impasibles todos los climas, arrasando todos los obstáculos, cubriéndolo todo, como una invasión de hormigas gigantes. Montados sobre bestias soberbias, cubiertos de acero, que podían escupir el fuego a la distancia, que sufrían imperterritos el dolor o la muerte, que seguían siempre adelante, como si un destino interior los condujera implacablemente por todas las rutas. . . Cada uno de ellos era como un dios, inmutable y resuelto. . ., o como un iluminado, desafiando todos los peligros, comandado por una fuerza más poderosa que la propia voluntad.

* * *

Junto con las últimas pinceladas del sol, la caravana comenzó a reunirse en las cercanías del poblado.

Cuatro hombres traían una angarilla rústica y sobre ella agonizaba Albar Gómez. A un lado marchaba en silencio su hijo, y al otro Inés Suárez, que se había desmontado del caballo, demasiado ágil y encabritado para poder estar al lado del enfermo. Expresaba tal angustia la mirada interrogante del hombre, que Inés tenía mie-

do de volverse. El pobre joven parecía sentir el mismo temor, porque caminaba con los ojos fijos en el sendero y el rostro severo e impenetrable.

Don Juan tenía veintiocho años y era un hombre cabal, pero el ver morir a su padre arrastrado penosamente por los duros caminos de la montaña lo colmaba de desesperación.

En cuanto acomodó al anciano en su tienda, salió apresurado, conteniendo los sollozos. Se sentó en una piedra, y hundiendo la cabeza entre las manos rompió a llorar. Todo eso había sido una locura. Su padre no debió salir del Cuzco; pero... nadie logró persuadirlo. En esos momentos parecía sólo un muchacho con una angustia superior a sus fuerzas.

Inés se acercó a él y, acariciándole el cabello, le habló dulcemente. De pronto, como lo hubiera hecho con su madre, el joven se abrazó a sus rodillas buscando el amparo de su consuelo, con esa tendencia ancestral del hombre a refugiarse en el instinto supremo de la mujer; con tantas ansias, que Inés se tambaleó.

—Muchacho, muchacho... —musitó ella afectuosamente.

Poco a poco se fue calmando... hasta que se puso de pie, limpiándose avergonzado las lágrimas que corrían por sus mejillas, con el dorso de la mano.

—Doña Inés —dijo—, sois tan buena... y no sé qué deciros ni cómo daros las gracias.

En esos momentos Valdivia se acercó al joven, y golpeándole cariñosamente la espalda le dijo:

—Tengo que hablaros, capitán; os ruego venir a mi tienda más tarde.

—Sí, señor.

La tienda de Valdivia no era más grande ni mejor que las demás.

Pedro e Inés entraron, y en medio del desorden de bultos y toscos baúles de cuero crudo que se amontonaban sobre el piso se abrazaron en silencio largo rato, como para desquitarse de la interminable jornada que los había traído separados.

El cuerpo tibio y fuerte, muy junto al suyo, el olor de su piel, la seda negra de los cabellos, todas sus formas de mujer apretadas a su carne... lo hacían revivir, le metían fuego entre las venas.

Cuando la tenía en sus brazos, todo le parecía posible y fácil; sólo quería que hubiera una eternidad para los dos, que su abrazo se prolongara infinitamente. ¡Mujer!... Su cercanía, abrazo, voz, ternura... dibujando horizontes en el tiempo, convertía en realidad el distante contorno de los sueños.

Oscurecía cuando Valdivia salió de la tienda, mientras Inés

enroscaba su moño sobre la nuca y trataba de poner orden en las cosas.

* * *

El campamento iluminado por numerosas fogatas olía apetitosamente a comida. Por aquí y por allá se oía alguna canción de España, mezclada en el aire con aquel cantar de los indios, que tiene de lamento y de gemido agudo y penetrante.

Valdivia entró en la tienda de Vergara, donde ya lo esperaban Martínez, Herrera y Pero Gómez.

Afuera Juan Valiente arreglaba unos bultos enormes, levantándolos como si no pesaran nada.

—Andad —le dijo—, llamadlos a todos, pues hay mucho que hablar.

A pesar de que la última jornada había sido muy larga, estaban de buen humor. Sólo la salud de Albar Gómez los tenía preocupados. El hombre se moría sin remedio, y se moría heroicamente en servicio del Rey.

Era indiscutible la importancia de su presencia para las esperanzas que todos tenían de aumentar el número de soldados españoles. El prestigio del viejo y noble expedicionario era imán para muchos guerreros, que habían prometido venir a encontrarlos a lo largo del camino... y que aún no llegaban.

Por otra parte, la expedición estaba sin maestro de campo, y mientras él viviere no se le podía reemplazar. Sería una ofensa para su hijo, a quien todos querían bien.

Sabían que lo más cuerdo era dejarlo en Arequipa, como una última posibilidad de salvación. Si continuaba en la caravana moriría irremediamente. Pero el viejo y valeroso soldado sólo hablaba para pedir que no lo dejaran en el camino. El quería seguir hasta el último aliento. Su fe en el esfuerzo lo hacía esperar una mejoría que cada día resultaba más imposible.

Las discusiones junto a la carpa de Vergara fueron acaloradas, pero no llegaron a ninguna conclusión. El único que faltaba era don Juan, que no quería alejarse de su padre, presintiendo que éstos eran los últimos momentos que estaría con él. En esas horas precursoras del adiós definitivo, el valor de todos los instantes adquiere proporciones increíbles. Luego será la ausencia, el silencio total, las preguntas sin respuesta, que separan el ser del no ser.

Junto al lecho del anciano el muchacho no sentía pasar el tiempo; todos sus sentidos estaban pendientes de los labios queridos, para recoger cualquier destello de luz de su cerebro vacilante...

Cuando lo vinieron a llamar para la reunión, se excusó cortésmente y continuó imperturbable al lado de su padre.

La cortina de la tienda se abrió con suavidad y entró Inés.

—¡Qué bueno es veros, señora! —dijo el joven—, esto es terrible. ¿Cómo le pudiera convencer de que se quede aquí? Tal vez a vos os oiga más que a mí.

Pero el viejo abrió los ojos, y haciendo con la mano un cansado gesto negativo, les cortó cualquier intención de insistir.

* * *

Una semana más tarde, cuando la expedición se puso de nuevo en marcha, la camilla de Albar Gómez iba con ella.

Algunos soldados más se les sumaron en el camino, pero el grueso de las tropas lo encontrarían en Tarapacá.

Además Pero Sancho de Hoz debía alcanzarlos en cualquier instante con los refuerzos prometidos en hombres, armas y otros elementos.

Valdivia iba pensativo. Le preocupaba la ausencia de quienes deberían haber llegado ya y le atormentaban serias dudas sobre las promesas que antes lo habían alentado a partir.

Inés, a su lado, guardaba silencio para no interrumpir sus cavilaciones. Ella sabía que su sola presencia lo ayudaba y por eso forzaba a su caballo para igualar la marcha demasiado ágil de la espléndida bestia que montaba el capitán general.

Le dolía verlo inquieto. Ella creía poder leer detrás de su frente casi en forma tan clara como cuando le hablaba. No le extrañó oírlo protestar airado:

—¡Demonio de gente informal! Ya deberíamos ser más del doble y apenas llegamos a veinticuatro hombres... Bueno, digo hombres, porque estos otros nos pueden traicionar en cualquier momento.

Y miró a Inés, esperando una respuesta.

—Yo creo que hay una buena cantidad de yanaconas en quienes podemos confiar; pero, eso sí, no me parece que tengan ningún interés en hacer la guerra.

—Conque nos ayuden de esta manera, ya sería bastante —y mostró la larga columna que caminaba ordenadamente detrás de los españoles, cargando los bultos.

A lo lejos se divisaba el pequeño caserío de Moquegua, rodeado de soledades infinitas. Era el mediodía cuando los primeros hombres llegaron al poblado.

A sus espaldas se formó un tumulto. Juan Valiente se acercaba corriendo, y con el rostro angustiado le gritó a Inés:

—Señora, don Juan Gómez os ruega venir.

Ella espoleó su caballo y volvió a todo galope hacia el grupo que traía la angarilla. Se desmontó ágilmente y corrió al lugar donde estaba el enfermo. Don Albar no pudo hablarle, pero aún tuvo fuerzas para estrecharle la mano.

—Deteneos —ordenó Inés, y mientras el resto de la caravana seguía su ruta mandó recado al capitán general.

Valdivia seguía resistiéndose a creer que ahora sí era el final, porque en el fondo de su corazón esperaba que Gómez siguiera viviendo. Era un viejo amigo de quien le dolía separarse... y a quien necesitaba desesperadamente.

Dejó el mando a Pero Gómez de Don Benito y volvió grupas hacia los rezagados.

Pero cuando llegó a ellos, Albar había entregado su alma a Dios. Don Juan lloraba como un niño, abrazado al cuerpo inerte de su padre. Inés, de pie tras el muchacho, respetando en silencio su dolor, aguardaba inmóvil, mientras gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

* * *

Estaba casi oscuro cuando la última paletada de tierra sonó opaca en la soledad del campo. A una orden de Herrera los indios colocaron piedras en forma de una cruz sobre su tumba, mientras los que fueron sus amigos musitaban las oraciones postreras.

Una pena profunda abatió el ánimo de Inés. Nunca creyó que sintiera tal afecto por el viejo soldado.

Fue como si hubiera dejado a su propio padre enterrado en la soledad de los montes.

Bien entrada la noche emprendieron, silenciosos, el camino de Moquegua.

* * *

Desde que salieron del poblado, una amenaza intangible se cernía en el aire. Los centinelas estuvieron siempre alerta y las armas iban prontas. Una extraña sensación de inquietud, inexplicable para los españoles, pero cierta y patética, reinaba entre los indios de la caravana. A todas las preguntas de Valdivia o de los otros capitanes contestaban evasivamente o con una negativa pertinaz. Pero era evidente que algo sucedía y que ellos lo conocían muy bien.

La caravana iba doblando el recodo de un cerro cuando un griterío ensordecedor retumbó en las montañas, seguido de la apara-

tosa presencia de centenares de indios que, armados de lanzas y flechas, se lanzaron al ataque.

No obstante las precauciones que habían tomado, se produjo algún desconcierto a lo largo de la fila.

El blanco caballo de Valdivia, alzado sobre sus cuartos traseros, semejando un penacho o una bandera, se destacó airoso contra la oscura sequedad del monte. "¡Santiago... y a ellos!", y los veinticuatro españoles cargaron como los mismos demonios, tajando, rompiendo, abriendo un camino de sangre al filo de sus recias espadas toledanas... con tal empuje, que se deshizo el ímpetu de los asaltantes y huyeron a la desbandada, presas de pánico.

Don Francisco Martínez, a pesar de que tenía atravesado el hombro por una flecha, permanecía de pie sin exhalar una queja. Pero la mortal palidez de su rostro y la abundante sangre que manaba de la herida indicaban claramente que se trataba de algo serio.

Entre Pero Gómez y Valdivia, con muchas precauciones, quebraron la punta de la flecha antes de sacársela lentamente. Inés trajo lienzos y hierbas para estancarle la sangre y lo recostaron sobre unas mantas.

El teniente de gobernador se puso firme esta vez: don Francisco Martínez tendría que volver a Arequipa a recuperarse de sus heridas. Pese a todos los argumentos de su socio, nombró a Bautista Ventura con su hermano y a Juan de Almonacid para que lo llevaran de regreso.

Aquella noche Inés no pudo conciliar el sueño. El lecho le parecía demasiado angosto y las cobijas la agobiaban, en tanto que la respiración acompasada de Pedro marcaba el paso del tiempo con una monotonía pertinaz. Las imágenes más espantosas comenzaron a desfilar por su mente: las paletadas de tierra sonando sobre el cuerpo de Albar Gómez, cubierto solamente por su capa de soldado, martillaban sus oídos; veía la herida palpitante de Martínez como un río rojo incontenible; los ensangrentados despojos de los indios, tajados por las espadas españolas, chillando aún sobre el campo de batalla, bañando de sangre oscura y espesa toda la tierra parda de los desfiladeros... Sintió que una especie de pánico la iba a enloquecer. No podía seguir así. Tendría que hacer algo para sobreponerse.

Se enderezó suavemente para no despertar a Pedro y dejó el lecho. Se asfixiaba dentro de la tienda. Echándose una capa sobre los hombros salió.

La noche estaba tibia y el aire quieto... Una luna llena brillaba en el cielo poniendo claridad de amanecer en el paisaje estático.

El soldado de guardia la saludó atento y ella le contestó distraída. Le pareció que era Escobar y que intentaba hablarle, pero siguió su camino. Necesitaba estar sola.

Era extraño que ese muchacho taciturno se hubiera enganchado en una expedición tan dura, que requería tanto entusiasmo, tanto interés... , pensó como al desgaire. Luego volvió a sí misma. ¿Qué le estaría pasando? Antes presenció muchas batallas y había enfrentado la muerte innumerables veces. Sin embargo, nunca había experimentado este desconocido temor que ahora la tenía trastornada.

Los pensamientos volaban ágiles y como desarticulados por su mente. Inés había sentido la muerte más cerca de ella que en ninguna batalla cuando perdió aquel hijo, allá en España, esa España que ahora le parecía tan lejana como una estrella. Recordaba cómo, bañada en la marejada roja de su propia sangre, esperó aquella vez el momento último, con una curiosa tranquilidad e indiferente languidez, sin lágrimas y sin miedo. Cuando después supo que viviría, pero que no podría tener otro hijo, sintió en cambio un dolor extraño, pero tampoco lloró. Ella era entonces como una niña, amada por aquel hombre generoso y alegre, un poco irresponsable pero encantador, que le daba todo sin pedir demasiado.

Pero ahora... , ahora era distinto, terriblemente distinto. Hubiera querido tener un hijo de Pedro... ¡Aunque tuviera que nacer entre el fragor de la batalla! El nunca se lo había pedido, pero ella conocía muy bien el ansia que tenía aquel hombre de que perdurara su especie, "de dejar huella de su nombre", como decía siempre. Es claro que "él" era suficiente para ser recordado... , pero, "¡Dios Santo, si pudiera hacerse el milagro! ¡Un hijo de Pedro, qué cosa maravillosa sería!", y su instinto de mujer imaginaba una criatura espléndida, con ojos color ámbar, meciéndose en sus brazos, fuertes y tiernos... ¡Canciones de cuna sonaron en su alma!...

Sus pensamientos primeros, dolorosos y trágicos, se habían transformado en una especie de ensoñación que la llevaba en volandas por el campo, más allá de la realidad y del peligro cercano; que podía mirarla desde cada punto oscuro de la noche, acechándola, esperando por ella...

Repentinamente se dio cuenta de que había caminado largo rato tratando de adentrarse en sí misma. Quería liberarse de esas angustias y hacerse fuerte. Era el único modo de poder continuar al lado de aquel hombre, a quien amaba por sobre todas las cosas.

Entonces supo por qué todo lo que ahora sucedía era tan importante para ella: esta empresa era *su empresa*. Ella era la mujer

del capitán. El éxito o el fracaso era también suyo. Antes nunca fue así. Lo que sucedía era siempre de otros.

En ese instante comprendió toda la grandeza de alma de Pedro de Valdivia: le había estado dando la sensación de que compartían todos los acontecimientos y de que era una realidad aquello de que iban a conquistar un reino... para ellos dos. Era un homenaje, un homenaje de verdad, que no estaba hecho de las frases comunes, las palabras amables o el halago intencionado. Todo eso era siempre muy dulce y hacía grata la vida. ¡Pero esto!... ¡Esto tenía la grandeza de un monumento!

Caminó lentamente por aquella tierra extraña y hostil, que, sin embargo, le parecía el escenario propio para su estado de ánimo. La luna estaba ahora muy alta en el firmamento y los arbustos y las peñas parecían emblanquecidos.

Se detuvo a contemplar ese paisaje de rara belleza y dejó de pensar. ¿Cuánto rato estuvo allí, inmóvil, tranquila, en una especie de comunión con el cielo y con la tierra?

* * *

Pedro se había despertado cuando ella se levantó. Sus nervios también estaban sobreexcitados y le hacían el sueño liviano. Sobre sus hombros descansaban todas las posibilidades de la empresa y ahora sus huestes tuvieron la primera prueba. Pero estaba contento del resultado. Hubo decisión y valor.

La cortina que servía de puerta para su carpa había quedado entreabierta y el aire fresco le alivió la tensión. Era agradable que la noche estuviera tan clara, se dijo.

Cuando vio salir a Inés, no quiso hablarle, porque pensó que le haría bien vagar un poco por el campo. Comprendía perfectamente lo que le pasaba. Era una mujer valerosa y había sufrido duras pruebas. El sentía una admiración profunda por su inteligencia, por su lealtad y por esa manera absoluta de entregarle su amor.

Estuvo aguardándola, semirrecostado sobre el lecho, pensando intensamente en ella.

De pronto se le hizo insoportable su ausencia y, levantándose, salió a buscarla.

Sintió terror de perderla. En esos momentos no era un ansia de la carne; era una urgencia del espíritu. Toda su ternura estaba desatada: necesitaba sentirla a su lado, muy cerca; oírla respirar o hablar, con su voz profunda y dulce...

Vagó ansioso por el campo, con el corazón latiéndole rápido, golpeteando dentro del pecho..., hasta que divisó su silueta.

Casi corrió hasta ella y a unos pasos de distancia la llamó. Inés se volvió y su abrazo fue otra vez como un grito ancestral, irresistible y ciego.

La roca oscura y enorme los ocultó de la luz clara de la luna. Las piernas largas y finas de la mujer no sentían el frío de la noche ni el viento, porque tenía lumbre de eternidad en las entrañas.

El hombre y la mujer, como cuando Dios hizo el mundo.

* * *

Los expedicionarios descansaron en Tacna, para seguir viaje hasta Tarapacá a encontrarse con los refuerzos que deberían llegarles desde los chungos y los chiriguano.

Pero en Tarapacá... ¡no había nadie!

Era imposible continuar hacia el sur en esas condiciones, y la caravana se detuvo.

Un ambiente de pesimismo comenzó a roer la confianza de los hombres y cada día parecía peor que el anterior.

Valdivia envió a su nuevo maestre de campo, Pero Gómez, al Callao en busca de gente; pero después de larga espera lo vieron volver solo y descorazonado.

El campamento estaba silencioso. Los españoles, generalmente dicharacheros y alegres, caminaban hoscos y callados de un lado para otro, y los yanaconas, que fueron leales y útiles durante largas jornadas, permanecían encucillados y en silencio por horas y horas.

Sobre el campamento pesaba un hálito de impotencia.

Las indias del servicio que seguían a los españoles, o las que los seguían por amor, estaban soportando un trato duro que las tenía temerosas o inquietas.

Jana llegó aquella tarde a la tienda de Inés con su suave rostro angustiado.

—¿Qué sucede, muchacha? Algo os trae asustada.

—Amita —la voz de Jana era baja y le costaba todavía expresarse en español—, don Antonio de Pastrana quiere obligar a la mujer de Bernardo, ese yanacona que perdió un ojo cerca de Moquegua... ¿se acuerda?...

—Sí, muchacha, sí, pero ¿qué hay con la mujer? Ella tuvo un niño hace unos días... ¿está malo?

Jana hablaba con incoherencia:

—Está muriéndose... y don Antonio quiere que ella vaya a servirle.

—Pero ¿por qué no me habían avisado que el niño seguía enfermo?... ¿Y con qué derecho don Antonio...? Yo arreglaré eso.

Y dejando a Jana plantada en medio del toldo, salió con el paso rápido y decidido.

Encontró a Pastrana en un grupo que rodeaba a Valdivia.

—¿De cuándo acá es conducta de un cristiano el abusar de una pobre mujer indefensa? —le espetó—. ¿Qué laya de hombría es ésa?

El supo inmediatamente de qué se trataba y quiso salir airoso de la acusación; pero tartamudeó ante la indignación de Inés:

—No sé de qué me habláis, doña Inés.

—Sí lo sabéis, señor; se trata de la mujer de Bernardo, a quien ayudé a dar a luz un hijo hace pocos días... Es un proceder ruin... , y todos sabemos por qué lo hacéis.

La muchacha se había escabullido de sus manos, casándose con el joven indio antes de partir del Cuzco, y el padre Gutiérrez les había dado su bendición.

Pastrana miraba en silencio hacia el frente, conteniendo apenas su indignación.

Don Pedro observaba la escena, y antes de que el hombre replicara comenzó a hablar con un tono bajo pero firme, que denotaba su ira:

—La Iglesia nos obliga a respetar los sagrados vínculos —dijo— y es propio de hombres no abusar de los débiles. Ellos no son nuestros enemigos. Por el contrario, es sensato ganar su amistad —terminó con firmeza—. Los yanacunas son nuestros mejores aliados.

Antonio de Pastrana preferió no contestar y, haciendo un gesto de impotencia con el brazo, se alejó del grupo. Inés dio media vuelta y se marchó.

—Como os decía, señores... —estaba hablando Valdivia, pero ella no le escuchó el final de la frase.

Todo su enojo se había trocado en una profunda sensación de felicidad cuando Pedro habló para apoyarla. El siempre estaba pronto a tenderle la mano. ¡Nunca le había fallado!

—¡Gracias, Dios mío! —dijo desde el fondo de su corazón, olvidándose casi del motivo que la había hecho salir tan iracunda de su tienda.

* * *

El desconcierto que atormentaba a los españoles al ver frustrados sus propósitos los ponía irascibles.

De vez en cuando algunos ensillaban sus caballos, con evidente ánimo de salir a "ranchear", como ellos llamaban la forma de pi-

llaje con que asolaban los caseríos indígenas, por lo cual tan mal nombre dejaron en Chile los soldados de Almagro. Pedro de Valdivia tuvo que emplear toda su energía para evitarlo y aplicar severos castigos a los que intentaron desobedecer.

El único nombramiento que se hizo en esos días fue el de don Juan Gómez de Almagro para el cargo de alguacil mayor de la expedición. El éxito de la conquista dependería de la corrección de los procedimientos que emplearan. Era el único recurso que tenían para suplir la propia debilidad. Había que conseguir aliados en lugar de rodearse de enemigos irreconciliables.

* * *

Algunas veces Pedro montaba su caballo y se alejaba del campamento, ansioso de explorar los senderos que venían del Alto Perú. En muchas ocasiones no volvía en dos o tres días. Como lo acompañaban solamente unos cuantos soldados, Inés temblaba por su vida. Se encerraba en su tienda para llorar a escondidas... y rezaba.

Sin embargo, los ojos enrojecidos y el rostro angustiado delataban su preocupación. Sus amigos la invitaban a conversar junto a la hoguera y algunas veces empuñaban la guitarra sólo para distraerla.

Aquella noche Inés iba camino de su tienda cuando una sombra le salió al encuentro. Casi gritó, pero se contuvo al reconocer a Escobar, que comenzó a caminar a su lado en silencio.

—¿Pasa algo? —le preguntó ella con cierta inquietud.

Siempre estaba esperando alguna noticia trágica.

—Pasa que vos estáis sola —dijo el muchacho con la voz ronca por la emoción— y que sufrís... y que a él no le importa.

Inés se detuvo en seco.

—¿Estáis loco, muchacho? Es a vos a quien no os importa —y quiso seguir su camino.

Pero el soldado, tomándola del brazo, le rogó:

—¡Por Dios, señora, escuchadme! No puedo soportar el veros sufrir... hay veces que quisiera matarlo.

—Callaos —ordenó Inés— y dejadme seguir, o tendré que pedir socorro y denunciáros.

Mas Escobar estaba como loco y ya no razonaba.

—Os he amado desde que vi vuestro rostro... Desde que subisteis al barco en Panamá la vida ha sido un tormento para mí. Creí que podría ocultarlo siempre, pero el veros padecer me desespera. Señora, daría mi última gota de sangre por un gesto de

amor... —y trataba de arrastrarla, mientras le suplicaba con la mirada.

Inés no sentía enojo contra ese pobre soldado enloquecido tal vez por el desierto y por la soledad. Al contrario, una pena inmensa se había abierto camino en su alma. En el fondo de sí misma, una especie de comprensión ante el dolor que expresaba aquel rostro joven, demacrado por los sufrimientos, se mezclaba con el instinto femenino de sentirse halagada, de ser el objeto de aquel amor... pero ella no podía seguir tolerando esas exigencias...

Sin darse cuenta habían levantado la voz; ya se oían pasos apresurados por entre las tiendas.

—Soltadme y marchaos —ordenó Inés con voz firme—, o gritaré.

La voz de un soldado preguntó:

—¿Señora, necesitáis algo?

—No es nada —dijo Inés—, me asusté en la oscuridad.

Pero al entrar en su tienda comprendió que debería enfrentar un grave dilema. Estaba segura de que algo habían oído. ¿Y qué pensarían de ella? Siempre hay quienes esperan sacar ventajas de una situación así. ¿Cómo lo entendería Pedro si el incidente le llegaba deformado, haciéndola aparecer como culpable? ¿Crearía luego la verdadera historia?

El sueño había huido de sus ojos. Comenzó a desvestirse lentamente y se acostó, pero no pudo dormir.

Si denunciaba al soldado, Pedro se enfurecería y quizás qué haría con él; si no lo hacía, el amor por ella podía quedar trizado para siempre con alguna duda.

Estaba segura de que alguien correría a contarle lo sucedido, y ella debía defender antes que nada la fe que él le tenía.

Estaba aclarando cuando la venció el sueño, después de haber decidido que no tenía ninguna otra alternativa; que había un solo camino: pasara lo que pasare, referirle ella misma el hecho y cuanto antes mejor.

Aquel día esperó con más ansias que nunca la llegada de Pedro. El sol estaba en el cenit cuando se divisó a lo lejos la nube de polvo de una cabalgata.

—¡Dios mío, que sea él! —rogaba Inés, con fervor—, ¡o me voy a volver loca!

Y era él.

Cubierto de polvo, sudoroso y cansado, con el corazón oprimido por la desesperanza, se bajó Valdivia de su caballo jadeante. Cambió algunas palabras con sus oficiales y entró en la tienda. Inés se abrazó a él con tanta ansiedad, que Pedro se extrañó. La miró

interrogante... y vio sus ojos enrojecidos por el llanto y las oscuras ojeras del desvelo. Toda la ternura de su alma se volcó a sus brazos... y la envolvió en ellos dulcemente.

—Mi amada —dijo—, perdonadme.

Pero Inés no tenía de qué perdonarlo, porque todo lo que él hacía le parecía justo y necesario y porque se sabía muy querida.

—Parecís preocupada —insistió Pedro—, ¿no queréis contarme a mí el motivo? ¿Es que no puedo hacer nada por veros feliz? —rogó con ese encanto natural que parecía emanar siempre de toda su persona.

—Sí —dijo ella—, quiero contaros.

El volvió a interrogarla con la mirada y se quedó esperando.

Inés comenzó a hablar en voz muy baja:

—No quiero quedarme sola... nunca más.

—Pero ¿es que creéis que me ausento por gusto? —le preguntó Pedro, sorprendido de que Inés no supiera cuánto le costaba a él separarse de su lado.

—Lo sé —dijo ella—, pero me desagrada que me compadezcan —su voz se había hecho extrañamente aguda, a pesar de lo bajo del diapasón con que estaba hablando, como si le costara trabajo hacer pasar las palabras por su garganta.

—¿Y quién os compadece? —preguntó él, con el tono repentinamente endurecido—. ¿Se puede saber?

—Un soldado —dijo ella.

—Un... y ¿cómo se permite...? —casi gritó Pedro, furioso.

—No se lo permití —respondió Inés, con voz dura—, son vuestras ausencias las que...

—Decidme su nombre, ahora —urgió Pedro.

—Es un pobre muchacho tonto, que no vale la pena...

—Su nombre —exigió él.

—Escobar —dijo simplemente Inés.

Valdivia salió de la carpa con una expresión siniestra.

—¡Toledo! —llamó—, haced prender a Escobar —y se volvió para entrar; pero retrocedió, agregando—: Que preparen la horca¹.

—¿Estáis loco? —gritó Inés desesperada. Nunca esperó una reacción tan violenta. Pero su voz se perdió en el vacío, porque Pedro no le contestó siquiera.

Ella se quedó mirándolo un momento, como si no comprendiera, y luego se sentó en el borde del lecho. No sabía qué decir. Su mente estaba en blanco. Pero sentía un horror que le helaba los huesos: No podía ser..., matar a aquel pobre muchacho... ¡por

¹Capítulo primero de la acusación de La Gasca contra Pedro de Valdivia. En: *Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, de J. T. Medina.

nada!... ¡Dios mío! Tenía que hacer algo... pero se sentía impotente ante esa reacción tan brutal de Valdivia. Era como si una fuerza de la naturaleza, ciega y terrible, se hubiera descargado sobre su cabeza y no hubiera poder humano capaz de atajarla. Había perdido las fuerzas y sabía que no podía siquiera ponerse en pie.

De pronto se oyó a sí misma decir:

—Pero no puede ser... no puede ser...

El ni siquiera la miró, mientras se vestía de nuevo, después de haberse lavado con una fría calma.

¡Quién sabe cuánto tiempo pasó!

Pero en el momento en que él iba a salir de la tienda, Inés, como movida por un resorte, se levantó rápidamente, y colgándose de su brazo imploró:

—No podéis hacer eso, es horrible y... ¡es por nada!... —insistía.

—No quiero oírlos defenderlo —ordenó Pedro.

—Pero, Dios mío, si sería un crimen... el Señor no puede permitirlo... —Inés lloraba.

El le tomó las manos dulcemente, pero con firmeza las separó de su brazo y salió.

* * *

El campamento entero estaba conmovido y ya nadie ignoraba, no se sabe cómo, que Escobar iba a morir por haberse atrevido a amar a Inés.

La horca ostentaba su trágica silueta, y el muchacho esperaba en silencio, sin protestar de su destino.

Los tambores comenzaron a sonar lúgubrementemente, machacando los sentidos con su insistente repiqueteo sobre la piel tensa... y al interrumpirse de súbito... el cuerpo del soldado se destacó en el aire, bailando su danza macabra... sólo un instante, y cayó pesadamente al suelo.

La cuerda se había cortado.

Hubo un instante de silencio, y luego un griterío ensordecedor atronó el aire.

—¡El juicio de Dios! ¡El juicio de Dios! —rugía la multitud. Pero Valdivia, pálido y decidido, impuso silencio.

Algunos habían corrido a socorrer al muchacho, que, medio aturdido, no podía levantarse.

—¡Ejecutadlo de nuevo! —ordenó el capitán.

La voz de Valdivia sonó como un latigazo.

Primero se produjo una leve sensación de desconcierto, pero luego se levantó un clamor de protesta.

—¡No, eso no se puede hacer! ¡Es como una blasfemia! ¡Es el juicio de Dios!

Pedro de Herrera corrió a la tienda de Inés y entró sin esperar el permiso. La encontró de rodillas frente a la pequeña imagen de la Virgen, rezando y sollozando.

—Señora —le dijo—, venid, sólo vos podéis convencerlo. La cuerda se cortó. ¡Es el juicio de Dios!... Y él quiere volverlo a hacer...

Inés, pálida, con el rostro cubierto de lágrimas, se puso de pie rápidamente.

—Decidle que venga —le rogó.

Herrera dudó.

—¿Querrá venir? —dijo; pero no había otra alternativa, y salió corriendo.

Sin embargo, ella sabía que él no estaba ahora tan seguro de su decisión y que vendría.

Aunque los segundos de espera le parecieron una eternidad, no se movió de donde estaba aguardando.

La cortina se abrió y entró Pedro tan pálido, que Inés sintió pena por él, pero no podía decírselo.

Se quedaron mirando en silencio.

Cuando ella habló, su voz parecía venir desde lejos.

—Si lo hacéis —dijo—, no me veréis nunca más.

Y él supo que ella decía la verdad.

No le contestó, pero se volvió a Herrera, que le había seguido, y exclamó:

—Decidle que se vaya... ahora mismo... a España... y que entre a un convento¹, porque ha sido el juicio de Dios..

* * *

El tiempo siguió su marcha monótona y pesada.

Aquella mañana Inés salió en silencio de la tienda, mientras Pedro dormía aún. Quería ocuparse de vigilar el abastecimiento de víveres para evitar al capitán mayores preocupaciones.

A veces se hacían muy escasos. Además, ella no quería que los yanaconas pasaran hambre. Sabía que su éxito dependería de ellos en una buena medida, y, por otra parte, se había encariñado con su presencia. Conocía muy bien a sus mujeres y a sus chiquillos, entre los cuales iban muchos mestizos, y le agradaba disfrutar del afecto que ellos le demostraban. Inés sentía siempre una imperiosa

¹Y así lo hizo: volvió a España y se hizo fraile.

necesidad de cariño a su alrededor. Su corazón generoso reclamaba también su parte. Se movía entre los indios con alegría y le gustaba escuchar su lenguaje mezclado y pintoresco.

Sabía que con las horas del día, largas y tediosas, vendrían los malos momentos. Ahora prefería las noches, en que Pedro era sólo suyo y ella podía compensarlo de todas las amarguras.

Iba pensando en todo eso mientras atravesaba el campamento. El aire estaba fresco y puro. Sólo una levísima nube de polvo cubría los campos.

De pronto se detuvo en seco. Le pareció ver a lo lejos una cabalgata. El corazón comenzó a latirle furiosamente en el pecho.

Sí, era un grupo de jinetes. Corrió hasta el borde del campamento, donde los soldados que deberían vigilar jugaban tranquilamente a las barajas, a la débil claridad matinal.

—Jiménez, Toledo —gritó—, ved hacia el norte; me parece que son españoles. . . —y sin esperar una respuesta tardía, volvió corriendo a su tienda.

Entró como un torbellino.

—Son ellos —dijo jadeante—; vienen llegando, venid. . .

Pedro se vistió a toda prisa. Cuando salió de la carpa ya se abría camino hacia él un grupo de hombres cansados y sucios.

—¡Rodrigo de Araya! —gritó Valdivia, corriendo a abrazarlo.

—¡Os traigo dieciséis compañeros, capitán; todos ansiosos de servir al Rey en vuestras filas! —dijo con emoción el soldado.

Valdivia hizo preparar un festín para dar la bienvenida a ese primer grupo de hombres, que llegaron trayendo no sólo su propio aporte, sino un caudal enorme de esperanzas, abriendo otra vez las anchas puertas a la ilusión.

El ánimo que reinaba ahora en el campamento lindaba en la euforia. El abrazo cordial, el hablar a gritos, el andar rápido. . . , formaban un clima de espontánea alegría, muy diferente del ambiente que imperaba pocas horas antes.

Rodrigo de Araya contó sus andanzas por las tierras altas y su accidentado viaje desde Tarija, con la gracia propia de su acento andaluz.

Una amplia sonrisa iluminaba el rostro de Valdivia, por naturaleza cordial y optimista. La actividad llegó hasta los yanacunas, que se dispusieron al trabajo para acomodar a los nuevos refuerzos.

* * *

Pocos días después llegaron dos capitanes cuya fama era conocida en todo el Perú: Rodrigo de Quiroga y Pedro Anzures.

Habían abandonado la expedición pacificadora de los indios chungos, para enrolarse en las huestes de Valdivia.

Apenas repuestos de los duros padecimientos que tuvieron que sufrir, ya estaban participando en la empresa más discutida de toda América.

El temple de aquellos jefes era asombroso y los hombres que venían con ellos los habrían seguido hasta el fin del mundo.

Valdivia sentía especial afecto por Rodrigo de Quiroga. Su carácter afable, propio de la dulce tierra de Galicia, su esbelta figura de soldado, su reconocido valor y su lealtad caballeresca lo convertían fácilmente en un amigo verdadero.

Hacía mucho tiempo que no se veían y aquella misma tarde Pedro le llevó a su tienda. Quería que le contara qué lo había decidido a venir a la conquista de Chile.

En el momento mismo que llegaban se abrió la cortina de la carpa, dejando paso a Inés.

La sorpresa paralizó a Rodrigo. No sabía que hubiera mujeres españolas en la expedición. "¡Santo Dios... y qué mujer!"

Su admiración fue tan evidente que Inés se ruborizó. Mientras tanto, él se excusaba de su sorpresa tartamudeando torpemente:

—No sabía...

Al poco rato estaban todos conversando con absoluta naturalidad. Rodrigo quería conocer en detalle los propósitos y planes de Valdivia. Pero sus ojos difícilmente se apartaban de esa curiosa y atractiva mujer, cuyas opiniones parecían pesar tanto en el ánimo del jefe.

Después relató sus aventuras por el Altiplano, contando las extrañas costumbres de algunas tribus, muy civilizadas, que "hasta comían pan".

Conversaron por horas enteras, mientras hablaba de todas las penurias que habían sufrido. Contó del lastimoso estado de sus tropas al llegar a Lorencaya, lo que no pudo, sin embargo, aniquilar el espíritu de aquellos hombres.

Había oscurecido casi por completo cuando Inés se levantó para encender un farol.

La luz de las fogatas iluminaba el campamento, donde otra vez empezaban a oírse las canciones y a lo lejos el nostálgico tañer de alguna guitarra.

La improvisada mesa de Valdivia olía a sabrosas viandas. Comieron alegremente, riendo de nada y hablando mucho. Se sentían optimistas y felices.

* * *

Casi a diario llegaba ahora algún grupo de nuevos refuerzos.

La calidad de los que venían era lo importante, aunque su número fuera escaso.

Francisco de Villagra, hijodalgo del comendador de la Orden de San Juan, Caballero del hábito de Santiago, "valiente, mujeriego y prudente en la guerra", con sus pujantes treinta y cinco años; Juan Bohón, de origen germano, joven guerrero de veintiséis años; Jerónimo de Alderete, con quien vino Valdivia a las Indias, sólo de veintiocho años y "grandes condiciones morales"; Pedro de Villagra, sobrino de Francisco, de veinticinco años, buen mozo, alegre y hablador, aficionado a las mujeres y "buen cuidador de su hacienda"; Alonso de Monroy, joven hidalgo de treinta años, leal y generoso..., y así una larga lista..., entre ellos el bachiller don Rodrigo González de Marmolejo, primer eclesiástico que se sumó a la empresa.

Inés se postró de rodillas y le besó la mano.

Si él tuvo alguna sorpresa al verla entre los capitanes, ningún gesto se dibujó en su rostro lleno de bondad, abierto siempre a la comprensión y respetuoso de todos los valores humanos.

Al día siguiente de su llegada dijo la primera misa. Hacía meses que las huestes de Valdivia no asistían al Santo Sacrificio.

Durante la celebración, un ánimo solemne y callado reinó en el campamento, comúnmente atestado de ruidos. Parecía que hasta los animales comprendían la grandeza del momento y, como en el santo pesebre de Belén, se unían a los hombres con su silencio para adorar al Creador.

* * *

Con los últimos aportes la expedición llegó a sumar ciento diez soldados, y Valdivia consideró que ya era posible seguir hacia el sur. Además esperaba encontrar a Francisco de Aguirre en Atacama la Grande con más refuerzos.

A principios de junio comenzaron a poner en orden los pertrechos y a levantar las tiendas para emprender el camino de los desiertos, cortados sólo por pequeños riachuelos que morían en la arena, o por algún oasis habitado por unos pocos indígenas que cultivaban un pedacito de tierra y pastoreaban llamas y alpacas. Por las referencias de los almagristas sabían lo que les esperaba más adelante.

* * *

La expedición comenzó a moverse siguiendo la meta celeste de la Cruz del Sur. Era antes del amanecer y la oscuridad ponía confusión entre estos "navegantes" de tierra firme.

Desde un principio trataron de caminar pegados a los contrafuertes cordilleranos, para encontrarse con el agua que de vez en cuando bajaba de sus laderas, antes de que se la bebieran las arenas sedientas.

Así, de etapa en etapa, por largos días interminables, llegaron a Huatacondo.

El capitán no quería alejarse más del Cuzco sin intentar todas las posibilidades de conseguir nuevos soldados.

Llegando al poblado envió a dos de sus mejores hombres: Juan Jufré, joven hidalgo de gran empuje y lealtad, y Gaspar de Vergara, amigo de toda su confianza. Ambos salieron rumbo al Alto Perú siguiendo la quebrada de Huatacondo. El primero con destino a Potosí y el segundo hacia Porco, sede de su antigua posesión minera, dispuestos a enganchar soldados a toda costa.

Entre tanto la expedición continuó arrastrándose penosamente por los arenales sin fin. De día, el calor se hacía insoportable bajo aquel sol implacable, brillando en la más perfecta limpidez del cielo. Los metales se recalentaban hasta quemar, y la ocre aridez de la tierra, flotando entre la gente, hacía que el aire seco pusiera ampollas en los labios y apretara las gargantas. La sed se sentía más insoportable frente a los espejismos del desierto, que dibujaban engañosas lagunas sobre las arenas candentes. En cambio, por las noches, el frío ponía temblores en la carne de yanaconas y españoles.

Las jornadas entre oasis y oasis parecían inmensas, pero la llegada a ellos era cada vez como un prodigio.

Sin embargo, opacaba sus alegrías el encontrar, casi siempre, que los pequeños caseríos indígenas, construidos de piedras irregulares, con techos de paja, se hallaban vacíos, y las perfectas terrazas en que habían cultivado las papas, los frijoles o las calabazas, estaban abandonadas y secas.

Los indios escondían de tal manera sus alimentos, que muchas veces los españoles no pudieron encontrarlos, pese al empeño con que los buscaron, y el hambre comenzó a hacer declinar su entusiasmo.

Esta actitud era consecuencia de una orden secreta del Inca Manco, que corría de punta a punta de su antiguo Imperio.

* * *

Un silencio penoso reinaba en el campo.

Aquella tarde sólo tenían algunos frutos de tuna, que los yanacunas lograron sacar con grandes esfuerzos.

Inés estaba inquieta por el ánimo de la soldadesca. Ella sabía que sus reacciones siempre hacían eco, doloroso o alegre, en el corazón de Pedro. Recorrió el campamento hablándoles afectuosamente a todos. Dio instrucciones para aliviar las necesidades de la gente; se sentó a conversar algunos momentos con unas mujeres y acarició a los niños.

Pedro de Valdivia confiaba más en esas actitudes humanas de Inés que en cuanto pudieran hacer en ese sentido sus capitanes, más entendidos en las artes de la guerra que en tocar el ánimo de la gente. Desde lejos, la observaba con honda emoción, mientras una especie de alegre ternura le hacía desear estrecharla entre sus brazos. Nadie apreciaba mejor que él las condiciones de alta jerarquía humana que Inés era capaz de desplegar. Le procuraba una profunda satisfacción el verla actuar, porque además sabía cuánto de amor por él estaba entrañado en los resortes que la movían.

A Inés le preocupaba también la ausencia de Aliro. Hacía dos días que faltaba del campamento y nadie sabía su paradero. Tan pronto pensaba que hubiera caído en una emboscada como en que había desertado. Ambas conclusiones le dolían mucho, porque le tenía cariño de verdad.

Al atardecer del último día, Jana vino a llamarla.

Allí estaba Aliro, desencajado por el cansancio, con un guanaco muerto a sus pies.

—Es para vos, señora —dijo.

Inés se le acercó, emocionada, y lo abrazó.

—Gracias, Aliro; es todo lo que sé decirlos ahora, ¡gracias! — y las lágrimas rodaban por sus mejillas—. . . ¡Jana! —llamó—, dadle, entre tanto, ese pan de maíz que guardamos para el capitán; está muriéndose de hambre. . . , y que descanse. —Y sonriéndole al mozo, volvió a repetirle—: Gracias, Aliro.

¿Era el gesto mismo lo que tenía más emocionada a Inés. . . , o tal vez el haber recuperado la confianza en él?

Atravesaron el animal de un extremo a otro por medio de un largo palo que afirmaron sobre dos horquetas clavadas firmemente en la tierra, sobre un gran fuego hecho de troncos de yaretas y tamarugos, y el buen olor de ese asado se esparció por todo el campamento.

De esta experiencia se sacó una lección. Era necesario avanzar

siempre junto a la cordillera para tener más cerca la caza y el agua. No se podía seguir confiando en los caseríos indígenas de los oasis.

* * *

El camino entre Huatacondo y el nacimiento del río Loa fue el más largo y penoso que recorrieron. Las alturas que tuvieron que remontar hacían las noches más heladas y el viento que soplaba por sus cañones sonaba en los oídos de los hombres como aullidos de muerte.

Durante las últimas jornadas el silencio que reinaba en la caravana era impresionante. Hombres y bestias se arrastraban callados, cubiertos de polvo, encerrados en un mutismo opaco, pero con una decisión inquebrantable de seguir adelante.

A los hombres de las tribus de los diaguitas, que observaban escondidos el paso de los conquistadores, esa actitud de obstinación destruía todas sus esperanzas. El significado de ese marchar callado, pero tenaz e incontenible, los aterraba.

Inés cabalgaba junto a Valdivia, a la cabeza de la columna, tan silenciosa como los demás. El polvo que levantaban las patas de los caballos le endurecía los ojos y los labios, impidiéndole casi respirar. Se le metía por entre la ropa y la atormentaba dolorosamente. Pero, al igual que los otros, ni el más remoto pensamiento de su cerebro, semiembotado por la sed y los sufrimientos físicos, le inspiraba la idea de volver atrás.

La llegada a las márgenes del Loa fue como una fiesta. El pequeño hilo de agua, que parecía un milagro en la sequedad de las montañas, corría buscando en la hondura la sombra que defendiera sus aguas de los rayos implacables del sol.

—El río . . . , el río —se corrió la voz, y en ola incontenible los hombres, botando sus armas y sus bultos, corrieron como locos a sumergirse en las escasas aguas heladas que formaban pequeñas pozas.

La alegría era contagiosa, y el fuerte contraste de su bulliciosa algarabía con el mutismo depresivo del desierto impidió a los jefes el intento de contenerlos y tratar de poner orden.

Sin embargo, Pedro de Valdivia ni siquiera se desmontó de su caballo hasta que recorrió el lugar y estuvo cierto de la seguridad de su gente.

Inés se acercó al borde del agua, y refrescándose con fruición en el manantial, esperó largo rato, hasta que reinara de nuevo la calma y el sol se hundiera en el poniente, para alejarse más arriba. Cuando empezó a oscurecer, se desnudó y se sumergió en las frescas aguas.

A lo lejos se oían las voces de mando, y como en sordina, el bullicio que producía el ajeteo de levantar las tiendas y acomodar los pertrechos junto a los distintos sonidos de aves y puercos, y el relinchar de los caballos de guerra.

Era como una música de fondo, que a ella le sonaba familiar y agradable.

El agua fresca envolvía su cuerpo como una caricia violenta, mientras se dejaba mecer por el deleite con que la corriente rozaba su piel abrasada por el calor y las arenas del desierto. Se sentía como más fuerte y más joven, en una extraña voluptuosidad que la hacía perder la realidad del medio y del tiempo.

De pronto oyó la voz de Pedro, que la llamaba quedamente en la penumbra. Con un vuelco de alegría, su corazón comenzó a correr más aprisa. Siempre su llegada le daba esa sensación de aguda felicidad.

A la débil luz del atardecer, Valdivia distinguió la blancura del cuerpo de Inés entre las oscuras aguas del río y corrió hacia ella.

* * *

Bajo la tienda de su carpa, en medio de la noche, escuchando con todos sus sentidos alertos el ruido leve del agua y sintiendo la certidumbre de su presencia, que era un canto a la vida, Inés estaba poseída de una rara calma, que sin embargo le ahuyentaba el sueño. Era como si necesitara beber hasta la última gota todo el acontecer de esos momentos que, en la soledad del silencio nocturno, le parecían tan solemnes. Una emoción suave pero honda le daba la impresión de descansar en el aire. Tendida de espaldas sobre el lecho, con los ojos abiertos, la tela de la carpa, que parecía transparente por el efecto de la luz suave de la luna, se veía como irreal, distante y difusa...

Estaba dominada por aquella sensación de dicha que la embargaba desde su llegada a aquel lugar, y las lágrimas tibias, dulces, suaves, corrían por sus mejillas sin hacerle daño. Al contrario, eran como el fluir incontenible de una desconocida emoción largamente contenida, y cuyo fluir le hacía bien.

A todo lo largo de su cuerpo, como fundido con el suyo, sentía el del hombre a quien amaba con tanta pasión, en la solemne tranquilidad del sueño.

Un canto lejano, monótono y sostenido comenzó a embotarle los sentidos... y se durmió blandamente.

* * *

Siguiendo la corriente del Loa caminaron directamente hacia el sur durante muchas jornadas... Alentados por la corriente del agua, los hombres se movían ágiles, alegres, henchidos de entusiasmo. Los caseríos indígenas parecían un montoncito gris pardusco en la soledad de la tierra, pero sus pequeños pozos eran frescos y el arrullo de la música leve del río, junto a sus chozas de piedra, cantaba en los oídos de todos como una orquestación hecha de elementos vitales.

De súbito notaron que el río comenzaba a hacer una gran curva hacia el oeste y después de juntarse con el Salado cambiaba completamente de curso. Se vieron obligados a abandonarlo para seguir a Chíu-Chíu; en tanto las aguas, fieles al mandato de su destino inexorable, tomaban el camino del mar, al que, sin embargo, jamás llegarían.

* * *

Acamparon aquella noche a unas doce leguas del poblado. Corría el mes de junio de 1540, y a esa hora de la madrugada el campamento estaba silencioso y esfumado en la luz difusa de la aurora.

Solamente en la parte cercana a la tienda del capitán general se notaba actividad. Las voces de los hombres diciéndose bromas y el ruido de sus movimientos como desarticulados ponían en tensión los nervios de Inés.

Acaso un extraño presentimiento, oculto a su razón, le hacía temer tanto la partida que Pedro preparaba. Le había explicado que se adelantaría con diez hombres, sólo por unos días, para encontrarse con don Francisco de Aguirre y preparar el asiento de su futuro campamento en Atacama la Grande, donde pensaba que podrían descansar un tiempo.

Ella iba a quedarse sola en esa tienda..., y él estaría en peligro.

Los indígenas se mostraban cada vez más hostiles, y las emboscadas que tendían a los que se alejaban del campamento eran cosa de cada día. Hasta el momento parecía obra de milagro que no hubieran logrado matar a ningún español o tal vez era el temor al filo de las espadas toledanas.

Las noches frías del desierto se le hacían interminables. Pedro decía que iría sólo por unos días, pero ¿y si le sucedía algo?... No podría soportarlo. Ella siempre tenía la sensación de que su presencia lo protegía. Sabía que era un pensamiento absurdo, pero el creerlo la tranquilizaba.

Iban a estar separados por un desierto de arena, de sed y de peligros desconocidos.

El vino a calmarla. La tomó en sus brazos y le habló como a una niña: no tenía nada que temer; era solamente unos días... la esperaba con ansias.

—Sólo vos sabéis cuánto os necesito —le dijo—. Todo es muy sencillo.

Su palabra siempre convincente y su tono afectuoso devolvían a Inés, en parte, la calma. Pero sabía que no era nada fácil... ¡Sólo diez hombres!... ¡Con los indios asechando por miles!... ¡Si hubiera sido tan simple, la habría llevado consigo!

El la besó largamente y salió apresurado de su tienda. De inmediato montó a caballo y partió seguido de sus hombres.

Inés sintió un dolor agudo en el pecho. Se sentó al borde del lecho y rompió a llorar.

Cuando Jana entró, horas más tarde, todavía estaba allí sin moverse. La muchacha indígena, que sentía gran cariño por Inés, se acercó con su andar leve y le ofreció algo caliente para que tomara. Ella lo bebió sin fijarse siquiera, pero un rato después se sintió aliviada.

Salió cuando el sol casi marcaba el mediodía. Trató de interesarse por las tareas que ejecutaba siempre, pero sólo lo logró a medias.

* * *

El camino le pareció interminable a Pedro de Valdivia. El paso de los desiertos siempre se volvía más largo y más pesado de lo que aseguraban los guías.

—Esas aguadas parece que las esconde el diablo —decía Gaspar de Vergara, quien con García Díaz de Castro se creían conocedores de aquella ruta que hicieran antes con Almagro, pero el desierto es cambiante como el mar y no se entrega nunca al caminante.

Fue duro y largo llegar a Atacama la Grande. Al salir el sol del día 29 de junio divisaron el poblado en la lejanía.

En el campamento de Aguirre se armó gran revuelo cuando avistaron el grupo de jinetes.

Don Francisco, siempre impetuoso y enérgico, salió a encontrarlos a carrera desbocada de su espléndido animal, seguido bastante más atrás por sus quince hombres de a caballo en desordenado pelotón. A pie corrían a lo lejos los diez arcabuceros y ballesteros que formaban su compañía.

Se encontraron a buena distancia del caserío, y un abrazo que casi desmonta a los dos jefes los unió en medio de gran algazara. Gritos y bromas se cambiaban, entre espesas nubes de polvo levantado por las inquietas pezuñas de los caballos.

Cuando llegaron al encuentro de los infantes, Valdivia, siempre cordial, se desmontó para abrazarlos.

Aguirre lo había estado esperando impaciente... Su natural ejecutivo y emprendedor lo hacía desesperar en la inercia obligada de esos sesenta días que estuvo aguardando, que le parecieron interminables. Su genio irascible se hacía muchas veces intolerable para sus fieles compañeros. Pero la experiencia que tenían de tantas lides por tierras de América les aconsejó ocupar bien su tiempo, reuniendo grandes cantidades de maíz para el alimento de la tropa que vendría con Valdivia, y escogieron un buen lugar junto al agua para instalar el campamento.

Francisco de Aguirre, de sólo treinta y dos años, caballero hidalgo, liberal y magnífico, era un jefe de pura cepa. Había atravesado montañas y desiertos con aquel pequeño grupo, participando en innumerables batallas sin perder ni un solo soldado.

En esos momentos Valdivia podía contar con ciento treinta y seis hombres para su expedición. Eran en realidad ciento treinta y seis superhombres, imbuidos de una rara fe en su propio valer, hecha de su pasear glorioso por esas tierras americanas y de la íntima sensación de considerarse los aliados de Dios.

* * *

Habían pasado varios días desde que don Pedro partiera con sus diez jinetes hacia el sur, y la inquietud de Inés crecía por momentos. Cada instante le parecía peor que el anterior. Una extraña sensación de peligro vivo, inmediato, indudable, la mantenía en continuo estado de alarma.

En medio de la oscuridad, helada por ese frío penetrante de las noches pampinas, temblaba en su lecho, mientras las horas pasaban lentas, plagadas de trágicos presentimientos, sin que lograra conciliar el sueño. Su lealtad a Valdivia como jefe le impedía comentarlo con los demás. No quería contagiar ese miedo irrazonable a sus amigos, porque temía hacerlos perder parte de esa fe ciega que tenían en él.

Aquella noche se quedó hasta muy tarde conversando junto a la gran fogata. La oscuridad que los rodeaba era muy densa, y eso no la alentaba a alejarse de la compañía de la gente.

Los hombres charlaban animadamente, mientras Inés, abrumada por sus pensamientos, hablaba poco.

De pronto, el relincho suave de los caballos, unos primero, otros después, hizo enmudecer las voces alegres de los soldados, acostumbrados a estar alerta.

Pero Gómez se inquietó. El era el responsable en ausencia de Valdivia.

—Voy a dar una vuelta al campamento —dijo—; es prudente que los centinelas estén vigilantes.

—Yo os acompaño —murmuró a su lado Alonso de Monroy.

—Y yo —terció sonriendo Juan Gómez—, como alguacil mayor, cargo con el que me abrumó el capitán general, me veo obligado a acompañaros.

Todos rieron de la broma, pero ello no logró disipar la intranquilidad que se había apoderado de sus ánimos.

Los tres partieron a hacer la ronda, tratando de demostrar que era sólo una operación de rutina, pero no lograron engañar a nadie.

Dos o tres veces más se oyeron los relinchos, como en sordina, de las nobles bestias, y un perro aulló a lo lejos. Luego reinó el silencio más absoluto.

Junto al fuego, todos callaban tratando de escuchar. A la distancia se oían las voces de los centinelas que respondían al santo y seña del maestro de campo.

Jerónimo de Alderete y Rodrigo de Quiroga acompañaron a Inés hasta su tienda. Ellos conocían muy bien su estado de ánimo, aunque no lo comentaban, y para tranquilizarla le aseguraron que no pasaría nada, porque todos estaban alerta y se tomarían las medidas de rigor.

* * *

Pero Sancho de Hoz había partido a Lima en procura de reunir los caballos y armas que él se había comprometido a aportar a la expedición, como socio de Valdivia y Martínez.

Sin embargo, eran tales las deudas y trampas que tenía en la Ciudad de los Reyes, que fue a dar a la cárcel, acosado por todos los acreedores que reclamaban sus pagos.

Así pasaron varios meses, hasta que su amigo Juan Guzmán logró convencer a los acusadores de que desde allí, encerrado, no podría pagarles jamás. En cambio, si lo dejaban partir a Chile, tal vez lograría reunir el dinero necesario para cumplir con ellos.

El hecho es que, ya en libertad provisional, se reunió con

otros amigos: Gonzalo de los Ríos, Antonio de Ulloa, Diego de Avalos y Alonso de Chinchilla, para emprender el camino hacia el sur, sin ninguno de los aportes a que lo obligaba su contrato.

Sólo Gonzalo de los Ríos llevaba veinte hombres a su costa, que lo respetaban y le guardaban lealtad a toda prueba.

Juntos llegaron a Arequipa, donde decidieron descansar algunos días.

A medianoche, De los Ríos se despertó sobresaltado, al oír que lo llamaban en voz baja.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó enérgico.

—Soy yo, señor, Juan Núñez de Castro. Quiero deciros algo muy importante.

Don Gonzalo encendió una candela, tomando un tizón de la fogata que moría; pero luego la apagó y la carpa quedó otra vez a oscuras.

—Pues, señor, yo no podía dormir... , cuando me di cuenta de que conversaban en voz baja en el toldo vecino. Algunas palabras me parecieron sospechosas, y me levanté muy quedo, acercándome para escuchar mejor.

—¿Supisteis quiénes eran?

—Sí, señor; era en la tienda de Sancho de Hoz. Al otro lo vi: era Antonio de Ulloa.

—¡Hombre, al grano! ¿De qué hablaban?

—Tramaban un complot para asesinar a don Pedro de Valdivia...

—¡Caramba! ¿Estáis seguro?... Es una acusación muy grave.

—Vi con mis propios ojos cuando don Pero le mostraba al otro dos o tres puñales, ponderándoselos mucho. Creo que los había comprado aquí en Arequipa.

—Pero ¿qué os hace pensar que los tienen destinados para asesinar a Valdivia?

—Lo dijeron claramente, señor. Lo harán tan pronto como alcancen la expedición. Dieron muchos detalles, pero tengo una idea confusa...

—Bueno, muchacho, creo en vuestra palabra —le aseguró De los Ríos—. Eso significa que nosotros partimos sin ellos, ahora mismo, y que no les comunicaremos nuestros propósitos ni nuestro destino.

Cuando los conspiradores se despertaron, bastante entrada la mañana, se dieron cuenta de que don Gonzalo de los Ríos y sus veinte hombres los habían abandonado.

Hicieron mil conjeturas, trataron de averiguar su paradero por

todos los medios a su alcance, pero cuanto esfuerzo realizaron fue inútil.

Dos días después decidieron seguir su camino sin cambiar ninguno de sus planes. Sólo que enviaron a Alonso de Chinchilla de vuelta, con intención de que les trajera más gente adicta a ellos.

Después de interminables días de marchas forzadas, divisaron a lo lejos el campamento de Valdivia y decidieron detenerse, esperando las sombras de la noche para acercarse. Sólo que hicieron mal sus cálculos, porque la oscuridad se tornó mucho más densa de lo que esperaban y una barrera de sombras les ocultó el campamento. Todas sus tentativas de aproximarse fracasaron por la imposibilidad de orientarse en aquel limbo.

Tratando de penetrar entre las tinieblas llegaron a los corrales en que estaban encerrados los caballos. Diego de Avalos tropezó en una piedra y cayó de bruces contra la barda. Las bestias se despertaron asustadas, y empezaron a levantarse unas, y a moverse inquietas las otras. Por aquí y por allá se oían relinchos suaves y bajos bufidos de miedo. Los hombres se quedaron paralizados en sus sitios.

El ruido opaco que produjeron los movimientos de los caballos les pareció como un estruendo, cuyo eco repercutía en todo el contorno. De un momento a otro esperaban escuchar la voz de alarma de los centinelas. . .

Aguardaron inmóviles, en absoluto silencio.

A lo lejos comenzó a oírse la voz en sordina de algún oficial que andaba de ronda, y luego la de los vigías contestando el santo y seña.

Ellos quisieron entender cuál era, para aprovecharlo en caso de verse sorprendidos, pero les fue imposible escuchar lo que decían.

De pronto, a unos pasos de Antonio de Ulloa se alzó una silueta oscura, como saliendo de la nada.

Un grito ahogado de terror murió en la garganta tensa del hombre, mientras un miedo cerval lo dejó clavado en el suelo.

Un perro aulló a lo lejos.

—Soy yo, Diego de Guzmán —susurró la sombra.

—¡Mil demonios! —espetó Ulloa—; por poco me matáis del susto.

Los otros se acercaron en puntillas.

—Esperemos que salga la luna —aconsejó Guzmán—; en esta oscuridad nos tropezaremos con todo.

Sancho ordenó impaciente:

—No habléis más, porque estas bestias del diablo se van a vol-

ver a inquietar. Es mejor que nos separemos y nos volvamos a encontrar cuando salga esa maldita luna.

* * *

En el campamento, los subordinados no se enteraban de los planes de sus jefes, y Pero Gómez tenía buen cuidado, cada día, de hacer correr la voz de que Valdivia llegaba, para evitarse dificultades.

Transcurrió un largo rato antes de que saliera aquel pedazo de luna que les permitiría moverse con más precisión.

Por fin comenzaron a destacarse blanquecinas las puntas de las tiendas.

A los conspiradores les pareció lógico suponer que la mayor de todas sería la de Valdivia, y penetraron violentamente en ella.

A la débil luz de una pequeña candela agonizante distinguieron las formas de un joven soldado que dormía apaciblemente.

—¿Quién sois vos? —le preguntó, desconcertado, Sancho de Hoz, remeciéndolo con fuerza.

—¿Yo, señor?... Bartolomé Díaz... —contestó aturdidamente el interpelado, sin comprender tan insólita actitud de sus extraños visitantes.

—El capitán, don Pedro de Valdivia..., ¿dónde está?... Tenemos que hablarle con mucha urgencia.

El muchacho se levantó, medio dormido aún, y los llevó hasta la tienda del jefe, unos pasos más allá.

Ahora sí estaban seguros.

Los conjurados entraron resueltamente en la oscuridad de la carpa, tratando de tantear el lecho para enterrar sus puñales asesinos... Pero un grito de mujer, agudo y penetrante, se clavó en la noche, dejándolos paralizados de terror..., y un instante después otro, y otro y otro, repetidos, histéricos, incontenibles...

El campamento entero se despertó alarmado, corriendo hacia la tienda del capitán. El primero en entrar fue Luis de Toledo, que estaba de guardia a poca distancia del toldo con otros soldados. Pocos pasos más atrás llegó corriendo Pero Gómez de Don Benito. La confusión era tremenda.

Alguien encendió una candela. Inés, sentada sobre sus talones al borde del lecho, apoyada contra la tela de la carpa, se cubría con las cobijas.

Apenas se encendió la luz se acallaron los gritos de la mujer y un silencio impresionante se produjo en la tienda.

Afuera se escuchaban voces dispersas y los pasos de hombres que corrían.

El desconcierto era visible en todos los rostros. Unos a otros se miraban desconfiados.

La primera en hablar fue Inés, pese al pánico que la había dominado hacía un momento y del estado de angustia en que la tenían sus nervios sobreexcitados.

Brotaron las palabras de su boca como un torrente. Su indignación, azuzada por el miedo, se desbordaba incontenible.

Cuando por fin se calló, tan de repente como había empezado, un coro de voces estalló al mismo tiempo, produciendo la más extraña algarabía. El asesino frustrado miraba a Inés con tal odio, que hubo un momento en que pareció que se echaría sobre ella para estrangularla. Hasta dio un paso adelante, murmurando palabras ininteligibles, que apenas salían de sus labios apretados por la ira y el despecho. Rodrigo de Quiroga, que lo observaba atentamente, lo tomó por un brazo, haciéndolo retroceder con violencia.

Aprovechando la confusión que se produjo de momento, Sancho se recuperó pronto, y aseguraba, dirigiéndose a unos y a otros, que él sólo quería conversar con Valdivia, "puesto que era servidor suyo"... Nadie creyó tal patraña, pero en todo caso había que esperar al jefe para tomar cualquiera decisión.

—Yo creo que lo más cuerdo sería colgarlo inmediatamente —le decía Gómez a Jerónimo de Alderete—, pero el *señorón* este, con sus "provisiones reales"...

Después que los demás salieron, ellos se quedaron conversando con Inés. Querían que les contara cómo había sucedido todo aquello y llegaron a la conclusión de que era necesario avisar de inmediato a Valdivia.

Antes del amanecer, Juan Jiménez salió en dirección de Atacama la Grande.

Era casi de día cuando reinó de nuevo la calma, pero Inés no pudo dormir otra vez, y apenas aclaró comenzó a vestirse para salir.

¡Gracias a Dios que ella estaba en la tienda!, porque, de otro modo, no se hubieran evidenciado las intenciones de los traidores y luego habrían podido cumplir sus propósitos en la primera oportunidad que se les presentara.

Sus trágicos presentimientos se cumplían.

Al levantar la tela de la carpa casi tropezó con don Rodrigo de Quiroga, que hacía guardia a su puerta, recortándose quieta, en la pálida luz del amanecer, su recia figura de soldado.

—¡Don Rodrigo! —dijo sorprendida—, pero, ¡Dios mío!, os habéis molestado de esta manera...

—Es un deber que cumplo gustoso —le contestó con su habi-

tual tono gentil— y de ahora en adelante pondremos un centinela a vuestra puerta siempre que estéis sola.

Inés, emocionada, lo miró detenidamente.

—No sé cómo agradeceros —dijo—; ni siquiera sé qué decir. . . Por lo menos permitidme ofreceros el desayuno. . . —concluyó sonriendo.

Inés sentía especial afecto por ese amigo que le inspiraba tanta confianza, cuyo natural caballeresco se ganaba siempre la amistad de todos. Ella le tenía un cariño muy especial, sintiendo que el afecto que él le profesaba poseía la virtud de comunicarle una rara sensación de seguridad. Muchas veces pensaba que sus actitudes podrían ser. . . amor. . .

Pero nunca una palabra reveladora salió de esos labios que sabían sonreír tan sutilmente afectivos.

* * *

A mediodía, Alonso de Monroy vino a llamarla de parte de Pero Gómez.

—Sancho de Hoz —le dijo— se multiplica, provocando el desorden y fomentando el descontento. —Inés le escuchaba muy atenta, sin hacer comentarios—. La anarquía aumenta fácilmente, mientras Sancho asegura que trae “provisiones reales” para repartir encomiendas. . . —le venía contando, mientras caminaban. Lo interrumpieron los gritos de Pero Gómez, que se hacían oír en todo el campamento.

—¿Quién sois vos para darme órdenes a mí, y para criticarme cómo dispongo el campo? Yo soy el jefe ahora, y no recibo indicaciones más que del teniente de gobernador y capitán general don Pedro de Valdivia; ¿está claro? —gritaba congestionado de ira, apoyado fuertemente sobre la tierra, con las piernas abiertas y las manos sobre las caderas.

Rara vez el maestro de campo perdía la paciencia, pero en esos momentos la indignación lo había puesto frenético.

Sancho de Hoz iba a responderle, pero cambió de idea y se marchó.

Alrededor de ambos se había formado una rueda de curiosos. Abriéndose camino entre los soldados llegaron hasta ahí Inés, Monroy y otros capitanes.

Al verlos, Gómez se dirigió a ellos:

—Si me lo vuelve a decir, lo hago colgar —sentenció y se encaminó hacia su tienda. Tenía el rostro rojo y las venas del cuello hinchadas como cordones amoratados mientras refunfuñaba, a medias palabras, amenazante.

Antes de entrar gritó dirigiéndose a los capitanes:
—Partimos inmediatamente.

* * *

La columna se arrastraba entre el polvo que la envolvía como una nube espesa y sucia.

Desde muy lejos la avistó Valdivia, que volvía a marchas forzadas, acompañado por Aguirre, Jiménez, Alonso Caro y Diego García de Cáceres, desde Atacama la Grande.

Con el ademán amistoso de siempre detuvo su caballo al frente de la tropa, y levantando el brazo los saludó a todos. Luego se dirigió a Sancho de Hoz y sus compañeros, dándoles la bienvenida, sin demostración alguna de enojo ni de contento. Entretanto Aguirre saludaba a los otros jefes.

Enseguida Valdivia espoleó su animal y fue a juntarse con Pero Gómez e Inés, que marchaban a la cabeza de la tropa.

Ella quedó entre los dos hombres. Se volvió a Valdivia y le sonrió. El entrecerró los ojos mirándola con gesto cordial, a manera de contestación, y luego preguntó sin preámbulo alguno:

—¿Cómo fue?

—Sin lugar a dudas quería mataros a vos.

—Pero ¿logró tocaros? —y el gesto se hizo muy duro.

Antes que Inés alcanzara a contestar, Pero Gómez, sonriendo con malicia, interrumpió:

—Imposible, señor, doña Inés tiene un ángel adentro que le avisa del peligro. Todavía los canallas no entraban en la tienda cuando ya sus gritos de alarma nos traían a todos corriendo. Creo que los asesinos esos se han llevado el susto de su vida.

—El susto se lo van a llevar cuando los cuelgue de la horca —contestó Valdivia amenazante.

—Bien merecido se lo tienen; pero tal vez no os convenga en estos momentos... ¿Habéis pensado en las "provisiones reales" que tiene ese gandul? —le preguntó Gómez calmadamente.

—De todos modos, que se adelante Juan Gómez de Almagro con los hombres que necesite. Mandadlo a llamar de inmediato —le interrumpió don Pedro.

A los pocos momentos el alguacil mayor cabalgaba junto al jefe.

—Ni una palabra a nadie, pero partid vos en cuanto oscurezca y levantáis la horca a la entrada del poblado. Lo quiero todo pronto para mi llegada.

Cuando la columna avistó el caserío de San Pedro de Atacama, muchos hombres se estremecieron.

Recortada contra la claridad del cielo se destacaba, fatídica, la tétrica silueta de la horca. Su alta construcción parecía aplastar las incoloras casuchas indígenas, hechas de piedras irregulares, calzadas con prolija paciencia, que se veían empequeñecidas bajo los parduscos techos de paja.

Frente a aquella visión los conspiradores comenzaron a recelar de su situación y se fueron rezagando; pero en rápida maniobra el maestre de campo les cortó la retirada, apresándolos.

Inés reconocía que el proceder que Pedro había ordenado era el más adecuado para la seguridad de todos, pero no pudo dejar de estremecerse al pasar cabalgando junto al patíbulo.

—¡Dios mío! —murmuró, y haciendo la señal de la cruz sobre su rostro, espoleó el caballo, escabulléndose rápidamente bajo aquella sombra siniestra.

* * *

Inés se encontraba afanada arreglando sus pertenencias. Pasarían allí un tiempo largo, y Valdivia había hecho desocupar algunas de las casitas de los indígenas para su cuartel general y para habitaciones. Costó gran trabajo limpiarlas y dejarlas en buenas condiciones, pero ahora ella se alegraba de tener la suya. Las noches eran muy frías y el aire helado traspasaba la tela de las carpas como si estuvieran a cielo raso. Esos toscos muros de piedra eran un refugio más sólido para todas las inclemencias y además proporcionaban mayor seguridad frente a algún ataque sorpresivo por parte de los indios.

Su paso ágil la llevaba de un lado para otro, tratando de imprimir un sello personal en aquel cuarto pobrísimo. Quería ponerle un poco de alegría y darle cierta comodidad. Un mantel blanco sobre la tosca mesa fue el toque final. Se quedó mirándolo todo y sonrió satisfecha. Era lo más que se podía hacer.

* * *

Jana llegó casi corriendo, con una expresión de miedo estampada en el rostro.

—¡Comenzó el juicio! —fue todo lo que dijo, pero sus labios temblaban y su pecho se alzaba y bajaba, jadeante.

—Jana, ¿qué os sucede? —preguntó Inés preocupada—. ¿Qué tenéis vos que ver en eso?

—Amita, ellos le habían prometido a Antonio una encomienda, pero él no la quería si no venía de mi señor don Pedro..., y es verdad..., es verdad..., os lo juro...

—¿Quién es Antonio y a vos qué os importa? —le preguntó Inés agitada, tomando a la muchacha por un brazo—. Calmaos y habladme cuerdamente.

Jana sollozaba y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Oh Dios mío, por nuestro Señor Jesucristo! —balbuceaba la muchacha histéricamente—, ¡que no lo maten a él!

—Pero de una vez por todas, ¿quién es él?

—Antonio de Olea —dijo la muchacha en un suspiro, y se quedó de pie muy quieta, dejando resbalar sus lágrimas calladas, con las manos juntas sobre el pecho, como si estuviera rezando.

Inés le rodeó los hombros con un brazo y le habló con dulzura:

—Jana, venid y conversemos. No entiendo por qué os ponéis así. Si no van a matar más que a los que quisieron asesinar al capitán, y aun a éstos es probable que sólo los apresen o los destierran. Pero... ¿qué tenéis vos con Antonio de Olea? —le inquirió mirándola con curiosidad.

La voz de Jana era sólo un murmullo:

—¡Dios mío, le quiero con toda mi alma! —dijo la muchacha, imitando la manera de hablar de su ama y usando sus mismos términos, intentando en forma inconsciente identificarse mejor con ella, mientras ocultaba el rostro entre las manos.

Inés recordaba a Antonio de Olea con cierta vaguedad. Era un muchacho alto y delgado, muy rubio y de ojos clarísimos como el agua. A ella le parecía que no tenía ninguna personalidad, pero tal vez no lo había mirado con interés; ahora sí lo haría.

—Pobrecita... —se limitó a decirle, mientras sus pensamientos volaban muy lejos de Jana, hacia adentro de ella misma.

De pronto se sobresaltó. En el quicio de la puerta se perfiló la figura delgada y fina del bachiller don Rodrigo González de Marmolejo.

—Doña Inés —dijo—, tenéis que ayudarme.

—¿Qué sucede, señor bachiller?

—Pues... que este Sancho de Hoz tiene "provisiones reales" y don Pedro no posee más poderes que los otorgados por el marqués...

—Pero las "provisiones" de Sancho sólo le permiten conquistar al otro lado del Canal de Magallanes.

—Cierto es. Sin embargo, don Francisco Pizarro obligó al capitán a admitirlo como socio, y le dio "provisiones" suyas, además, sobre la conquista de Chile... Por algo sería, ¿no os parece? —Y sin darle tiempo a Inés para replicar continuó—: Yo pienso que una medida de tal naturaleza puede destruir a don Pedro y termi-

nar con esta empresa... y hay varios amigos vuestros que piensan como yo. Doña Inés, creedme, sois vos la única que podéis detenerlo...

Mucho rato después que el inteligente y sagaz sacerdote se hubo marchado, las dos mujeres aún guardaban silencio.

Jana ni siquiera quería moverse por no distraer a su ama.

Sobre ella habían dejado caer toda la responsabilidad. La muchacha sentía un poco de lástima por Inés, en el fondo de su corazón. Siempre sucedía así... Si alguna cosa salía mal, quizás por qué razón, todos creían que Inés tenía que *hacer algo*...

De repente se dio cuenta de que el peso que sentía sobre el pecho se hacía ligero. Don Rodrigo González no quería que mataran a nadie... eso entendió ella... Y su ama, en último término, siempre lograba sus propósitos.

Pero lo que Jana no sabía era que Inés no estaba totalmente de acuerdo con aquel perdón general. Ella pensaba que era muy peligroso para Valdivia un enemigo con tal saña y tan desembozado. No le gustaba la violencia en sí, pero creía que si se castigaba a un indudable aunque frustrado criminal, al mismo tiempo que tan importante personaje como Sancho, se hacía un buen escarmiento. Eso evitaría futuras preocupaciones... Inés seguía reflexionando.

Atravesaban una tierra hostil, alejándose cada vez más de la civilización; era necesario que tuvieran confianza entre ellos, por lo menos. A medida que se abría el camino hacia adelante, se iba cerrando a sus espaldas, y eso ponía en el ánimo de los hombres diversos y antagónicos impulsos. Todos sabían que el éxito dependía de la disciplina y del espíritu de cuerpo; pero para algunos que no tenían la misma estatura moral, el relajamiento de los deberes y la insurrección abrían anchas expectativas.

Se sobresaltó cuando entró Valdivia.

Jana salió del cuarto silenciosa como una sombra.

—No sé qué hacer —dijo él, sentándose al borde del lecho, descansando los codos sobre las rodillas y la barba apoyada sobre sus manos—. Mis más leales amigos me aconsejan el perdón y el hombre ha venido a echarse a mis pies... No sé qué hacer —volvió a repetir, con voz cansada.

—Pues, no tenéis que resolverlo ahora —le dijo Inés—; daos el tiempo necesario..., todo el tiempo que queráis.

—Siempre decís la palabra justa —replicó Valdivia, sonriéndole suavemente mientras ella se acercaba. Se tendió en el lecho, relajando sus nervios tensos, con un gesto de alivio. Cuando Inés llegó a él, le tomó una mano, besándosela con mucha ternura.

—Venid —le dijo— aquí a mi lado y hablemos. Vos sois la única persona que me da la calma necesaria.

* * *

Las discusiones fueron interminables en la casa de Valdivia. Don Rodrigo González de Marmolejo dio por fin la solución al problema. Había sostenido largas entrevistas con Sancho, sujeto con grillos en la casucha que le servía de prisión y con centinela de vista.

Sobre el blanco mantel de la mesa de Inés se amontonaban los papeles con que Sancho compraba su vida. El hombre solicitaba "la terminación de la compañía con Valdivia". Era el 12 de agosto de 1540.

Todos callaban después que habló el sacerdote.

La voz de Valdivia salió apretada de su garganta y carraspeó para aclararla a mitad de la frase.

—Vos, capitán —dijo, dirigiéndose a Quiroga—, llamad al escribano.

De pronto todos comenzaron a hablar; las opiniones seguían siendo diferentes y contradictorias, pero al final se impuso la voz generosa de Francisco de Villagra, aconsejando clemencia.

Cuando entró Luis de Cartagena, con sus plumas de ganso y sus papeles, volvió a reinar el silencio.

Valdivia le indicó con un gesto que se sentara junto a la mesa y comenzó a dictarle, con una calma más aparente que real, mientras se paseaba de un lado para otro de la pequeña pieza.

Su ambición se estaba realizando. Por fin iba a poder desprenderse de aquel socio, con el que no quería compartir su gloria.

Sancho renunciaba a la "provisión" que le había dado Pizarro para participar en la conquista de Chile, el 28 de diciembre de 1539 en la ciudad del Cuzco, "porque así cumple al servicio de Dios y de Su Majestad, y en pacificación de este real"; seguía una larga lista de juramentos por Dios Nuestro Señor; por Santa María, su madre, y por los Santos Evangelios; con ellos el conspirador se comprometía a cumplir el complejo compromiso contraído en ese documento. Al final se escribió: "Sí, juro, amén".

El tribunal mandó, por último, a buscar al culpable para que lo firmara.

Sancho venía inquieto, sin saber si don Rodrigo González de Marmolejo había logrado salvarlo de la muerte. A medida que Luis de Cartagena leía el escrito, la calma entraba en su ánimo; pero cuando Valdivia agregó que todo eso quedaba condicionado

a que él y sus compañeros entregaran armas y caballos y volvieran desterrados al Perú, Sancho de Hoz perdió la calma, y lanzándose a los pies de Valdivia le rogó llorando que le permitiera ir con él a Chile, porque sus deudores lo encarcelarían en Lima.

Ahora fue don Pedro el desconcertado. Era difícil resolver. Ambas soluciones tenían sus pro y sus contra. Miró al sacerdote, y éste le contestó sólo con una discreta afirmación de cabeza; luego levantó la vista hasta Inés, que se hallaba de pie, unos pasos más atrás, y ella le hizo una imperceptible seña con los ojos. Quizás los tres estaban pensando lo mismo: Sancho era más peligroso libre, intrigando en el Perú o tal vez en España, que yendo vigilado junto a él y sus amigos.

—Está bien —dijo, después de ese momento de vacilación—. Vos seguiréis con la expedición en calidad de preso, pero vuestros cómplices deben volver. . . , y una vez lograda la conquista de Chile tendréis el tratamiento que corresponde a vuestra noble condición —terminó Valdivia con uno de sus peculiares gestos de magnanimidad.

* * *

Habían pasado casi cuatro semanas desde que Juan y Diego de Guzmán, junto con Diego de Avalos, partieron de vuelta al Perú, pero a Antonio de Ulloa no pudieron probarle ninguna participación en el atentado, aunque en el ánimo de todos estaba la certeza de su culpa, y aún permanecía en la expedición.

En todo caso, la semilla había prendido, y muchos de los soldados, descontentos por tantas privaciones, se reunían a escuchar a Juan Ruiz, que los incitaba a la conspiración.

Cierto era que Sancho de Hoz llevaba grillos y no salía de la cárcel; pero el hecho de que conservara la vida, después de tan evidente intento de asesinar al jefe, indicaba debilidad a los ojos de aquella gente. Ellos no entendían esas sutilezas, y con ello el prestigio de Valdivia estaba por los suelos.

El clima de insurrección se podía respirar en el aire.

Don Pedro, inquieto, no lograba convencerse de haber actuado de la mejor manera.

—No estoy tan seguro, como Villagra y el bachiller, de que no debí colgarlo —decía como hablando consigo mismo, de pie junto a la mesa de su casa.

—Sancho tiene amigos muy poderosos —apuntaba Inés, sin mucha convicción.

Aquella noche ninguno de los dos podía dormir; Pedro se pa-

seaba a grandes pasos por el estrecho cuartucho, de techo tan bajo, que daba la impresión de que no había debajo de él y que si se estiraba toparía con las vigas.

Ella había permanecido en silencio largo rato, pero al fin habló desde el rincón donde estaba tendida sobre el lecho, contemplando el ir y venir del soldado.

—Le dije a Aliro que vigilara los pasos de quienes le parecieran sospechosos, y me avisara cualquier novedad.

—Pero... ¡Dios de Misericordia!..., ¿cómo pudisteis hablar de tal cosa? ¿No veis lo peligroso que resulta dejar que estos indios se permitan vigilar a los españoles? —gritó Valdivia, encolerizado.

—¿Es que creéis que no lo hacen de todos modos? —respondió Inés con enojo—, ¿de veras, lo creéis? Más vale que lo hagan por cuenta nuestra que en su propio beneficio, ¿no?

—Pero Aliro puede usarlo en beneficio de ellos, y si lo sorprenden, dirá que vos lo enviasteis... ¿os dais cuenta? Por otra parte, si se llegan a percatar de esta desunión entre nosotros, estamos perdidos.

—Eso... estoy segura de que ya lo saben perfectamente. Pero no temáis; Aliro me es muy fiel y...

Inés no alcanzó a terminar la frase cuando tres golpes que sonaron sobre la puerta la pusieron de pie como un resorte.

—Es él —dijo, y fue a abrirle.

—Amita —habló quedamente el indio—, ahora están reunidos junto al arroyo. —Su rostro inmutable y su actitud hierática no denotaban emoción alguna.

Ella se volvió hacia Valdivia sin decir ni una palabra, pero él había estado escuchando todo con los nervios tensos.

—Acompañadme, Aliro —murmuró apenas; y salió, tomando su espada al pasar, mientras Inés se quedó de pie en medio del cuarto.

Juan Valiente estaba de guardia frente a la puerta, y lo mandó en busca de sus amigos más leales, en tanto entraba a la tienda de Villagra, pocos pasos más allá.

El capitán dormía profundamente, pero se despertó de inmediato al sentirlo. De un salto estuvo de pie y con la espada en la mano.

—¡Vuestros consejos de clemencia —dijo el teniente de gobernador, en sordina, pero con enojo— me tienen soliviantado a medio campamento!

—¡Por San Pedro! —exclamó Villagra, aliviado al reconocer la voz de Valdivia en la oscuridad—, ¿qué sucede?

—Levantaos y venid conmigo. Pronto lo sabréis.

En pocos momentos salieron los dos de la tienda y ya los esperaban los otros afuera. El indio Aliro, esfumado casi en medio de la noche, aguardaba detrás del grupo procurando no hacerse notar.

Valdivia les hizo seña de acercarse y les habló quedo:

—Vamos a sorprender a unos conjurados que están junto al arroyo, de modo que alerta y sin ruidos. Seguidme.

La noche estaba tan oscura, que a cada momento Pedro temía perder de vista al indio, pero el hombre se daba maña para hacerse notar.

De pronto lo vio detenerse en seco, y mirando un poco más lejos pudo distinguir borrosamente a un grupo de soldados, cuyas voces apagadas apenas les llegaban como un murmullo, a pesar de que sólo estaban a pocas varas de distancia.

Valdivia levantó el brazo para detener a sus compañeros y les indicó con señas que se extendieran para rodearlos.

* * *

Inés se había quedado inmóvil, sin saber qué hacer. Su primer impulso fue ir detrás de Valdivia, pero cuando abrió la puerta ya la oscuridad se lo había tragado. En todo el campamento no se divisaba ni una sola luz y el silencio era absoluto. Asustada, cerró la puerta y la atrancó, apoyándose en ella trémula de angustia.

¿Dónde estarían? ¿Y si era una emboscada de los indios, una traición de Aliro?... Ella tendría toda la culpa... ¡Dios del cielo! Debió haber ido con ellos... ¿Por qué había confiado tanto en su sirviente, cuando casi todos los indios eran desleales?...

Pasaron las horas con tanta lentitud, que para Inés fueron siglos de espera. De vez en cuando se oía el graznar de algún ave de rapiña o el aullido fatídico de un perro, pero nada que indicara la presencia de los hombres. Sólo cuando la luz del alba comenzó a clarear la estancia se sintió venir un tropel de pasos y de voces airadas.

Inés se precipitó a la puerta, y sacando la gruesa tranca, salió casi corriendo; pero se detuvo junto a la casa, sin atreverse a avanzar.

* * *

Valdivia hizo levantar a todos en el campamento, y nombrando inmediatamente un jurado, que él mismo presidió junto al alguacil mayor, se abrió el proceso contra los sediciosos.

Apenas el sol había salido por detrás de los Andes, cuando ya Juan Ruiz colgaba de la horca, con un gesto trágico.

* * *

La actividad estaba en todo su apogeo en Atacama la Grande. Se hacían febrilmente los preparativos para cruzar el gran desierto.

Todas las llamas que pudieron reunir estaban listas para llevar la carga y aliviar en lo posible a los yanacunas. Odres para el agua, maíz, papas, frijoles y calabazas, tanto como pudieron encontrar en los escondites en que los indios las habían guardado, aumentaron sus provisiones.

Nada quedó entregado al azar, porque el ámbito que ahora se abría entre ellos y sus ambiciones era el más terrible y duro, el más dilatado, endurecido por las sales, rojizo como el cobre, inhóspito para el hombre y para las bestias.

Don Pedro de Valdivia, montando su caballo, se internaba con frecuencia en el desierto para tantear ese ancho camino por el que llevaría a sus huestes.

De cada incursión sacaba alguna enseñanza. No quería exponerse a un fracaso, ya casi a las puertas de *su reino*.

Sólo faltaba dar el gran paso, y estaría en el valle de Copayapo. Allí comenzarían sus dominios si el éxito coronaba la empresa.

Montado sobre su blanco caballo de guerra experimentaba la más soberbia sensación de poder. Se figuraba estar contemplando el mundo desde un alto trono. Cuando el viento que se colaba por los cañones de la cordillera hacía flamear las albas crines del animal y arremolinaba la capa de soldado sobre sus hombros, le parecía poder desafiar a todas las fuerzas del destino, simbolizadas en las soledades inmensas del desierto.

¡Era como un rey!

Y en el espacio que se abría ante sus ojos estaba su reino.

* * *

Por fin partió la expedición, internándose en el corazón del desierto. Borearon el salar de Atacama y continuaron hacia el sur por el largo valle de la Paciencia, buscando las pequeñas aguadas en las que, como en pozos de misericordia, calmaban la sed y cuyas márgenes les entregaban los frutos de la tuna para saciar el hambre.

El último *jagüey* había quedado atrás hacía dos largos días. Plantaron en él una tosca cruz y lo bautizaron: "la aguada de la Cruz", implorando con aquel acto la bendición del cielo.

No obstante el cielo se mostraba tan azul y lejano, que parecía no acordarse para nada de los hombres que se arrastraban penosamente, bordeando por el oeste los últimos contrafuertes de aquella cordillera, que corría paralela a los Andes desde que salieron de Atacama la Grande. Tuvieron que atravesarla junto al salar de Punta Negra, porque sus alturas se hicieron demasiado hostiles y las aguas de sus quebradas corrían veloces hacia el poniente.

Dieron un gran rodeo y volvieron a internarse hacia el oeste, desesperados por la sed, buscando la próxima aguada.

Pero los primeros en llegar quedaron paralizados de espanto: las hierbas secas se erguían sobre la tierra calcinada, cuyas grietas, calando la costra de arena endurecida en todas direcciones, formaban extraños arabescos.

Los hombres se fueron amontonando, unos en pos de otros. Un silencio impresionante ponía un halo de tragedia en aquella multitud.

Valdivia, alarmado, se abrió paso entre la turba tan extrañamente callada.

Cuando vio la fuente seca, un sollozo se ahogó en su garganta. Sobre él caía la responsabilidad de la vida o de la muerte de sus hombres.

Volvió atrás y llamó a los guías, que se habían quedado atónitos a alguna distancia.

¿Cuánto faltaba para llegar al próximo *jagüey*?

Doña Inés, desde lo alto de su montura, lo interrogó ansiosamente con la mirada.

—No hay agua —le dijo él simplemente, pero con tal desesperanza y con tanta angustia en la voz, que ella se acercó al manantial, llena de inquietud.

¡Dios Santo!, ¿qué podían hacer? El espectáculo era aterrador... morirían todos de sed. ¡Aquel silencio era peor que todo!

Su mirada buscó ansiosa en los ojos de los hombres alguna solución. Pero todas las miradas estaban opacas e inertes.

De pronto, movida por algo más allá de su razón, Inés desmontó decidida de su caballo, y llamando a dos soldados les ordenó cavar la tierra *allí mismo*¹.

A poco de haber movido algunas paladas, el color oscuro del terreno comenzó a mostrar humedad.

Un trágico suspenso contenía todas las respiraciones. Los hombres cavaban con frenesí, como poseídos, cada vez con mayor prisa. Gruesas gotas de sudor les corrían por el rostro, y sus tensos músculos se dibujaban debajo de la piel como cuerdas duras.

¹Crónicas de Mariño de Lobera.

Las palas penetraban en la arena, que se hacía húmeda, marcando sus contornos en cuchilladas certeras, una y otra vez.

Antes de haber ahondado una vara, empezó a brotar el agua débilmente. Turbia primero, luego más y más clara, hasta que comenzó a correr indecisa, procurando vencer la sed calcinada del *jagüey*.

Un solo grito gigantesco de alegría resonó en todos los ámbitos del lugar, hasta rebotar en los cerros del fondo.

El suspenso de pánico se rompió como un dique desplomado y la corriente de encontradas emociones estalló arrolladora.

Unos a otros se empujaban, aterrados al pensar que el agua dejara de fluir. Casi perdida la razón, se insultaban y golpeaban, hasta que los capitanes tuvieron que amenazarlos de muerte para imponer el orden y evitar una catástrofe.

Muchos habían caído de rodillas sobre el suelo mojado, exclamando: "¡Milagro! ¡Milagro!", y dándose golpes de pecho.

Ahora el agua corría segura, buscando su cauce antiguo hacia el desierto voraz.

Todos pudieron beber de aquel manantial, al que llamaron "El *jagüey* de doña Inés", y que seguiría corriendo a través de los siglos¹.

* * *

Entre los yanaconas había muchos enfermos a consecuencia de las últimas durísimas jornadas.

Inés se multiplicaba por ayudarlos; pero, pese a todos sus esfuerzos, algunos murieron, y don Rodrigo González de Marmolejo tuvo que administrarles los últimos sacramentos y rezar preces sobre sus tumbas.

Una amistad creciente, de noble acento, se iba estrechando entre el buen e inteligente sacerdote y esa extraordinaria mujer. Las largas conversaciones hacían más llevadero el interminable camino de los desiertos.

La presencia constante del peligro y de la muerte ponía un alerta en la mente y en el corazón, haciendo más hondos los sentimientos, más violentas las pasiones y más importantes las actitudes.

Este marchar y marchar por los campos desolados, frente al temor del ataque sorpresivo y solapado, sufriendo el calor sofocante de las horas del día y el frío intenso de las noches; la necesidad

¹Aún mana, hoy día, y lleva siempre el nombre de "El *jagüey* de doña Inés".

de estar unidos para poder sobrevivir; la conciencia de un ideal común y *distinto* del usual entre el resto de los conquistadores de América, toda esa amalgama de circunstancias, actuando y presionando sobre las gentes, iba formando y transformando ese conglomerado humano, convirtiéndolo ya en un pueblo aparte, definido y diferente.

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

HIJO DE LADRON,
por Manuel Rojas.

ROBLE HUACHO,
por Daniel Belmar.

LA CULPA,
por Margarita Aguirre.

LA NOCHE DE MOUGINS,
por Roger Vrigny.

LA FIESTA DEL REY ACAB,
por Enrique Lafourcade.

BOTICA DE TURNIO,
por Jorge Délano (Coke).

SOLO EL VIENTO...
por Enrique Campos Menéndez.

MIS AMORES CON DE GAULLE,
por Françoise Parturier.

UN AMOR,
por Luis Durand.

LOS OJOS DE BAMBU,
por Mercedes Valdivieso.

IBAMBA,
por Wynant Davis Hubbard.

EL INCENDIO DEL ASTILLERO,
por Salvador Reyes.

MAÑANA LOS GUERREROS...
por Fernando Alegría.

SUELDO VITAL,
por Carlos León.

PARAMO SALVAJE,
por María Elena Gertner.

GRACIA Y EL FORASTERO,
por Guillermo Blanco.

REGAZO AMARGO,
por Luis Merino Reyes.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Casilla 84-D

Santiago de Chile

An abstract graphic design featuring bold, expressive brushstrokes and shapes. The composition is dominated by large, irregular areas of grey, orange, and black. A prominent black shape in the lower right corner resembles a stylized profile or a thick, curved line. Above it, a large orange shape is partially visible. The background is a light, off-white color, with various grey and orange strokes scattered across it. The overall style is reminiscent of mid-century modern or abstract expressionist art.

FABRICACION CHILENA
PRINTED IN CHILE.